

Stanislas de Guaita – Oswald Wirth

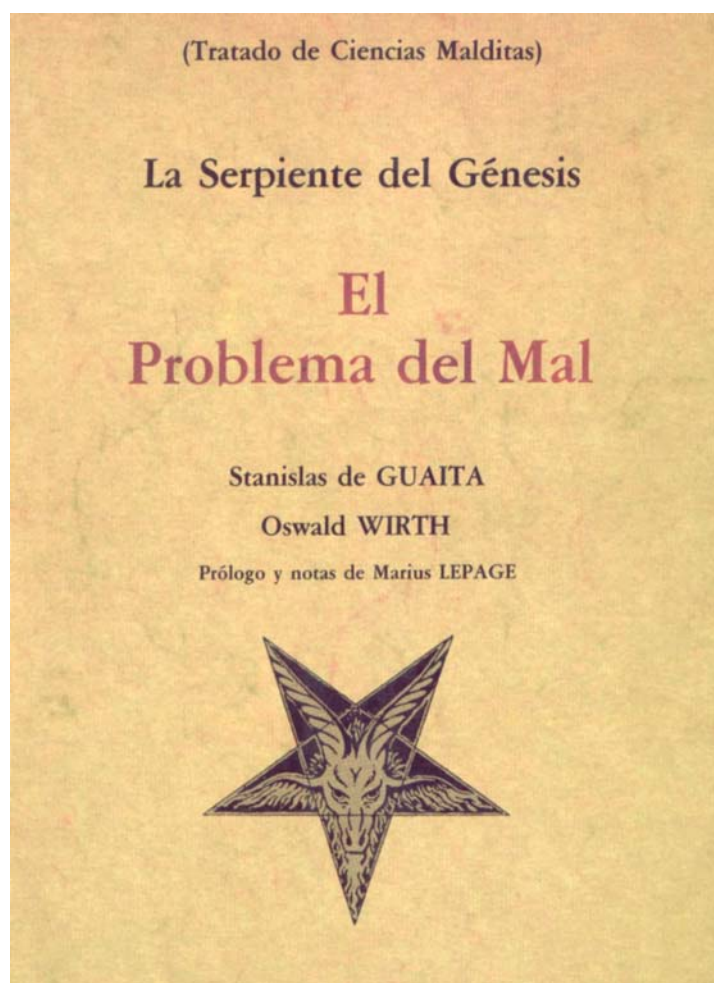
**LA SERPIENTE DEL GÉNESIS
EL PROBLEMA DEL MAL**

Le Problème du Mal



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com



LA SERPIENTE DEL GÉNESIS

**TERCERA SEPTENA
(LIBRO III)**

EL PROBLEMA DEL MAL

Prólogo y notas de Marius LEPAGE



INDICE

PLANO GENERAL DE LOS “TRATADOS DE CIENCIAS MALDITAS”,
página 5.

PRÓLOGO, *página 8.*

CAPÍTULO PRIMERO, *página 17.*
Adán-Eva y la Serpiente.
El Diablo.

CAPÍTULO SEGUNDO, *página 37.*
La Caída.
La Torre.

CAPÍTULO TERCERO, *página 59.*
La Encarnación del Verbo.
Las Estrellas.

CAPÍTULO CUARTO, *página 78.*
Trampas del Enemigo.
La Luna.

NOTAS FINALES:

CAPÍTULO I, *página 90.*
Génesis de la Idea del Mal.

CAPÍTULO II, *página 94.*
El Problema del Mal en las Religiones de Forma Sentimental:
Cristianismo.
Budismo.

CAPÍTULO III, *página 105.*
El Problema del Mal en las Religiones de Forma Metafísica:
Vedantismo.

CAPÍTULO IV, *página 112.*
El Problema del Mal ante el Racionalismo:
Racionalismo deísta.
Racionalismo ateo.

CONCLUSIÓN DE LA FORMA TRADICIONAL, *página 122.*

EPÍLOGO, *página 127.*

PLANO GENERAL DE LOS “TRATADOS DE CIENCIAS MALDITAS”

Prólogo. “En el Umbral del Misterio”.

La Serpiente del Génesis.

I

“El Templo de Satán” (Primera Septena)

Capítulo 1. EL DIABLO.

(**♁**, el Malabarista = la Unidad = el Principio = el Objeto... el Diabolo.)

Capítulo 2. EL BRUJO.

(**♁**, la Papisa = el Binario = las Facultades = el Sujeto... el Brujo.)

Capítulo 3. OBRAS DE BRUJERÍA.

(**♁**, la Emperatriz, = el Ternario = el Dictamen = el Verbo... Obras de Brujería.)

Capítulo 4. LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES.

(**♁**, el Emperador = el Cuaternario = la Base Cúbica = el Poder... la Justicia de los Hombres.)

Capítulo 5. EL ARSENAL DEL BRUJO.

(**♁**, el Papa = el Quinario = la Voluntad, sus instrumentos... Arsenal del Brujo.)

Capítulo 6. MODERNOS AVATARES DEL BRUJO.

(**♁**, el Enamorado = el Senario = Oposición = Reciprocidad, Término Medio = Producto, Modernos Avatares del Brujo.)

Capítulo 7. FLORES DEL ABISMO.

(**♁**, el Carro = el Septenario = Triunfo = Consumación = Plenitud = Riqueza = Superfluo... Fores del Abismo.)

II

“La Llave de la Magia Negra” (Segunda Septena).

Capítulo 1. EL EQUILIBRIO Y SU AGENTE.

(⚖, la Justicia = Equilibrio = Balanza = Armonía... el Equilibrio y su Agente.)

Capítulo 2. LOS MISTERIOS DE LA SOLEDAD.

(🏠, la Ermita (nueve) = Aislamiento = Poder sobre lo Astral. Misterios de la Soledad.)

Capítulo 3. LA RUEDA DEL DEVENIR.

(🎡, la Rueda de la Fortuna (diez) = Casualidad = Vida Colectiva = Devenir. La Rueda del Devenir.)

Capítulo 4. FUERZA DE LA VOLUNTAD.

(⚡, la Fuerza (once) = Energía = Sus Medios de Despliegue. Fuerza de Voluntad.)

Capítulo 5. LA ESCLAVITUD MÁGICA.

(🗡, el Ahorcado (doce) = Sacrificio Voluntario = Interferencia de los Planes. La Esclavitud Mágica.)

Capítulo 6. LA MUERTE Y SUS ARCANOS.

(💀, la Muerte (trece) = Desintegración = Desprendimiento = La Muerte y sus Arcanos.)

Capítulo 7. MAGIA DE LAS TRANSMUTACIONES.

(🔄, la Templanza (catorce) = Mutaciones = Cambios = Combinaciones = Intercambios... Magia de las Transmutaciones.)

III

“El Problema del Mal” (Tercera Septena).

Capítulo 1. ADÁN-EVA Y LA SERPIENTE.

(🐍, el Diablo (quince) = Corrientes fatales del Instinto = Nahash, el Tentador del Edén.)

Capítulo 2. LA CAÍDA.

(🏰, la Torre (dieciséis) = Derrumbamiento = Caída, Desesperación = la Caída de Adán (Involución).)

Capítulo 3. LA ENCARNACIÓN DEL VERBO.

(⚡, la Estrella (diecisiete) = Idealidad, Rescate, Esperanza, Redención, Evolución.)

Capítulo 4. TRAMPAS DEL ENEMIGO.

(🌙, la Luna (dieciocho) = Engaño, Constricción (Hereb). Trampas del Viaje.)

Capítulo 5. LA HOGUERA DE HERAKLES.

(☀, el Sol (diecinueve) = Esplendor, Riqueza, Expansión (Jonah) = la Hoguera de Herakles.)

Capítulo 6. RESURRECCIÓN.

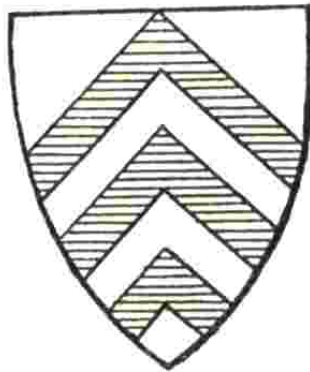
(⚖, el Juicio (veinte) = Resurrección, Restitución, Vuelta. La Resurrección de los Muertos.)

Capítulo 7. LA GLORIA DEL APOTESIS.

(🤪, el Loco (veintiuno) = Subversión = Desorden, Disolución, El Suicio del Mal vencido por sus propias armas = Locura de Amor.)

CONCLUSIÓN: EL VERDADERO PANTEÍSMO.

(🌐, EL Mundo (veintidos) = Sincretismo Universal, Mathese = Satán-Panta se desvanece en Dios.)





PRÓLOGO



En el número correspondiente a abril de 1897, bajo la firma de Papus, “La Iniciación” anunciaba el nuevo libro de Stanislas de Guaita, *La Clé de la Magie Noire*.

Segunda parte de la trilogía “Essais de Sciences Maudites”: este libro debía ser seguido de un terreno, *Le Problème du Mal*, conforme al plan general de la obra que se reproduce al principio de este volumen.

Pero Stanislas de Guaita moría el 19 de diciembre de 1897. Pocos amigos le conocían lo suficiente para saber que a su muerte *Le Problème du Mal* era más que un simple esbozo, y que algunos capítulos estaban completamente redactados.

Sintieron que la muerte le hubiera llegado antes de terminar sus *Essais*, y también recordaron el sentido de la vida del joven escritor en el que todos habían reconocido a su Maestro.

“Vas derecho al fondo del misterio y nos conduces allí contigo para interpretárnoslo.

Esta astucia te estaba permitida ahora que ya habías tenido cuidado en tu primera exposición de los hechos de hablarnos sobre todo del peligro, en lugar de dejarnos seducir por el encanto del misterio.

Revestidos por ti con esta armadura protectora vamos a atravesar siguiéndote a esta región peligrosa del mundo medio para llegar al fin a las esferas divinas, único fin verdadero de esta exploración de tu obra.

Así es la Trinidad:

Serpiente del Génesis, donde tú reúnes los hechos ocultos;

“Llave de la Magia Negra”, donde los comentas;

El “Problema del Mal”, donde los debías iluminar con tu luz divina, si la fatalidad de la muerte no te hubiera arrebatado tan pronto a nuestra admiración creciente...¹

En el tercer volumen de *La Serpiente del Génesis* Guaita se había... reservado el deber de sondear en las profundidades deslumbrantes del primer Ternario, pero la Providencia no ha querido que tales luces nos llegaran; respetemos la oscuridad misteriosa de sus designios ...”².

Así comenzaron los cuentos que, durante cincuenta años, iban a cubrir *El problema del mal* con un manto de secreto. Ya la vida y la muerte de Stanislas de Guaita relevaban campo de leyenda, benévola u hostil. Toxicomanía, choque de rechazo, suicidio... Muchas personas no han querido admitir nunca que el sabio mago murió como lo hacen normalmente los hombres, después de una larga enfermedad cuyos gérmenes vivían en él desde el día de su nacimiento.

Pero tampoco faltaron los “buenos” espíritus que decían que si Guaita había desaparecido prematuramente antes de acabar su obra, fue porque la Providencia lo había querido así, para evitar las divulgaciones que hubieran puesto en una situación peligrosa de vulgarización las nociones destinadas a ser el patrimonio espiritual de una restringida élite.

Más adelante veremos que efectivamente hay que abordar *El problema del mal* con una cierta prudencia. Pero no creo que la Providencia pueda asustarse o escandalizarse al ver impresas y difundidas hipótesis que, por muy bellas, profundas o temibles que sean, no constituyen por otro lado otra cosa que los productos de nuestra debilidad y de nuestra impotencia.

La verdad, afortunadamente, era otra cosa, y muy simple...

* * *

Charlando un día con Oswald Wirth de los *Essais de Sciences Maudites*, yo deploraba la pérdida de la tercera Septena. Supe entonces, con gran sorpresa, de la existencia insospechada de un manuscrito, comenzado por Guaita, continuado por Wirth, que debía constituir la coronación de la obra.

Secretario y amigo íntimo de Guaita, Oswald Wirth había heredado este legado inestimable, con el encargo de llevar a bien la exposición completa de las teorías esbozadas en las primeras Septenas. “Debía tratar el tema basándome en el Tarot y en las ideas de Guaita...”³.

¹ BARLET, en: *L’Initiation*, enero 1898, págs. 9 y 10.

² SEDIR, en: *L’Initiation*, enero 1898, pág. 43.

³ Carta de Oswald Wirth a Marius Lepage, 2 de febrero de 1930.

A finales de agosto de 1935, después del intercambio de cartas y conversaciones sobre el tema, Oswald Wirth me envió *El problema del mal*, acompañado de recomendaciones que leeremos más adelante.

Este gesto afectuoso de mi Maestro ha salvado el manuscrito sobre *El problema del mal*. Si no hubiera estado cuidadosamente guardado sobre un estante de mi biblioteca, habría desaparecido en el gran saqueo que siguió a las persecuciones efectuadas en el domicilio de Oswald Wirth.

Los amigos de Guaita pensaban, en 1897, que la Providencia no había permitido que la obra fuera realizada. En 1947 pensamos en el *Simbolismo*, que la había rodeado y que ha permitido que estas preciosas hojas llegaran a nosotros. Desde el castillo de Alteville, en Lorraine, a las escaleras de Bretaña, el camino es largo y lleno de imprevistos. Han sido necesarios cincuenta años para que este manuscrito lo recorriera, descansara y conociera por fin el verdadero nacimiento a la luz de los hombres...

* * *

Este manuscrito se compone de ciento veinte hojas, en tres partes distintas: una escrita por Oswald Wirth, al dictado o a partir de las notas de Stanislas de Guaita, otra escrita por el propio Guaita, y una tercera redactada y escrita por Oswald Wirth.

Con la intención de asegurar una conservación impecable, recientemente he hecho encuadernar estas hojas. Ahora se presentan en un volumen de 17,5 x 23,5 centímetros. Estas páginas ilustradas por Wirth, con dibujos y esquemas, contienen pocas erratas y correcciones. El pensamiento está inmediatamente materializado en una forma que apenas necesita retoques, y que ha sido íntegramente respetada.

En lo referente a la impresión, estos diferentes fragmentos se han separado mediante la utilización de caracteres diferentes, todo lo cual proviene de Stanislas de Guaita - dictado o manuscrito hológrafo - habiendo sido compuesto en grandes itálicas.

* * *

Guaita había fundado su trilogía en una interpretación de las láminas del Tarot a veces demasiado estricta: segunda Septena; a veces demasiado amplia: primera y tercera Septenas.

A propósito de esta última escribía:

***“El Problema del Mal.- La tercera Septena nos desvía un poco de la vía central, llevándonos a interpretaciones derivadas y mediatas.*”**

Pero, aunque a veces indirectas, las correspondencias con las veintidós llaves del *Libro de Thoth* no son totalmente irreprochables”⁴.

Antes de penetrar directamente en el pensamiento que nos ha sido transmitido, es conveniente situarlo en el conjunto de la obra, y darle la iluminación revista por Guaita. Los capítulos inéditos que el lector encontrará en el presente libro exigen - para que sean completamente comprensibles después de cincuenta años de interrupción - el lugar que les corresponde, y que Stanislas de Guaita les había asignado.

Pidámosle pues que nos exponga él mismo sus intenciones.

“*El Problema del Mal.*- La tercera parte, por fin, será la síntesis filosófica de nuestro libro: aquí abordaremos el gran enigma del Mal, y resaltaremos, en la medida en que nuestra conciencia y nuestra intuición nos lo permitan, el velo temible y bienhechor que oculta a los ojos del *profanum vulgus* el Gran Arcano de la Magia. Llevaremos incluso más lejos de lo que ningún adepto haya creído hacerlo, hasta ese último límite, tan formidable de franquear, donde el Kéroub emblemático, con la llama flameante en la mano, amenaza con la ceguera a los temerarios contempladores del más cegador de los soles...⁵.

Para devolver a la palabra Naturaleza su verdadero sentido y restituírle todo su alcance, no hace falta más que comenzar la revelación de algunos de los más elevados misterios de la Ciencia. Esto es lo que intentaremos en el tomo III (*El problema del mal*), buscando lo que la Naturaleza es en su origen, en su esencia, en su substancia, en sus operaciones; cómo hay que concebirla en su integridad, antes de la caída de Adán; eso en que se ha convertido en la materialización universal, producto de esta catástrofe y de la submultiplicación del Adán celeste, a través del espacio y del tiempo. Todas estas cuestiones se encadenan de la forma más rigurosa, y parecen pertenecer exclusivamente a las materias de nuestra tercera Septena...⁶.

...Ved cómo se amplía el dominio (que debe abarcar el marco de nuestra tercera Septena). El horizonte místico retrocede al amanecer, por una parte, hasta el engendramiento de la Eterna Naturaleza (Boehme), en la promulgación del Decreto fundamental anterior a la caída de Adán; al anoecer, por otra parte, se prolonga hasta la consumación de los siglos, y la reintegración de los submúltiplos en la Unidad; hasta que la apoteosis de Adán en el seno del Verbo Eterno...”⁷

⁴ Stanislas de GUAITA: *Le Temple de Satan*, Ediciones Durville, 1915, pág. 8.

⁵ Stanislas de GUAITA: *Le Temple de Satan*, Ediciones Durville, 1915, pág. 27.

⁶ Stanislas de GUAITA: *Le Temple de Satan*, Ediciones Durville, 1915, pág. 8.

⁷ Stanislas de GUAITA: *La Clef de la Magie Noire*, Ediciones Chamuel, 1897, pág. 18.

* * *

Stanislas de Guaita tenía alrededor de treinta y cinco años cuando comenzó a redactar *El problema del mal*. Oswald Wirth, retomando la obra inacabada, se acercaba a los sesenta. Además de las diferencias naturales de sus temperamentos particulares, era normal que apareciera el cambio provocado por el paso de los años. La Verdad, siempre una, se reviste de aspectos diferentes, según el tiempo y los lugares. Entre finales del siglo XIX y el segundo tercio del XX la expresión del pensamiento filosófico ha cambiado. El mismo Guaita, si hubiera vivido, habría retomado sus trabajos para adaptarlos a las transformaciones del mundo exterior y de su propia vida intelectual.

“Para *El problema del mal*, desconfiad de las abstracciones personificadas, del Absoluto calificado, gran escollo, pienso, de los escolásticos. Guaita era demasiado metafísico para negar a Santo Tomás de Aquino y a los Cabalistas. Existen muchas y preciosas nociones que podemos extraer de nuestro intelecto, pero nuestro razonamiento no debe hacerse ilusiones con lo limitado de su alcance. Cuando es demasiado ambicioso se desvía⁸. Me he esforzado en liberar en mi propio beneficio el espíritu de Stanislas de Guaita. Me parece que no dispuso de su entera libertad, por falta de tiempo, para romper con la forma de pensamiento de sus propios maestros, que no tuvo la oportunidad de “matar”. Habiendo sido educado en lo más elevado, pudo haber estado obligado a descender demasiado bajo. Absorbido por la armonía de lo abstracto, ha huido de la incoherencia y de las deformidades de lo concreto...”⁹

A la lógica deductiva abstracta de Guaita se opone la imaginación intuitiva de Wirth. Éste, para continuar *El problema del mal*, ha seguido de muy cerca las indicaciones de las láminas del Tarot. Esto nos vale las páginas más hermosas sobre la evolución y el destino del Hombre que mi viejo Maestro haya jamás escrito.

El ha amado hasta el final a Stanislas de Guaita como a un Hermano en la carne y en el espíritu. Sus capacidades de videncia y de médium le hacían casi tangible la invisible presencia del amigo. El mismo se sentía el continuador con una agudeza y una precisión de pensamiento que llegaban a la identidad. Y sin embargo, la diferencia es grande entre las dos manifestaciones de un mismo espíritu.

Pero no nos sorprendamos en absoluto. Intentemos imaginar lo que sería Guaita visto con Wirth, ambos cargados de años, de pesadas experiencias, de reflexiones, de conocimiento y sabiduría...

⁸ Carta de Oswald Wirth a Marius Lepage, 29 de agosto de 1935.

⁹ OSWALD WIRTH: *Stanislas de Guaita*, Ediciones de El simbolismo, 1935, pág. 232.

No hemos podido escuchar este diálogo, pero nada nos impide creer que permaneciera en el espíritu y en el corazón de Oswald Wirth cuando éste, meditativo como yo le he conocido en los últimos años, desplegaba bajo sus dedos las láminas del *Libro de Thoth* para encontrar en ellas el alma ardiente de su Hermano.

* * *

Y heme aquí forzado, después de muchos rodeos, a llegar a la parte menos agradable de este prólogo...

Anunciando a los lectores de *El simbolismo* la próxima aparición, en la revista que Wirth había creado, del manuscrito de *El problema del mal*, escribía:

“Qué premonición guiaba a mi viejo Maestro cuando se separó en 1935 de su manuscrito, y me lo entregó, renunciando a terminarlo y a hacerlo imprimir. Si él no hubiera actuado así, *El problema del mal* habría desaparecido con todos los libros, manuscritos y demás documentos después de la ocupación. Wirth me decía entonces: “Te corresponderá, más tarde, terminar lo que Guaita y yo hemos comenzado”. Pero esta segunda parte de su deseo no será satisfecha. Había pensado, sin olvidar las palabras de mi Maestro, retomar el trabajo con el equipo de *El simbolismo*. Pero, cuanto más estudiaba las hojas que me habían sido legadas, mejor comprendía que allí se encerraba la obra de una sola alma en dos cuerpos, y que casi sería sacrílego querer añadir pensamientos que, aunque piadosos, serían demasiado diferentes...”¹⁰.

Me retenía también la sensación sincera de mi profunda indignidad espiritual.

Pero, el demonio que susurraba al oído de Wirth las palabras que Guaita hubiera querido escribir no me dejó en reposo. A pesar de mí mismo, y de las prolongadas resistencias interiores durante largos meses, me sentí obligado a satisfacer las exigencias póstumas de mi Maestro.

Desde que las primeras páginas aparecieron impresas en *El simbolismo*¹¹, sentí por mi parte que debía inscribirme en la cadena de los transmisores de la llama. Desgraciadamente, no poseo ni la ciencia de Guaita, ni la sabiduría de Wirth. Tampoco es el pabito de la Ermita el que ilumina mi camino, sino la alforja del Loco, llena de errores y de ilusiones, la que pesa sobre mi espalda.

Los lectores de este libro me perdonarán por haberlo arruinado en parte con inoportunas reflexiones. Les ruego crean en mi absoluta sinceridad cuando digo que, aunque lo hubiera

¹⁰ *El simbolismo*, julio-agosto 1947, pág. 324.

¹¹ *El simbolismo*, enero 1948.

deseado, no habría podido callarme. La mirada de mi Maestro, que vigila mi trabajo, no me dejaba reposo. Tenía el sentimiento de traicionar a la vez la confianza que él había puesto en mí y la misión que yo mismo había aceptado¹².

En una tercera parte he intentado dar a *El problema del mal* una solución “actual”, es decir, contingente y temporal.

Esta no es nueva en absoluto. No hay soluciones nuevas en el dominio de la metafísica, sino el reconocimiento de las viejas ideas con las que, después de su encarnación en la materia, el espíritu del hombre apacigua sus angustias.

Guaita ha negado el Mal - principio, ha negado a Satán, ha cantado la reconciliación última del Hombre y de Dios. Yo he saboreado en mi corazón el pensamiento de Guaita.

Y el mismo Oswald Wirth ha murmurado en mis oídos atentos: “...qué otra hermosa ambición podríamos tener, sino la de merecer ser a nuestra vez ‘muertos’.”¹³

No existe contradicción - a pesar de ciertas apariencias - entre las diferentes partes de *El problema del mal*. Oswald Wirth siguió las indicaciones que le había dejado Guaita, completándolas con explicaciones extraídas de las mismas fuentes pero presentadas de forma diferente.

Creo haber comprendido las intenciones profundas de los Maestros que me han precedido. Me inscribo pues tras ello, sin orgullo pero con toda la honestidad de pensamiento. Estoy unido a las audacias espirituales de estos grandes nombres. Esto no impide que pueda, como normalmente lo haría cualquier hombre de mediados de este siglo, parecer alejado del especial punto de vista de la obra común. Juzgo con toda lucidez las debilidades de expresión y los maleficios pueriles que la época, llegando el año 1890, daba a estas ideas.

Sólo deseo sinceramente una cosa: ser “muerto” si valgo la pena, por algún joven pensador del año 2000. Los hombres y sus acciones viven ante todo por la crítica desinteresada y fecunda y no por el discreto incienso de las pequeñas capillas.

* * *

Al comenzar este prólogo, he dicho que había que abordar *El problema del mal* con una cierta prudencia. Quiero, al terminar, recordar las palabras de Stanislas de Guaita sobre el tema:

“Persuádete por otro lado de que la última palabra de estos arcanos no será dicha jamás, ni por nosotros, ni por ningún otro. ¿Quieres conocer

¹² “ ... no nos hemos encontrado por casualidad y usted tendrá trabajo cuando le ceda mi lugar ...”. Carta de Oswald Wirth a Marius Lapage, 30 de diciembre 1937.

¹³ OSWALD WIRTH: *Stanislas de Guaita*, pág. 234.

la razón profunda? Incluso suponiendo que un adepto completamente iniciado consintiera en despojar a la Isis celeste de su último velo, la mano del profanador repentinamente paralizada, será impotente al sacrificio. Las expresiones sucumbirían ante la idea; además, incluso aunque las encontrara adecuadas, se explicaría en una lengua para ti desconocida...”¹⁴

Por mi parte no experimento ningún temor, pero no ignoro que todos somos responsables de las consecuencias de nuestros actos, y más aún de las repercusiones de nuestros escritos.

Por ello pido al lector que mantenga este libro fuera del alcance de los adolescentes y de los débiles, de todos aquellos que no puedan todavía comprender la exacta significación de las frases escritas. Los que traducen torpemente el pensamiento. La eterna traición del verbo nos tiende sus trampas y lleva al fracaso la expresión informulada de los matices de nuestro espíritu.

En este libro les pediremos que se liberen del miedo al infierno, intentaremos arrancar su alma de los temores ancestrales bajo los que la han inclinado siglos de religión formal e incomprensible.

Invitándoles a ir más allá del Bien y del Mal, no convidamos a este festín del espíritu a los glotones que confunden licencia y libertad, liberación espiritual y goce desmedido de los bienes temporales.

Si no quieren manchar las perlas que han preservado para ustedes Stanislas de Guaita y su Hermano Oswald Wirth, guárdenlas cuidadosamente alejadas del hocico de los puercos.

M. L.

Laval, 12 de febrero de 1949.

¹⁴ Stanislas de GUAITA: *La llave de la magia negra*, págs. 11 y 12, edición de 1897.



EL PROBLEMA DEL MAL¹⁵

EL DIABLO (quince) LAS CORRIENTES FATALES DEL INSTINTO

NAHASH, EL TENTADOR DEL EDÉN

CAPÍTULO PRIMERO

ADÁN-EVA Y LA SERPIENTE

Los sabios del mundo antiguo, que no acostumbraban a hablar en vano, sino en el momento oportuno, decían que el hombre terrestre es un **MICROCOSMOS**, es decir, un pequeño universo.

A menudo he visto a profanos asombrarse de esto, y a ocultistas justificar este nombre con analogías insuficientes.

Existen sin duda relaciones no arbitrarias que unen alguna de las diferentes partes del **COSMOS** con los distintos miembros del cuerpo humano; la magia astrológica atribuye a cada uno de nuestros órganos la influencia del planeta del que lleva su sello: El Sol gobierna el corazón, Saturno el hígado, y así sucesivamente. El dodecanato zodiacal tiene sus correspondencias anatómicas, de la misma manera que el septenario de los planetas, aunque con distintos nombres.

En las obras de Jean Belot¹⁶ y de Cornelius Agrippa podrán encontrar explicaciones a estas místicas relaciones. Nada de ello es considerado aproximativo o vano.

Por otra parte, se alega también que el hombre terrestre está compuesto, como el mismo universo, de cuerpo, alma y espíritu. Manifiesta como él un ser vivo cuaternario, donde el ternario se tonaliza en la unidad síntesis.

¹⁵ Para distinguir la parte del texto que corresponde a cada uno de los autores, la correspondiente a Stanislas de Guaita se imprimirá en itálica y la redactada por Oswald Wirth en caracteres normales.

¹⁶ “Obras de Jean Belot”, cura de Mil-Monts, profesor de Ciencias Divinas y Celestes –Rouen, 1669- in-12º figuras. La pantacía de las analogías zodiacales ocupa la página 15; la de las analogías planetarias las páginas 50 y 226.

Pero cualquiera de estas analogías, a las que tenemos buen cuidado de no responder, no legitima más que lejanamente la adaptación que hacían los teósofos antiguos de la palabra **MICROCOSMOS** al hombre individual considerado dentro de su condición terrestre.

En efecto, idénticas relaciones vinculan el primer animal aparecido con los astros, y que yo sepa, nadie ha dicho jamás que un caballo, un gavián o una ballena sea un **MICROCOSMOS**. Pero el ternario: **CUERPO-ALMA-ESPÍRITU** se distingue muy bien en cualquier ejemplar individual, aunque sea del reino mineral.

Estas impresiones no dejarán de causar huella en todos aquellos que conozcan la repugnancia que sentían los antiguos sabios por las palabras vacías, o por una expresión poco precisa.

Estos iniciados han fundamentado siempre al estudio de los mundos inaccesibles a los sentidos en **INDUCCIONES ANALÓGICAS**¹⁷; y por tanto, es evidente que si sus razonamientos fueron justos, las relaciones de analogía que servían de base a sus cálculos no serían aproximativas, sino rigurosas y matemáticas.

Pero tranquilicémonos, el hombre terrestre es un **MICROCOSMOS** en el sentido más inflexible y más estricto, pues él es al **MACROCOSMOS** o al universo viviente, lo que lo particular es a lo universal, el submúltiplo a la unidad, lo relativo a lo absoluto y lo finito a lo infinito.

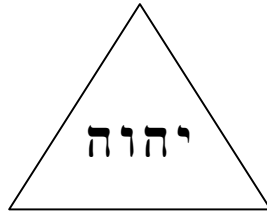
EL UNIVERSO, dice el marqués de SAINT-YVES¹⁸, es **EL SER DE LOS SERES, Y ESTE SER QUE CONTIENE A TODOS LOS DEMÁS EN ÉL ES EL HOMBRE MISMO**.

El ilustre teósofo resume y formula en esta sencilla frase uno de los secretos más escondidos de la antigua **RELIGIÓN-SABIDURÍA**, el corolario inmediato del supremo e inefable misterio, a cuya esencia siempre han evitado los adeptos hacer cualquier alusión precisa, incluso entre ellos, y al que designan en términos místicos **GRAN ARCANO DE LOS ARCANOS**.

En sentido superlativo, Adán, el hombre universal, es pues el Verbo Divino, el cuaternario oculto de Pausanias, el Tetractys de Pitágoras, por medio del cual todo existe, y fuera de lo cual nada puede existir.

¹⁷ “Los adeptos de todas las épocas poseían otro criterio de verdades inteligibles en el desarrollo de un sentido interno, que llamamos imaginación, y que ellos sabían exaltar hasta el éxtasis lúcido. Véanse los últimos capítulos de este libro.

¹⁸ Citado por el abad Roca: *La Crisis fatal*, París, 1885, inc-12º, pág. 70



Pero aquí es precisa una distinción.

Sin hablar del sentido vulgar atribuido a Adán - primer patriarca del Génesis, ancestro del género humano - se puede concebir a este ser bajo dos aspectos diferentes: En principio en el sentido de la divinidad - o en potencia y presto a pasar en acto, en el universo.

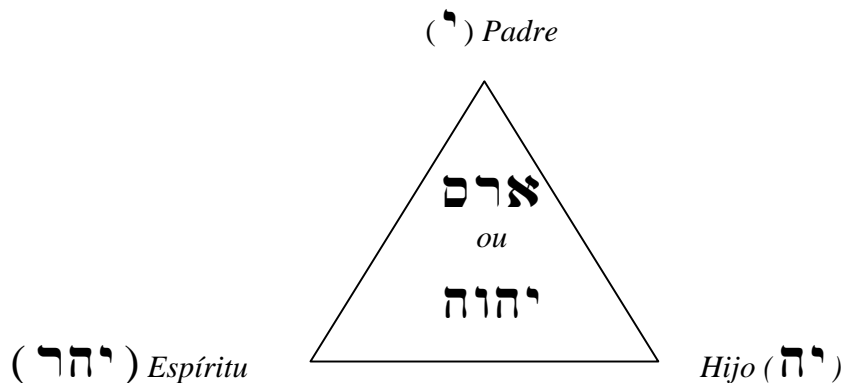
En principio y en su esencia, es, hemos dicho, el Verbo Divino. Es la unión fecunda del Espíritu y del Alma Viviente Universal de Iod (י) y de **HEVE** (ה"ה) del Dios Macho y de la Naturaleza Femenina, del Fecundador y de la Fecundidad, de **SHADDAI** (ש"י) y de **SHADDEH** (שהז).

Es la Dyada Sagrada en estado potencial, el celeste andrógino que manifiesta, en la fusión de los dos sexos simbólicos, la Unidad inaccesible, el incomprensible **WODH** o el inefable **AIN-SOPH** de los Cabalistas.

Es por fin el Adán **KADMON** del Zohar, la síntesis de los **SEFIROTS**.

Esclarezcamos la naturaleza del Gran Adán, conciliando aquí los elementos del Esoterismo mosaico y los misterios de la teosofía cristiana, que tiene su verdadera base en la teología secreta de los judíos.

El **GRAN ADÁN** o **VERBO ETERNO** se manifiesta por tres principios ya encauzados, impropriamente llamados las **TRES PERSONAS** de la Santísima Trinidad, el **PADRE**, el **HIJO** y el **ESPÍRITU SANTO** (**JOD, IAH** y **IAHO**).



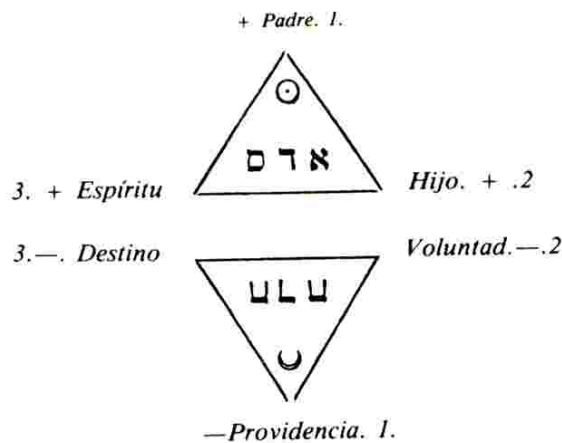
Pero se le atribuye normalmente la naturaleza de **HIJO**, que es el punto medio de los tres.

Este **ADÁN CELESTE** despliega su facultad eficiente, en otras palabras, emana **EVA** (𐤀𐤅), su esposa latente en él.



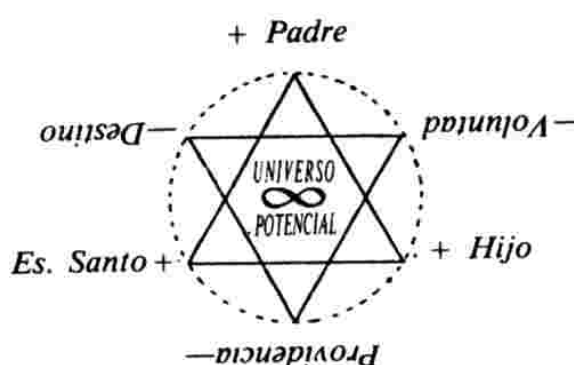
O, explicado más detalladamente, es decir, manifestar la Dyada andrógina bajo la forma senaria de un ternario doble:

En Adán, los tres principios:



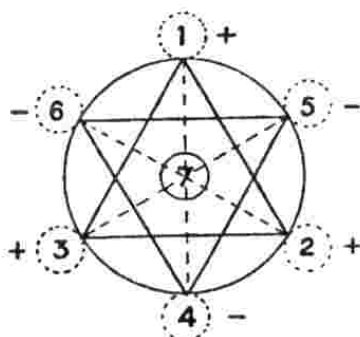
Estamos autorizados a decir analógicamente que, en el **ADÁN PRINCIPIO**, o Dios manifestado, el **PADRE** corresponde a la inteligencia, el **HIJO** al alma y el **ESPÍRITU SANTO** al cuerpo, y que en la **EVA ESENCIA**, o Naturaleza naturante, la **PROVIDENCIA** corresponde a la inteligencia o espíritu, la **VOLUNTAD** al alma y el **DESTINO** al cuerpo.

La unión del **ADÁN PRINCIPIO** y de **EVA ESENCIA**, o, si se prefiere, de **DIOS** y de la **NATURALEZA**, constituye el **UNIVERSO POTENCIAL**, el **ANDRÓGINO CELESTE**, el **MACROCOSMOS**, conocido en magia con el emblema de la Estrella de **SALOMÓN**:



Marco los tres principios del signo positivo o macho, y las tres facultades de signo negativo o femenino, porque ésa es su función de oposición recíproca; pero si examinamos abstractamente el ternario de los principios, y abstractamente la trinidad de las facultades, es cierto que el Padre es positivo, el Hijo negativo y el Espíritu Santo participante de los dos; por otra parte, la Providencia es + la Voluntad - y el Destino ∞ .

Es el **SEPTENARIO CÍCLICO**, constituido por los dos **TERNARIOS** macho y hembra, sintetizados en la unidad relativa:



ADAM KADMON (Dios manifestado) se casa con **EVA** (la Naturaleza Esencia), que él ha desplegado por emanación como siendo la facultad eficiente. Explicado con más detalle:

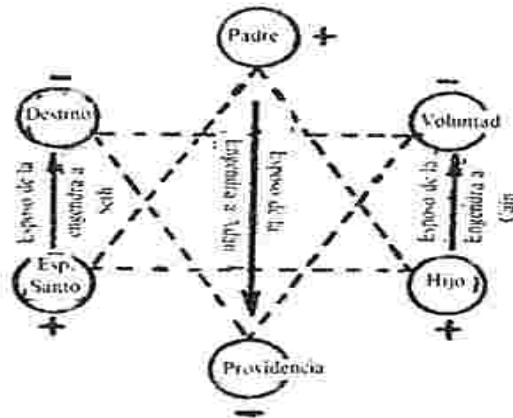
Los tres principios machos, constitutivos de **ADÁN**, han emanado tres facultades femeninas, constitutivas de **EVA**. Cada principio es el esposo simbólico de la facultad eficiente que él ha desplegado:

- El Padre es el esposo de la Providencia.
- El Hijo es el esposo de la Voluntad.
- El Espíritu Santo es el esposo del Destino.

Generalizando, se puede decir que el matrimonio del **ADÁN KADMON** y de la **EVA CELESTE** engendra la **SUBSTANCIA UNIVERSAL, ADAMAH**¹⁹ animada por un principio de vida universal hiperfísico, **NEPESH-HAHAIH, נֶפֶשׁ הָאֵיחָה. NAHASH**, la Serpiente del Génesis, actúa y se manifiesta en Nephesh-ha-ha'iah. En este punto preciso se cumple la caída por la materialización de la vida y la multiplicación divisional, generadora de submúltiplos al infinito.

Si preferimos especificar, diremos:

En Adán:		En Eva:
El Padre, esposo de la El Hijo, - - - El Esp. Santo - - -	Providencia Voluntad Destino	{ han generado }
		{ ABEL CAIN SETH }



¹⁹ Si en el Génesis Adamah es nombrado antes que Adán, es porque Moisés considera a Adán bajo un punto de vista ya especial, como veremos más adelante.

De derecha a izquierda será:

1°. La unión del **HIJO** (en **ADÁN**) y de la **VOLUNTAD** (en **EVA**) engendra a **CAÍN** (el Principio del Tiempo), que activa a **HEREB** ערב (la Fuerza comprensiva y devota de la que Mouth es agente restrictivo del principio macho), en **HOSHECK** חשך (la Oscuridad).

HEREB, manifestado por **CAÍN**, tiene pues por vehículo a **HOSHECK** (la vuelta al principio).

2°. La unión del **PADRE** (en **ADÁN**) y de la **PROVIDENCIA** (en **EVA**) dan nacimiento a **HEBEL** o **ABEL** (el substrato del espacio etéreo). **ABEL** abre camino a la acción de **IONAH** (la Facultad generadora expansiva, de la que **OEL-HELIÓN** es el principio macho en su fuerza de expansión), en AOR la Luz o sustancia plástica etérea.

IONAH, manifestada por **ABEL**, tiene pues por vehículo a **AOR**.

3°. La unión del **ESPÍRITU SANTO** (en **ADÁN**) y del **DESTINO** (en **EVA**) da nacimiento a **SETH** שת (base de la Naturaleza elemental), **SETH** se manifiesta en definitiva por **NOAH** נח, **NOUCH** o **NOÉ** (la Materia cósmica o nebulosa en trabajo de condensación)²⁰ en la **THEBAH** (Recinto simpático o Esfera de acción de cada remolino solar).

NOÉ, agente de **SETH**, tiene pues por ciclo de expansión a **THEBAH**.

NOTA.- De la misma manera que se puede decir: En **EVA**, el Destino está generado por la acción recíproca de la Providencia y la Voluntad.

Así también se puede decir que **SETH** es la consecuencia de la acción recíproca de **CAÍN** y **ABEL**.²¹

Ahora bien, **SETH** es la **BASE DEL UNIVERSO ELEMENTAL**.

En **ADAMAH**, la sustancia que anima a **NEPHESH-HA-HAIAH**, como hemos dicho, se manifiesta **NAHASH** (נחש) o el **TANHA** de los hindúes: La sed egoísta de la existencia individual, causa de la caída y de la multiplicación de los seres²².

²⁰ Fabre d'Olivet traduce: *El Reposo de la Naturaleza*.

²¹ Caín y Abel, en su acción recíproca, han manifestado poderes que les son anteriores: Hereb y Ionah; Seth, por el contrario, se manifiesta por seres que le son consecuentes.

²² Caín es rojo, Abel azul y Seth violeta.

Los iniciados de todos los santuarios del Esoterismo consideran la caída de **ADÁN** (quiero decir: Ese ser cosmogónico, cualesquiera que sean los diversos nombres que haya tomado), como la causa universal de la Involución. El capítulo siguiente trata este tema detalladamente; en éste sólo intentamos acercarnos...

Hemos mostrado la aplicación que se puede hacer de los principios de la teosofía cristiana a los hierogramas de la mitología oculta de Israel, sabiamente restituida a la resplandeciente luz de su esoterismo por la piadosa mano de **FABRE D'OLIVET**.

Hemos indicado la filiación de los seres cosmogónicos constitutivos del Universo, partiendo del elemento primordial del **VERBO ETERNO**, del que **SAN JUAN** escribe: **“IN PRINCIO ERAT VERBUM ET VERBUM ERAT APUD DEUM ET DEUS ERAT VERBUM; OMNIA PER IPSUM FACTA SUNT ET SINO IPSO FACTUM EST NIHIL QUOD FACTUM EST. IN IPSO VITA ERAT.”** Y este Verbo Divino, como ya hemos dicho, no es otro que el **GRAN ADÁN** de los Misterios egipcios, el **ADÁN KADMON** de los Cabalistas.

Si esto es así, ¿se nos reprochará, como **ELOHIM** (en el Génesis), que el Universo ha sido creado antes incluso de nombrar a **ADÁN**?

Otra forma de concebir a **ADÁN** es la que adopta **FABRE D'OLIVET** en sus comentarios de **BEROESHITH**²³, tomándolo simplemente como el mediador de la naturaleza, como la voluntad de **EVA**, como el **VA ׀** del tetragrama biológico **IOD-HEVE** o **IOHAH**. La caída apaga el signo luminoso del **VAF ׀**, que se transforma en signo convertible ׀²⁴.

ADÁN se objetiva y cae en la materia; el universo pasa de potencia a acto; **OENOSH ׀׀**, el hombre corporal aparece.

El **ADÁN KADMON** del Zohar, o Verbo Absoluto, corresponde al **CRISTO GLORIOSO**, síntesis mística de la Iglesia militante.

El primero es considerado, en principio y en esencia, en el seno de la divinidad; el segundo en potencia y en acto dentro del universo.

Pero, cualquiera que sea lo indefinido que se sustraiga del Infinito, cualquiera que sea el relativo que se sustraiga de lo Absoluto, el Infinito permanece infinito, el Absoluto permanece absoluto.

²³ Él mismo dice en su “Caín”: “Lo que es Adán en su esencia universal no puede ser expresado sin una instrucción particular. Lo que es Adán en su esencia particular puede expresarse, aunque esta idea, particularizada en el pensamiento de Moisés, se presente todavía para nosotros bajo una forma universal. Es el hombre concebido abstractamente, etc.”. Caín, págs. 30 y 31.

²⁴ Véase: *La Langue hébraïque restituée*, tomo II.

Así pues, el **ADÁN CAÍDO** o **CRISTO DOLOROSO**, síntesis mística de la Iglesia militante, sufre, aprisionado en el **UNIVERSO-SUSTANCIA** que elabora, después de haberlo hecho pasar al acto.

El **ADÁN CELESTE** o **CRISTO GLORIOSO**, síntesis de la Iglesia triunfante, llena siempre con su gloria al **UNIVERSO-ESENCIA**, que es su obra.

Moisés denomina al **ADÁN KADMON** o **VERBO DIVINO** por los agentes celestes que lo manifiestan: **OELOHIM, ÉL-LOS-AGENTES-DEL-VERBO**²⁵. Estos agentes cumplen tan bien su unidad en el Verbo, que el vocablo **OELOHIM** que los designa gobierna el singular, aunque él esté en plural: **BEROESHIT BARA OELOHIM**.- Al principio los dioses crearon...

¿Qué les hace crear Moisés en el primer versículo del Génesis?- Les hace determinar en principio (Beroeshith) el Alfa y Omega del Ser, sus dos síntesis, radical y totalizada: **SHAMAIM**, los Cielos Inteligibles o el Espíritu, que corresponde a la primera séfira cabalística **KETHER** y **AETH-HA-ARETZ**, lo que constituye la tierra, o materia sensible, que corresponde a la décima séfira, la de **MALKUTH**.

Pero esta última modalidad del ser sólo existía en **THOHU W'BOHU**, hierograma que Fabre d'Olivet traduce con mucha exactitud: "Potencia contingente del ser dentro de una potencia de ser". **AETH-HA-ARETZ** - el principio del Tiempo y el Substrato del Espacio-doble campo de acción donde esta materia podrá producirse y organizarse sobre la base de **SETH** - la Superficie Sideral.

Todas las creaciones que siguen, antes de la aparición de **ADÁN**, se definen igualmente **BE-ROESHITH** (en principio, en posibilidad), y estas creaciones están también generadas por **OELOHIM, ÉL-los-agentes-del-Verbo** (o **ADÁN KADMON**, pues todo es uno).

Un error en el que han caído algunos cabalistas es ver a **DIOS PADRE** en **IOD-HEVE** o **JEHOVAH**. Es el Verbo Divino, el Gran Adán celeste. Es la síntesis de los Sefirot. Se puede leer en el Zohar que antes de haber creado ninguna forma él estaba solo, incomprensible, "sin parecerse a nadie", pero después de haber producido la forma del Hombre Celeste (o Kadmon), hizo de él su carro, **MERCABAH**, para descender; quiso ser llamado por esta forma, que es el santo nombre de **IOD-HEVE**²⁶. **A. FRANCK** añade: "Los diez sefirot formaban en su conjunto al hombre celeste, al hombre ideal." En una palabra, como en mil, **IOD-HEVE** es el Verbo, el Gran **ADÁN**, el carro celeste donde resplandece **SHECHIMAH**, la presencia real de la Divinidad.

El Padre, es Iod, Wodh; o incluso el hierograma caldaico **IAH** י"י, que reemplaza **יהוה** ויהוה y en los Targums, pero que no lo traduce, pues י"י expresa esotéricamente, no el Verbo,

²⁵ Fabre d'Olivet traduce: "Él-los-Dioses".

²⁶ Fragmento del Zohar, traducido por Franck, *La Kabbale*, primera edición, pág. 173.

sino el insondable Desconocido del que emana el Verbo, ese **NESCIO QUID** tan desconocido que es para nosotros como si no existiera: **AIN-SOPH, SER-NO-SER.**

Ahora que ya hemos determinado correctamente los principios y la esencia de **ADÁN-EVA**, podemos comenzar a hablar del Tentador, la Serpiente del Génesis.

NAHASH, la Serpiente del Edén, es una encarnación de **SATÁN**. Es el **LUCIFER** de la leyenda (ese hijo resplandeciente de la Oscuridad), **HILLEL BEN SHAHAR** del que habla el profeta **ISAÍAS**.

Los intérpretes deberían haber comprendido que el relato del pecado original es alegórico; todo lo indicaba.

JOB es el primero en la Biblia en trazar el nombre de **SATÁN**, el Adversario, del que hace un ángel ejecutor de las voluntades de lo Alto; lo localiza incluso en las falanges celestes y especifica su naturaleza espiritual: es uno de los **BENI-OELOHIM**. No hay nada que autorice a ver en este mensajero una esencia espiritual oscura o caída.



En cuanto al hierograma utilizado por Moisés para designar al tentador del Edén, **NAHASH** (traducido generalmente por serpiente o culebra), nunca ha significado serpiente, excepto en el caldaico más vulgar. Moisés, que nombra en varias ocasiones a la serpiente en el Génesis, utiliza otro vocablo.

¿Acaso, el nombre de **LUCIFER**, de **PORTADOR DE LA LUZ**, de **RESPLANDECIENTE HIJO DE LA OSCURIDAD**, que emplean algunos hierógrafos, no hubiera debido, más que ningún otro, iluminar a los intérpretes sobre la naturaleza substancial de **NAHASH**?

Hemos detallado en otro lugar el sentido comparativo de este vocablo, e incluso hemos fundamentado en esta teoría de la **LUZ ASTRAL** todo nuestro Libro II La Clef de la Magie Noire, del mismo modo en que había constituido la base del Temple de Satan, la interpretación vulgar y habitual que todos los ignorantes tienen de la palabra **NAHASH**: El Diablo, el demonio.

El próximo capítulo, que desvela el arcano de la caída, dará alguna luz sobre la significación suprema, hierática o superlativa del misterioso **NAHASH**; sabiendo muy bien que no podemos explicarlo todo, pero, dejando en la sombra la razón de ser de esta potencia cosmogónica, al menos esclareceremos la naturaleza oculta.

El agente ocasional del pecado original está tan íntimamente ligado a la historia misma de este pecado que no se puede abstraer al uno del otro. Sería insensato tratar separadamente por un lado al Tentador, y, por otro a la Tentación.

Como en el próximo capítulo trataremos sobre la significación jeroglífica de la palabra hebrea **NAHASH**, terminaremos éste con el comentario del mismo problema visto bajo otro aspecto: estas consideraciones no serán inútiles, si prestamos atención, para alcanzar la inteligencia del misterio del que reservo el esoterismo.

Es la misma cuestión pero dada la vuelta: Hay que hacer aquí como los fotógrafos, que saben, invirtiendo la imagen, reproducir a su voluntad los rasgos del sujeto que posa ante el objetivo.

La concepción vulgar del diablo es el reflejo deformado, y, me atrevo a decir, invertido de **NAHASH**, incomprendido en su esencia. Bien, revelando el sentido esotérico atribuido al símbolo demótico del diablo, permitiré que comprendan cómo es posible enderezar e incluso, en cierta medida, restituir el perfil del Ser Oculto, del que Satán es la ilusión que se deformó al reflejarse en la imaginación grosera de los saduceos del cristianismo.

Como la materia diferenciada, residuo de la caída adámica, de la cual él es instigador, como la materia con la que algunos iniciados muy sabios le han intencionadamente confundido, Satán vive con una existencia equívoca y problemática: existe y no existe; se mueve dentro de las metempsicosis de un devenir perpetuo; es ilusorio y real; unos tienen razón al afirmar su existencia, otros, al negarla, no se equivocan.

La antinomia que él resume dentro de su enigmática personalidad no es fácil de resolver; él no constituye más que una negación, su carácter es privativo, y sin embargo se manifiesta en actos y se encarna en ciertos seres malvados, que lo crean al invocarlo.

¿Qué es entonces el diablo?.

El diablo es el símbolo de todas las afirmaciones engañosas y de todas las negaciones estériles: Es el espectro mismo de la **NADA**.

“Soy el que siempre niega”, hace decir a su Mefistófeles el más grande de los poetas iniciados que haya nacido después de Dante, en las regiones de Occidente. Goethe, al crear una nueva encarnación del Maligno, se afana en poner en escena el misterio nunca comprendido de su incurable inanidad. El **SEGUNDO FAUSTO** es la negación final del primero, como el día es la denegación que impone, a todas las noches igualmente relativas, ese símbolo absoluto de la luz eterna, el Sol. En el drama del poeta alemán, se ve a Mefisto aniquilarse y apagarse, por decirlo así, frente a las potencias celestes: Así la fealdad del mal, que es Satán, debe aniquilarse - o fundirse, armonizándose - en el esplendor del Bello-Bien, que es **DIOS**.

Como la noche es el huevo del día, el mal es el huevo del bien. Una vez roto este frágil tabique, la luz divina se irradia, y, del mal anterior, sólo quedan los residuos de la cáscara. Que se nos perdone esta comparación trivial, aunque justa, gracias a la cual todo lector reflexivo podrá alcanzar el pensamiento profundo de los maestros de la Cábala, cuando ellos llaman a los espíritus de las tinieblas cáscaras, cortezas: cortices.

La Jerusalén celeste no es de este mundo, y Souvary parece haber tocado muy de cerca la inteligencia del arcano más formidable de la teosofía, el del Bien y del Mal.

“Formemos el himeneo celeste y el himeneo infernal

**“El Espíritu no engendra sin unión carnal
Y el Bien, para actuar, en su ayuda apela
A ese otro brazo de Dios que se llama Mal”.**

Desgraciadamente, la hermosa imagen del último verso constituye una fórmula heterodoxa.

El Bien y el Mal son dos ramas del mismo árbol, es cierto, pero este árbol no es de esencia autodivina. Caer en esta confusión es reproducir la herejía monstruosa de los maniqueos. Y sin embargo, esos sabios gnósticos se acercaron más que ningún otro a la solución de este formidable problema: un delgado muro los separa de la Verdad, cuyo fuego ilumina cegador, a pocas líneas de distancia; pero esta barrera es de diamante, impenetrable para siempre.

Este obstáculo fatal para los maniqueos ha sido también con el que se han encontrado sin excepción todos aquellos que han querido condensar en una fórmula metafísica este incomprensible misterio. Y siempre será así. Aquel cuya sagacidad ha sabido obtener de la Esfinge la última palabra de su secreto, comprende que debe callarlo, pues el más sabio de los artistas que maneje nuestras lenguas europeas nunca podrá adentrarlo en ellas sin desnaturalizar la noción. La frase que pretende expresarlo no hace más que una escandalosa mentira. Los labios humanos que se abren para desvelar el misterio no profieren más que una blasfemia y una absurdidad.

Si el origen de Satán es incomunicable, se puede por lo menos intentar comprender la naturaleza fugaz y problemática de este perpetuo iniciador al mal. No es en absoluto un ser por sí mismo, sino que se manifiesta dentro y por los otros seres; no tiene más existencia que la que le dan. No es, y sin embargo hace daño.

Privativo de todo aquello que ilumina la inmortalidad y la vida, privativo de Este por el que todo resplandece y permanece, me atrevería a decir la más atrevida de las paradojas para definirlo: Siendo la negación rigurosa del absoluto estricto y riguroso, se le podría llamar el Relativo Absoluto.

Uno muere de una monstruosa indigestión; uno muere de un remedio prescrito con dosis abusivas. Como todo tiene su razón de ser y su utilidad contingente, se puede decir que los venenos no existen, y que sólo hay ignorantes e inhábiles... ¿O quizá sería mejor decir: Todo es veneno, incluso el agua dulce y el pan?... Y hasta el veneno de la serpiente no tuvo su razón de ser. Algunos médicos les dirán que es un animal útil: De este virus implacable que mata en tres minutos, la homeopatía hace el más heroico y el más implacable de los remedios. Unos cuantos gránulos de Lachesis trigonoceph dan al moribundo un soplo de vida, o más aún, a la vida presta a desaparecer un resplandor desesperado. Ahora bien, en algunas enfermedades agudas, se trata de franquear un período temporal dado, la zona saturniana del peligro. Un latigazo supremo hace subir al caballo de su fatiga y lo sostiene hasta el establo de la salud: Estaba destrozado de cansancio en el momento de su caída, y, sin embargo, el reposo para él hubiera sido la muerte... Así, lo que pierde a uno, salva a otro; el medicamento en dosis excesivas se metamorfosea en veneno; veneno tomado en condiciones especiales se vuelve el más admirable de los remedios, y el arte del buen vivir se apoya en la ciencia profunda de las relaciones.

He aquí lo que podemos decir. El diablo, en el sentido vulgar, vive una existencia falsa. Satán no existe; el Mal no existe; el Frío no existe, la Sombra no existe, pues estas cuatro abstracciones puramente negativas no marcan en suma más que la ausencia de Dios, la ausencia del Bien, la ausencia del Calor y de la Luz.

Aquí debe terminar este capítulo sobre el que habríamos podido escribir: Definiciones y aproximaciones. Si estas últimas han podido servir para precisar las otras en el espíritu del lector, la finalidad del autor ha sido alcanzada.

NOTA.- Distinguir entre **NAHASH** (tres primeras formas de **BOHME**) y el fantasma del diablo. El diablo visto como persona no es más que un símbolo, mientras que **NAHASH** representa una especie de realidad potencial.

Terminar el capítulo con la concepción simbólica del diablo.

*(Interrupción del texto dejado por Stanislas de Guaita,
reanudación del texto por Oswald Wirth)*

En su primer libro de la *Serpiente del Génesis*, Stanislas de Guaita nos ha dado el plano esotérico de esta obra, que ha querido construir “toda entera sobre las proporciones mágicas del Tarot”.

Los siete capítulos del *Templo de Satán* no se relacionan, es verdad, con las siete primeras láminas del Tarot, “más que de forma indirecta y lejana”.

La *Llave de la magia negra* se acerca mucho, sin embargo, al sentido propio e inmediato de las láminas 8 a 14 del Tarot, que son descritas y comentadas en los siete capítulos de este segundo libro.

“El problema del mal, la tercera septena, nos hace desviar un poco de esta vía central, llevándonos a interpretaciones derivadas y mediatas. Pero, aunque a veces indirectas, las correspondencias con las veintidós letras del Libro de Thoth no son del todo irreprochables”²⁷.

Basándome en las líneas que preceden y en la indicación que se encuentra más arriba: *“Terminar el capítulo con la concepción simbólica del diablo”*, creo responder a las intenciones de Stanislas de Guaita comentando de la mejor manera posible las láminas 15 a 22 del Tarot, cada una en el sentido de *El problema del mal*. Permítanme, pues comenzar aquí por el **DIABLO**, esforzándome en arrancar a la Esfinge del Tarot una respuesta a las cuestiones formuladas por Guaita: *“¿Qué es el Mal? - ¿Ha sido creado por Dios? - ¿Cuál es el origen del Mal, si no posee principio positivo?”²⁸.*

XV. EL DIABLO

Fiel a la ley de contrastes, el Tarot hace suceder el **DIABLO** al Ángel de la Vida universal personificado por la Templanza (Arcano XIV)²⁹.

Mientras el fluido vital circula libremente, en estado etéreo, sin encontrar ningún obstáculo, no se produce ninguna particularización: El ser permanece uno, y el Adán-Eva goza de la existencia edenal anterior a la caída.

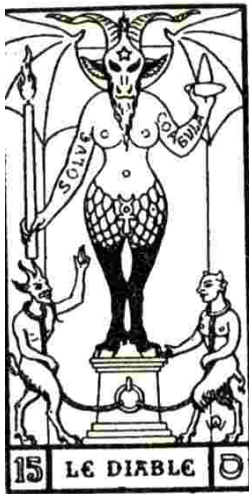
Para que una vida particular pueda oponerse a la vida general ilimitada, es necesario que haya habido en un punto insubordinación o revolución. Ahora bien, es este principio de rebelión individualizadora el que simboliza la **VIEJA SERPIENTE** inspiradora de instinto de autonomía, que hace entrar al Microcosmos en rivalidad con el Macrocosmos.

Pero el Tarot no nos presenta al Tentador bajo el aspecto de una Serpiente. Los imagineros de la Edad Media le dieron el torso y los brazos de una mujer, la cabeza y las patas de un macho cabrío, y las alas de un murciélago. Quisieron que su *Baphomet* reuniera en él los dos sexos a la vez y los cuatro elementos, indicados por el azul de las alas (Aire), el rojo de la cabeza (Fuego), el verde de las caderas cubiertas por escamas de pez (Agua), y el negro de las piernas (Tierra).

²⁷ *Temple de Satan*, edición original, pág. 7, Ediciones Durville, 1915, pág. 8.

²⁸ *Temple de Satan*, introducción, pág. 27.

²⁹ Véase *Clef de la Magie Noire*, págs. 665 y ss.



Esta representación de la **LUZ ASTRAL**, donde se debaten silfos, salamandras, ondinas y gnomos, se erige sobre un altar rectangular, símbolo de la mentira y la ilusión de lo que llamamos materia. Éste es una ilusión, un *malabarismo diabólico*, debido al vertiginoso torbellino de la nada de los átomos. Pero ¿dónde están los sabios que se dan cuenta?. El Príncipe de este Mundo reina como maestro gracias a la ceguera de los inocentes. Los tiene bajo su dominio con las cadenas de lo material, figuradas en el Tarot por la cuerda de nudo corredizo, que atan dos diablillos al pedestal del Gran Diablo hermafrodita. Estos demonios secundarios no son más que un desdoblamiento sexuado del Panta-Satán. El de la derecha es un sátiro rojo, encargado de seducir a los inteligentes exaltando su orgullo; es el que incita a Eva a comer del fruto prohibido, para que los ojos de la criatura se abran a la luz y se vuelva igual al creador, conociendo el Bien y el Mal.

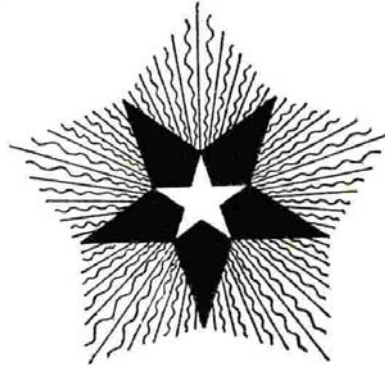
A esta entidad masculina y activa, que ejerce su dominio sobre los espíritus, se opone una diablesa de color verde, destinada a reinar sobre la sensibilidad, sobre el alma de la vida más inferior, desencadenando el celo y todas las irresistibles apetencias de la lujuria.

Estos demonios con patas de cabra corresponden a los brazos del ídolo central, que actúa por su ministerio. Uno de los cuernos del diablillo macho toca efectivamente el gran cirio amarillo que el *Baphomet* sostiene en su mano derecha. Es la antorcha incendiaria que lleva la luz a los entendimientos suscitando allí la revolución, la confianza en uno mismo, la necesidad imperiosa de independencia, de autonomía y de libertad sin freno. Venus-Astareth, la diablesa de la derecha, está colocada bajo el símbolo de la unión de los sexos que, sobre ella, el Diablo eleva hacia el cielo, haciendo de él el emblema esencial de su culto. Sobre su brazo se lee **COAGULA**, que apela al fluido difuso para condensarlo, y hacer de él el agente universal del instinto genésico, también llamado involución, o descenso del espíritu sobre la materia (caída edénica). Sobre el brazo que sostiene la antorcha, se puede leer la palabra **SOLVE**. Esto quiere decir que la intelectualidad diabólica es disolvente; quiere saber y se esfuerza en negar sistemáticamente, en contestar con vehemencia y echar por tierra los cimientos de la debilidad humana.

Las artes mágicas, que pretenden servir al diablo, se basan únicamente en los medios de los que la voluntad puede servirse para coagular y disolver a su gusto la luz astral. Ésta no debe ser vista como fundamentalmente perversa. Si lo dudamos, el pentagrama luminoso, que se destaca sobre la frente de Baphomet, nos lo puede aclarar.

La estrella central es la de la redención. Los magos supieron distinguirla desde la encarnación del Verbo: es la chispa divina aprisionada en las tinieblas de la materialidad, figuradas en el pentagrama negro, cuyas puntas coinciden con los cuernos, las orejas y la barba del Bouc de Mendès. El brillo exterior reproduce, en mucho más grande, la pequeña estrella del centro: Es el éter ambiente vitalizado por la acción de los individuos; es una luz

equívoca, humana en su manifestación pero divina, como todas las cosas, en su fuente primera. Se ha oscurecido, enturbiado, coloreado de matices falaces, al filtrarse a través del prisma de la materia. Receptáculo de todos los errores del espíritu humano, es también la matriz donde se desarrollan los gérmenes del futuro.



En resumen, **EL DIABLO**, si es el *Tentador*, el *Adversario* (Satán en hebreo), encargado de probarnos, no es fundamentalmente nuestro enemigo y mucho menos el de Dios. Hay que admitir que existe (a pesar de todo) unidad de dominio en la creación, así pues subordinación de todas las cosas al Creador, que no sabría perder ni su poder ni sus derechos.

Como lo afirma el libro de **JOB**³⁰, Satán no es más que el muy obediente servidor del Eterno. Si esto es así, ¿qué es el Mal sino el medio de hacernos distinguir el Bien por contraste?. El Mal existe para que aprendamos a evitarlo. Es una antinomia necesaria, pero que Dios no se había molestado en crear. ¿Ha creado las Tinieblas?. No, pues no tienen consistencia por sí mismas, igual que el Mal. Las tinieblas son la ausencia de luz; el Mal la ausencia de Bien. Son negaciones, que hacen mucha mella en nosotros, pero que desde el punto de vista metafísico debemos considerar como desprovistas de existencia.

Ni creado ni querido, pero sin embargo previsto y, de alguna forma, explotado en sus efectos indirectos, el Mal procede esencialmente del **ERROR**, así pues de una débil inteligencia, de una incapacidad de comprensión suficiente. Tiene su origen en una ilusión, que no se hace posible que tras un despertar intelectual bastante completo para hacer al ser consciente y permitirle deliberar sobre el alcance de sus actos.

Mientras el animal obedece ciegamente a su instinto, sus actos están conformes a la ley de la naturaleza, y, en su irresponsabilidad, escapan completamente a nuestro criterio del bien y del mal. La apreciación moral de los actos comienza con el discernimiento; ahora bien, éste es en principio incompleto: Salimos de las tinieblas del instinto puro para dejarnos alumbrar grandemente por las luces engañosas.

³⁰ Job, I (6-7), II (1-2).

LUCIFER, la Estrella de la Mañana, simboliza esta luz equívoca, pronta a infiltrarse en los espíritus desde que nacen al conocimiento. El Tentador abusa de la ingenuidad de la individualidad que, orgullosa de ser descubierta por sí misma, se vuelve necesariamente centro de su esfera consciente, es decir, de su universo relativo.

De este modo, cada uno de nosotros se constituye en dios de un pequeño mundo particular y se atribuye una autonomía arbitraria, que le hace perder de vista su subordinación al gran mundo y al orden universal de las cosas. Ésta es la revolución original que, como microcosmos, nos aísla del macrocosmos, y nos somete al *Príncipe de este Mundo*, mientras nos creemos emancipados, libres y únicos amos en nuestros Estados. En realidad somos esclavos de la gran ilusión aisladora. Pensando sólo en sí mismo, el individuo se debate en la esfera minúscula, engaño del Tentador, que le ha soplado el primero de los sofismas: “Yo soy, entonces todo se remite a mí”.

Sobre este error fundamental se erigen los cimientos de nuestro egoísmo. La sensación nos domina, y la tenemos por agradable, de manera que vivir es sinónimo de gozar. No hay nada condenable en esto, pues está dentro del orden: Nacemos, profundamente, fundamentalmente, egoístas. Cuanto más ávidos nos sentimos por *barrer para adentro* para crecer y desarrollarnos, más se alegran nuestros padres, pues esto prueba que su retoño quiere vivir.

Después aprendemos solamente a tener en cuenta a los demás. Entonces es conveniente bautizarnos poco a poco, lavándonos gradualmente del pecado original. El sacramento que se administra antes de la edad del discernimiento constituye la reminiscencia de una práctica antes llena de vida. Al consentir en consagrarnos entramos de manera efectiva en la comunidad cristiana. Nuestra redención se efectúa entonces según los progresos que realizamos en el olvido de nosotros mismos.

Existe otra luz que ilumina este camino de renunciamento. La luz de la estrella orgullosa se apaga ante el sol del **VERBO**, que derrama la *Verdadera Luz*, a la cual aspiran los iniciados. Nos extenderemos en este tema interpretando el arcano **XIX**.

Aquí sólo nos ocuparemos de **LUCIFER**, para indicar el papel que la iniciación asigna al Ángel Rebelde.

Cuando el alba alcanza las inteligencias, aparece en ellas una luz de presunción ante la cual las estrellas palidecen. Con ella todo idealismo se apaga; las creencias poéticas son ridiculizadas y ya no es respetada ninguna tradición. El nuevo astro quiere iluminarlo todo y declara inexistente todo aquello que escapa a su proyección. Se engendra así una estrechez de espíritu que podemos denominar luciferina. Rechazando las intuiciones difusas del sentimiento, somete todo al control tiránico de una razón forzosamente limitada.

De golpe, la negación, que sólo debería ser combatida en las quimeras, se vuelve demasiado fácilmente sistemática y gira en un oscurantismo especial, nacido de un exceso de confianza en sí mismo; el hombre se persuade entonces de que nada razonable podría

existir fuera de lo que él concibe, él, individuo iluminado, inaccesible a los prejuicios del vulgo.


Los iniciados conocen muy bien de qué estado mental se trata, pues ellos lo han compartido al principio de su carrera. Para ser admitidos en la búsqueda de la verdad con total independencia, han debido sublevarse contra las ideas recibidas. Como exige **DESCARTES**, han tenido que hacer tabla rasa de su intelecto, abstrayéndose de todas las nociones adquiridas. Después han tenido que sumirse en ellos mismos, para replegarse en su luz interior (razón plutoniana, infernal o luciferina).


Si no hubieran realizado valientemente sus pruebas, nunca se habrían liberado de un luciferismo que, en el programa iniciático, sólo debe ser transitorio.

Esta indicación podría tener el valor de un apólogo.

Todo tiene su razón de ser, y ningún grado debe ser maldito, por muy bajo que sea en el escalón lleva a la perfección. El mal no es otra cosa que detenerse en él más de la cuenta. ¡Nada de estancarnos! ¡Caminemos, circulemos, esto es la vida y la salud!

* * *

Antes de pasar a examinar los demás arcanos del Tarot, detengámonos todavía en la decimoquinta de estas llaves cabalistas, que corresponde al **SAMEK** , carácter alfabético que ofrece la imagen del **OUROBOROS**, la gran serpiente de la vida inferior, cuyas extremidades se juntan, para cerrar el circuito en que giran las generaciones, como en un río oceánico que rodea al mundo material.

Pero esta forma de **SAMEK** es reciente. La estela de Mesa y las inscripciones judeofenicias más arcaicas dan el círculo **O** como la letra decimosexta del alfabeto primitivo, y no como la decimoquinta, compuesta de tres barreras horizontales, atravesadas en su centro por una línea vertical  Los griegos han sacado de aquí su **SIGMA** Σ , que fue convertida por los latinos en una **S**, mientras que en el hebreo clásico evolucionó hacia otra forma de serpiente³¹.

³¹ Véase para este tema: Emile Soldi, Colbert de Beaulieu: *La Langue Sacrée, l'Arbre de la Science. Origine de l'Écriture et de l'Alphabet, La Lettre S*, París, Ernest Leroux, 1900, 1 vol. gr. in-8°.



Si buscamos entre las constelaciones una que pudiera relacionarse con el arcano **XV**, el **AURIGA** podría ser el adecuado. Aunque no dispone de ningún vehículo, ni siquiera carro celeste (Carro de David u Osa Mayor), este enigmático audomedonte sostiene en su mano derecha un látigo y unas riendas, mientras que en su mano izquierda lleva una cabra que trepa por su espalda seguida por dos cabritos. ¿No es pueril hacer de este personaje un rey de Atenas, Erisecton, inventor de los carros, y ver a Amaltea, nodriza de Júpiter, en el animal que lleva?. ¿Qué relación se puede establecer entre un auriga, aunque sea un auriga real, y una cabra curiosamente indiscreta?. ¿No puede existir aquí un simbolismo del que el Tarot aclara el sentido?.

Identifiquemos a Amaltea con el Baphomet andrógino del arcano **XV**, cuyos senos de mujer parecen hinchados de leche; los cabritos representan a los diablillos, uno macho y otro hembra. Esto en lo referente a los animales; pero, ¿cuál es el papel del protector, el hombre del látigo y las riendas, cómo se asocia a los signos primaverales del despertar de la naturaleza? Este Auriga no podría ser otro que el antiguo dios **PAN**, conductor de toda la animalidad. Él dirige los instintos (riendas), los impulsos irresistibles (látigo), gracias a los cuales marcha el mundo.

Señalemos también que el *Cuerno de la Abundancia*, que procuraba a las ninfas todo lo que deseaban, provenía de la cabra Amaltea. Ahora bien, el Macho cabrío de Mendés lleva cuernos de oro no menos maravillosos para los magos hábiles, cuyos deseos no dejan nunca de realizarse.

No basta con examinar un arcano del Tarot en sí mismo; pues la comparación con los demás arcanos permite descubrir el alcance que tiene cada detalle dentro del conjunto. Sin realizar ahora un extremado estudio, contentémonos con relacionar el arcano **XV** con el arcano **VIII**, que es en algún sentido su opuesto diametralmente.



La **JUSTICIA** simboliza, efectivamente, la lógica implacable, la regularidad absoluta sin excepciones, el encadenamiento necesario de las causas y los efectos; es el **ORDEN** personificado. Ahora bien, es también el **DESORDEN** por excelencia que representa al **DIABLO**, el gran perturbador, que sugieren los sofismas, excitando las pasiones más desordenadas y fomentando la revolución en todos los dominios de la actividad humana.



El fuego infernal es, sin embargo, el que nos anima corporalmente. Y no está destinado a ser extinguido, sino simplemente moderado.

La Razón debe domar a la Bestia, no matarla. Éste es el sentido del arcano **XI**, la **FUERZA** representada por una mujer que subyuga a un fiero león manteniendo sus mandíbulas separadas.

(Interrupción del texto de Oswald Wirth, tomado del texto de Stanislas de Guaita)



♣ (Sección 16)

LA TORRE (dieciséis) – DERRUMBAMIENTO, CAÍDA, DESESPERACIÓN

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CAÍDA DE ADÁN (Involución)

LA CAÍDA

Si confrontamos las leyendas primitivas que ponen de manifiesto el carácter propio a cada raza, y preguntamos a esta amalgama de tradiciones - míticas y nebulosas en diversidad- que la humanidad, en todas sus génesis, se complació en condensar alrededor de su cuna, una extraña similitud nos sorprende en primer lugar: Por todas partes aparece el indicio de una caída y la promesa de una rehabilitación.

Por otra parte, como el recuerdo de un perfume, ha permanecido en el fondo de la consciencia humana la idea de un estado superior que el hombre ha debido sin duda haber perdido en otro tiempo, pero que seguro un día podrá reconquistar. La consciencia humana, que es poeta, se equivoca pocas veces en sus intuiciones, y es fácil comprender cuán iluminado, qué profeta genial fue Alfonso de Lamartine, al decir: “El hombre es un dios caído que recuerda los cielos”.

Desobediencia de Adán, hurto de Prometeo, indiscreción de Psiquis y de Pandora, ¿qué importan los símbolos?³². Bajo su poética disparidad se desvela un sentido primordial, en todo cuidadosamente escondido, pero en todo indicado. Se ha perdido un tesoro que es necesario encontrar; y es este tesoro misterioso lo que simbolizan: El Edén de donde el Keroub expulsó a Adán y Eva, la **LIBERTAD** del Titán, sin embargo enclavado en el Cáucaso, y por último el divino **AMANTE DE PSIQUIS** que escapa volando.

³² La significación de los mitos es múltiple: Las leyendas de Prometeo, de Psiquis, la de Adán mismo, pueden explicarse de otra forma; pero éste es el sentido primordial. Simbólicamente, una rigurosa analogía preside las correspondencias de los tres mundos, de tal manera que un emblema que expresa una verdad absoluta, expresa corolariamente virtudes similares en los otros dos mundos.

Casi unánimes en producir, a cargo de nuestros primeros ancestros, los vestigios de un crimen inicial y tenebroso, las tradiciones primitivas ocultan la naturaleza bajo relatos alegóricos, variables de raza a raza, e incluso de pueblo a pueblo.

Podríamos multiplicar estos mitos; pero deseosos de aligerar nuestra prosa del equipaje molesto de una erudición demasiado fácil, recomendaremos al lector **L'ORIGINE DE TOUS LES CULTES**, del sistemático y glacial pero sabio, Dupuis; le **MONDE PRIMITIF** del gran cabalista intuitivo de Court de Gébelin; y, sobre todo, la **LANGUE HEBRAIQUE RESTITUE**, del poderoso Fabre d'Olivet; y sin olvidarnos de las obras orientalistas más recientes que, gracias a su hermoso método de crítica comparada, ha dado tanta luz sobre el caos de las génesis aria y semítica.

Basta por ahora con recordar, y continuamos insistiendo en ello, que bajo el velo de diversas formas literarias³³, se encuentra la triple noción de una falta pasada, de una decadencia presente y de una futura rehabilitación.

¿Entonces cuál es ese horroroso crimen de un solo hombre, ese crimen cuya mancha, propagándose hasta los más lejanos herederos de ese hijo de barro, estigmatizará su frente de generación en generación a través de lo indefinido de los tiempos?. ¿Hasta que el mismo Verbo de Dios se encarne en la vergüenza del barro contaminado se condene a una muerte de un día, para alejar a su criatura de la muerte eterna?. ¿Cómo, si es de esencia diferente a la nuestra, puede ese Dios hacerse hombre y confundirse con la naturaleza humana hasta la concorporeidad y la comparticipación...?³⁴

¿Cuál es ese misterio que parecería absurdo, si no fuera más absurdo todavía negar su existencia o dudar de su alcance?...

¿Es justo, ¡Oh señor!, que la inicuidad de un solo rebelde recaiga para siempre en miseria, en oprobio, en tribulaciones, sobre toda su posteridad?.

Según nuestras costumbres, es cierto, la solidaridad del padre con el hijo es un hecho irrecusable: La ley social inflige una herencia de infamia al hijo del ladrón o del asesino; el nieto lleva todavía su mancha, pero la influencia nefasta decrece y se atenúa a medida que las generaciones se suceden. Es como la sencilla llama que palidece y se apaga en el horizonte. Ha pasado ya casi más de un siglo, como la llama del olvido, sobre la indignidad del bisabuelo, el biznieto ya ha cambiado de nombre... Y todo está dicho, los hombres han absuelto al inocente paria. Desde el instante en que han olvidado su origen, él abrirá un destino nuevo para la raza de la cual él será un día el precursor.

La leyenda de Pandora es especialmente curiosa: Todos los males que salen de su caja simbolizan maravillosamente el paso de la potencia al acto de los seres que se objetivan al individualizarse. Así nace el mal en el mundo. Todos estos misterios están sabiamente indicados ahí.

³³ Digo *literarias* por los recientes símbolos, pues la simbología primitiva era una ciencia tan rigurosa como la geometría; atribuía a cada idea la forma estrictamente análoga y científicamente correspondiente.

³⁴ Dos palabras típicas del apóstol Pablo (Efeos, III, 6).

Esta es la ley de los hombres. ¿La ley de Dios no se distinguiría de ella por parecer más rigurosa, más bárbara, más injusta todavía - y esto, en la medida incalculable que separa el finito del infinito, lo relativo de lo absoluto, el siglo de la eternidad?.

Algunos teólogos lo han creído, alegando con tono arrogante y magistral que Dios, majestad infinita, debía castigar infinitamente el crimen de rebelión a sus órdenes.

Semejante argumento se podría sostener quizá si se tratara de un estúpido tirano... y ni siquiera eso. Nunca la ferocidad de un hombre (por muy cruel, por muy estúpidamente presuntuoso que se le suponga), se arrastraría a la aberración para razonar de tal forma. La rabia de los déspotas más odiados, ultrajados en su parte más sensible, se ha saciado plenamente del espectáculo del temerario moribundo después de algunas horas de refinados tormentos... ¿Y ustedes atribuyen a Dios la concepción de una eternidad de tormentos, infligidos sobre miles de generaciones humanas, para espiar la desobediencia furtiva, el instante de aturdimiento y de olvido, la falta no premeditada, sino fortuita, de un solo ser?... ¡Pero vamos! Lo repito: Hasta la justicia de un déspota delirante rechazaría tal sentencia. ¿Y Ese que vosotros llamáis la Grandeza sin límites, la Justicia infinita, la Inteligencia absoluta, lo juzgaría así?.

¡Cuidado, me dais pena!.

Incluso aunque la tromba de las prevaricaciones humanas explotara hasta el cielo de estrellas, no podría alcanzar los pies del Eterno, erguido sobre el Triple pedestal de su Inmensidad, de su Eternidad y de su Gloria. En virtud de las grandes leyes que, en el Principio, su justa Providencia decretó, “los crímenes, rayos de inicuidad hacia el cielo, retumban en lluvia de males sobre la tierra”³⁵, pero Dios desdeña la venganza, pues jamás es alcanzado por la injuria.

Por otra parte (enrojeczo al defender la evidencia, ¡y con qué argumentos!, pero es necesario arruinar una doctrina inepta y blasfematoria), por otro lado, suponiendo que vuestro Dios-tirano se vengue, ¿no tiene su infierno eterno para atormentar allí al verdadero, al único culpable, hasta la consumación de los siglos? Éste sería un castigo infinito, justamente proporcional a una falta que tenéis por infinita, ¿qué necesidad hay de perseguir y molestar todavía al criminal en cada uno de sus innumerables descendientes?”³⁶

Y sin embargo, el sentido atribuido por la Vulgata a los versículos 14-24 del capítulo III del Génesis es formal: La desobediencia de Adán debe pesar eternamente sobre toda la

³⁵ Joséphin Péladan: *Curieuse*, París, 1887, in-12°.

³⁶ Considerando, *en materia de fe*, las prerrogativas de la Iglesia, no seríamos capaces de dogmatizar en público. Pero ahora no se trata de fe, sino de ciencia, de razón, y de sentido común. Por medio de estos ensayos de filosofía oculta, interpretamos los símbolos según la doctrina de los maestros de la Sabiduría, abrimos, con las llaves de la cábala y del platonismo esotérico, los arcanos cerrados por largo tiempo por el sello de Hermes; pues ha llegado la hora, como ha dicho Albert Jhourney, de abrir a todos el templo, a falta del santuario.

humanidad. Todos aquellos que no han tomado de ninguna manera parte en la falta llevarán para siempre su fracción de castigo... ¿El absurdo se desprende entonces desde la tercera página de la Biblia, con tal lujo de evidencia? ¿Es verdad que este libro inspirado por el mismo Cielo, según los teólogos, calumnie al Cielo hasta manifestar al Eterno-Dios en una apoteosis de injusticia eterna? ¿Hasta cubrir a un verdugo con la túnica del soberano juez? ¿Y sentar en el trono del Zenit inteligible a una personificación de lo Arbitrario sin control y de la iniquidad sin fin?

¡Pero cuidado! Esto es grave y de inapreciables consecuencias...

Si es así, Moisés es el padre estúpido y sanguinario de un ídolo –el peor de todos: Jehová es un Moloch universal y espiritualizado - más infame también, porque con él se transporta al mundo espiritual una realeza que no afirmaba su aplastante despotismo, su arbitrario homicida, más que sobre un punto del mundo material³⁷.

Pero, si hay que ver a Jehová como un ídolo, y a Moisés como el profeta de ese ídolo, ¿en qué se convierte el cristianismo que reposa totalmente sobre el antiguo testamento, sobre el testimonio de Moisés y sobre la fe en Jehová? ¿En qué se convierte N. S. Jesucristo, que ha dicho de la ley judía: “No he venido a abolirla, sino a cumplirla?” . ¿Qué pensar por último de nuestra civilización contemporánea, fruto del único cristianismo (por mucho que digan los materialistas); fruto del Evangelio, madurado a pesar de ciertos ministros del Evangelio, y recogido por otros, para otros? ¿Qué será de nuestra civilización universal, consecuencia necesaria, conclusión lógica, producto normal del Verbo cristiano, a menudo comprimido, aunque ya adulto, por gruesos pañales; a menudo travestido, aunque bueno de conocer, bajo informes disfraces; pero bienhechor a pesar de todas estas trabas, y brillando a través de todos estos velos?³⁸.

Si todas estas maravillas poseen una base ilusoria, y estos principios un fundamento falso; si la realidad aparente de estas cosas queda reducida a un vano semblante; si todo este edificio que se tambalea cuando le falta la piedra angular, se derrumba como un castillo de naipes al primer soplo de la razón, lo único que nos queda es dudar del Cielo que ha mentido, de la Tierra que ha encarnado la mentira; sólo nos queda proferir una espantosa blasfemia, desesperar y morir...

Pero tranquilicémonos. Todas estas cosas no son vanas; su realidad se impone a todo observador leal. La civilización, cualesquiera que sean sus lagunas, es un hecho en los tiempos modernos. El cristianismo es una ley viviente divina, irrefragable, manifestada en las instituciones, enraizada en las costumbres, que se revela y se expresa incluso en los labios de los comentaristas indignos o incapaces. Cristo es el gran arquitecto impersonal

³⁷ Moloch, Melich o Melech quiere decir *rey*, y Melicente (Melich-Oertz) quiere decir *rey de la tierra*.

³⁸ M. el canónico lo ha demostrado victoriosamente, haciendo ver el egoísmo, el despotismo y la arbitrariedad reinantes en todas las regiones donde el cristianismo no ha tamizado la Caridad universal, no ha sembrado la libertad y no ha hecho florecer la justicia.

que construyó el futuro con el testimonio de Moisés con escuadra y compás, el testimonio de Jesús con metro y nivel.

Jehová es el único dios, que reina en la eternidad de la gloria y la justicia; N. S. Jesús, su hijo, es la encarnación del Verbo; y el mensajero de su Misericordia, el Espíritu Santo en la irradiación infinita de su Amor.

Moisés, testador de la verdad divina, ha escrito el más prodigioso y profundo libro de ciencia que haya concebido un puro genio, reintegrado desde aquí abajo en la unidad del Verbo Eterno, y dotado por la Providencia de un instrumento registrador único, de una lengua a la vez fonética, simbólica y jeroglífica, capaz de condensar en una sola palabra los tres aspectos de una idea absoluta, manifestada a través de los tres mundos: Inteligible, moral y elemental.

El tercer capítulo del **BEROESHITH** contiene muchos otros misterios que no aparecen en el texto de la Vulgata - versión material, relato pueril, inmoral e injurioso de la gravedad de Moisés. Los iniciados de Israel tenían la costumbre de ocultar el sentido íntimo bajo burdas fábulas, para que la misma absurdidad del sentido literal revelara a la sagacidad del lector la existencia de una significación esotérica. En pocas palabras, para todos aquellos que sepan leer, la **COSMOGONÍA** de Moisés manifiesta el alfa y la omega del gran problema del Mal. Este misterio se rebela en la esencia misma del lenguaje demótico, se esconde en los hierogramas de su ideografismo oculto.

Aquí no dispondríamos del espacio suficiente que nos permitiera examinar el texto hebreo palabra por palabra y comentar cada vocablo según los diferentes puntos de vista de la exégesis recibida, de la filosofía comparada, y de las tres principales significaciones: La positiva o vulgar, la comparativa o simbólica, la superlativa o hierática. Además, este delicado y arduo trabajo ha sido por otro lado realizado por un teósofo muy conocido de nuestros lectores del Oriente; todo lo que podríamos exponer sobre este punto de vista no se acercaría nunca a los tesoros científicos que el lector descubrirá en la gran obra de Fabre d'Olivet: *La Langue Hébraïque Restituée*.

Después de haber estudiado con cuidado este trabajo, que lleva a cabo el sentido comparativo o simbólico del arcano y facilita todos los datos indispensables al estudioso investigador para entrever el sentido hierático o superlativo, se podría volver a la presente obra. Encontrarán aquí un comentario, de alguna forma general, del capítulo III del Génesis. Sin embargo, no pensamos seguir el relato alegórico de Moisés.

Nuestro papel se limita a desvelar el misterio de la Caída, disfrazada en todas las cosmogonías bajo fábulas diversas en la forma, siempre idéntica en el fondo, pero invariablemente enseñado dentro de su esoterismo abstracto en todas las escuelas secretas y en todos los órdenes misteriosos encargados de transmitir, de generación en generación, la consigna inviolable y sagrada de la verdad-luz. Pensamos que no debemos adoptar la versión mosaica exclusivamente.

Sin embargo, el río doctrinal del que extraemos el agua preferentemente ha nacido del hermetismo egipcio; Moisés lo desvió de Mitzraïm para regar Judea, y ese mismo río aportó las aguas siempre amargas y puras de las que bebieron los viejos maestros de Israel, los sedientos profetas de la verdad divina. Desde los primeros siglos de nuestra era, este río se ramificó por todo el Occidente, y, por turno, los Gnósticos, los Cabalistas, los Rosacruces y demás iniciados menos conocidos hundieron su copa en él.

Hablo aquí de la copa mágica y tradicional llamada: Copa de las libaciones; ha ido pasando de mano en mano ininterrumpidamente hasta nuestros días. Pero el fanatismo agnóstico fue tal durante estos siglos de tiranía intelectual que han precedido al nuestro, que los adeptos tuvieron que beber hasta la última gota del cáliz, sin derramar nada.

Hoy los tiempos han cambiado: Ha sido cumplida la era de las persecuciones y anatemas; vemos surgir en el horizonte el sol de toda inteligencia y de toda justicia, y podemos decir sin mentira con Virgilio: “*Jam nova progenies coelo dimittitur alto*”.

Y esto se ha realizado: Los herederos de los hermanos cabalistas y Rosacruces pueden salir de su silencio y de su misterio; van a fertilizar el suelo esparciendo sobre él, como una rosa bienhechora, la libación tres veces santa de la verdad cabalística³⁹.

Volviendo al problema del Mal o al misterio de la Caída - todo es uno - debemos observar que muchos teósofos ya han facilitado aclaraciones parciales de elevado interés; incluso nosotros, en un discurso iniciático promulgado en logia martinista (investida con el 3er. grado)⁴⁰, hemos publicado sobre la esencia de este arcano lo que era posible condensar en tan pocas líneas.

Pero, jamás, pensamos, nadie ha dado al público el detalle de las revelaciones que van a leer a continuación.

El capítulo precedente ha sido construido sobre la naturaleza oculta de Adán y sobre lo que se debe entender por el **GAN-BI-HEDEN** de Moisés, tan ridículamente traducido por Paraíso Terrestre. Vamos a resumir lo que hemos dicho hasta ahora.

El Gran Adán de los santuarios éticos, el Adán-Kadmon de los cabalistas, el Zeus de los teósofos griegos, el Kai-Omordz de los parsíes, es el Verbo creador mismo, o también incluso el Universo viviente, considerado en su esencia inteligible.

El Gan-bi-Héden de Moisés, la Esfera sin límite de Zoroastro, la tierra Celeste de Platón, el Pleroma de los Gnósticos, el Malkuth de los cabalistas⁴¹, es el misterioso tálamo de la copulación divina, donde el Espíritu vivificador **SADDAI** o **𐤌**, posee eternamente el Alma

³⁹ Cábala, quiere decir cosa transmitida. Cabalístico quiere decir entonces, en un sentido amplio, *tradicional*.

⁴⁰ Publicada en el Apéndice de nuestro primer “Essais de Sciences Maudites”: *Au seuil du Mystere*.

⁴¹ “Malkuth” es la síntesis totalizada y perfecta de los Sefirots, de la cual “Kether” es la síntesis seminal y potencial.

viviente universal, **SHADEH** o ה ר ה y la fecunda, para dar nacimiento al elemento adámico, **ADAMAH**, al cual la sustancia universal, **JONAH**, comunica la facultad plástica, la virtualidad de individualización⁴², por medio de la cual todos los seres determinados en principio van a pasar de la potencia al acto y a submultiplicarse en innumerables existencias individuales.

El Edén se encuentra por todas partes; llena el espacio, o, a decir mejor, no es un lugar determinado, es un estado.

Orígenes ha visto muy bien eso. Para aquellos que sepan leer entre líneas, este Padre de la Iglesia da a entender que hay que ver al Edén como el estado de las almas antes del pecado.

¿Qué es entonces el pecado de Adán?

Esto será aclarado de la forma más clara posible; pero escuchemos primero lo que dice Fabre d'Oliver: “El conocimiento del origen del mal no ha sido jamás abiertamente divulgado: Estaba profundamente sepultado con el de la unidad de Dios en los misterios antiguos y no se le podía ver más que envuelto con un triple velo. **LOS INICIADOS SE IMPONÍAN UN SILENCIO SEVERO SOBRE LO QUE ELLOS LLAMABAN LOS SUFRIMIENTOS DE DIOS, SU MUERTE, SU DESCENSO A LOS INFIERNOS Y SU RESURRECCIÓN. SABÍAN QUE LA SERPIENTE ERA EN GENERAL EL SÍMBOLO DEL MAL, Y QUE BAJO ESTA FORMA PITÓN HABÍA COMBATIDO Y AL PRINCIPIO DESTROZADO A APOLO.** Los teósofos no hacían un dogma público de la unidad de Dios, a causa precisamente de la explicación que habría que dar sobre el origen del Bien y del Mal; pues sin esta explicación, el dogma mismo habría sido incomprendible”.

No pretendemos aquí revelar la última palabra del misterio del Bien y del Mal; los maestros lo designan temblando como grande y para siempre incomunicable arcano, porque sería impío desvelar su fórmula, si fuera posible, condensar su noción en una fórmula. Pero inefable en esencia, sólo se deja penetrar en el estado de puro éxtasis, cuando el hombre, reintegrado en su principio celeste, goza de la omnisciencia en Dios y deja hablar en él a la voz del Universal. Ninguna lengua analítica es susceptible de condensar su noción.

Como no tenemos ninguna dificultad en responder a las diversas cuestiones sobre las que los antiguos iniciados guardaron un silencio absoluto, proporcionaremos todos los datos necesarios para alcanzar este real misterio. El sufrimiento de Dios, es la lucha de Adán con la famosa serpiente **NAHASH**; la muerte de Dios, es el oscurecimiento del principio espiritual, la metamorfosis del **VAF** luminoso ḥ en **VAF** convertible - ḥ; su descenso a los infiernos, es el principio de la involución, es decir, la materialización progresiva del

⁴² El principio luminoso de vivificación, del cual “Jon-Ah” constituye la facultad eficiente, se llama “Oel-Helión”, el esperma de la luz de gloria, que los hindúes denominan “Akasa”, el Espíritu puro.

espíritu; su resurrección es el principio de la evolución o la reaparición del espíritu emergiendo del seno de la materia que él ha fecundado, animado, desvelado. Pero, aunque todo parezca todavía muy inteligible, pronto daremos luz sobre estos puntos oscuros.

Aunque no podamos decirlo todo, queremos por lo menos tratar al lector con la máxima sinceridad, y, para que no pueda acusarnos de cultivar el malentendido, precisaremos el único punto sobre el cual no debemos, ni podemos siquiera proporcionar una solución definitiva. Es el siguiente: ¿Cómo **NAHASH**, la Serpiente del Génesis, de donde el Mal (veremos de qué forma) extrae su origen, cómo **NAHASH** ha podido producirse y hablar en Adán? ¿Cómo, si no hay más que un principio principiante que es bueno, ha podido producirse un principio principiado que es o puede volverse malo? En otras palabras, ¿siendo la Causa primera buena, se convierte en la fuente del Mal? Un buen árbol sólo puede dar buenos frutos⁴³.

Se puede decir sin duda que Dios no ha creado el Mal, pero lo ha admitido como posibilidad, para el caso en que el hombre quisiera libremente cometerlo. El libre albedrío humano, que supone la libertad de hacer el mal, ya no sería libre albedrío, si el mal fuera imposible. Pero, esto es un sofisma, pues si, dotado de libre albedrío, yo opto conscientemente por el mal, es que yo ya soy malo; y si soy malo, es que el mal existe anteriormente a mi voluntad de hacerlo.

Pero convenzámonos, éste es un mago, que puede echar por tierra estas objeciones por medio de una réplica interior y perentoria. La solución a la dificultad no podría escribirse; lo repito; en su defecto, daremos una respuesta susceptible de encaminar a los buscadores de buena voluntad.

AXIOMA.- la utilidad contingente del Mal se explica por la ley de los contrarios, y la solución al gran problema puede – esotéricamente al menos - , formularse en estos términos: El Mal se opone momentáneamente a la norma del Bien para manifestar a ésta en la eternidad de su triunfo. Dios no tolera el pecado original, esta infracción al Bien negativo, al título de gestación tenebrosa y transitoria, de donde nace ese Bien positivo y superlativo: La Redención. La Redención conduce a la Reintegración que es el Paraíso.

En el presente capítulo sólo trataremos de la Caída. Peccatum Adae, nos enseñan los cánones dogmáticos recogidos por Pistorius, peccatum Adae est truncatio Malkuth ab arbore sephirotica. El pecado de Adán es haber alejado a Malkuth del árbol sefirótico.

⁴³ Esta imagen sólo es válida en teoría, pues, en la práctica, el mejor de los árboles no sólo produce frutos excelentes: En la misma rama podemos encontrar frutos espléndidos y a su lado abortos que no han sabido beneficiarse de la más generosa de las savias. ¿No sucedería lo mismo en el plano de lo moral? (Nota de Oswald Wirth).

Esta fórmula es luminosa, pero sólo para los cabalistas.

JOD-HEVE es la colectividad espiritual andrógina en su síntesis absoluta; la inefable unión del espíritu macho y del alma femenina de Dios⁴⁴ y de la Naturaleza-Esencia; es el Verbo.

EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO, dijo San Juan. El Verbo, es decir, el Gran Adán de los santuarios que se analiza en diez sefirots, donde **KETHER** es la raíz o la fuente, y **MALKUTH** realiza el desarrollo total (segundo ׀ del telegrama incomunicable).

ADÁN-EVA en el Edén, es la Humanidad-Principio armoniosamente asociada a Dios, síntesis en la unidad divina (Yogui, unido a Dios)...

Hablando estrictamente, Dios no ha creado al hombre individual; sólo ha hecho esta individualización posible. El individuo se ha creado a sí mismo.

Es entonces cuando interviene **NAHASH**, el Tentador, la Serpiente. Ha llegado el momento de comentar lo que escribíamos en 1889:

“Incitados por un móvil interior, cuya naturaleza esencial debemos callar aquí, móvil que Moisés llama NAHASH, y que definiremos, si se quiere, como la sed egoísta de la existencia individual, un gran número de verbos fragmentarios, consciencias potenciales vagamente despiertas a modo de emanación en el seno del Verbo absoluto, se separaron de este Verbo que las contenía.

Se alejaron, ínfimos submúltiplos de la Unidad-misma que los había engendrado, simples rayos de este sol oculto, lanzaron al infinito su naciente individualidad, que deseaban independiente de todo principio anterior, en una palabra autónoma.

Pero como el rayo luminoso sólo existe con una existencia relativa en relación al foco que lo ha producido, estos verbos, igualmente relativos, desprovistos del principio autodivino y de su propia luz, se oscurecieron a medida que se fueron alejando del Verbo Absoluto.

Cayeron en la materia, mentira de la sustancia en delirio de objetividad, en la materia, que es al no-ser lo que el Espíritu es al ser; descendieron hasta la existencia elemental, hasta la animalidad, hasta

⁴⁴ Abstractamente en sí mismo, Dios, el pilar eterno “Ain-Soph”, no es יהוה, es י, el insondable “Wodh”.

lo vegetal, hasta lo mineral⁴⁵. Así nació la materia, que fue al punto elaborada del espíritu, y el universo concreto tomó una vida ascendente, que va de la piedra, apta a la cristalización, al hombre, susceptible de pensar, de rogar, de asentir lo inteligible y de consagrarse a sus semejantes.

Esta repercusión sensible del espíritu cautivo, sublimando las formas progresivas de la materia y de la vida, para intentar salir de su prisión, es constatada y estudiada por la ciencia contemporánea con el nombre de evolución. La evolución es la universal redención del Espíritu; evolucionando, el espíritu asciende.

Pero antes de ascender, el espíritu había descendido, esto es lo que llamamos la involución”.

Moisés, considerando todas las cosas en su esencia y, como dice Spinoza, bajo un carácter de eternidad, formula una génesis absoluta de Principios: Simboliza en la caída de Adán todas las series del gran éxodo involutivo; no hace alusión a eso que se ha llamado después la **CAÍDA DE LOS ÁNGELES**. Serán los cabalistas posteriores a este teúrgo los que introduzcan este dogma, mientras Moisés, incomprendido por los doctores mismos de la ley, les parecía que sólo había tratado de la caída del hombre terrestre en el punto de evolución preciso que nosotros conocemos.

Esotéricamente, esta caída de los ángeles tiene un alcance colosal en cosmogonía, alcance por otro lado insospechado bastante comúnmente. No se trata nada menos que de la creación de los remolinos de astros que constituyen el universo sensible. Pero los genios celestes, las potencias cosmogónicas, los ángeles, son, como los demás seres, emanaciones del Gran Adán. Y no había pues que separar esta caída de la de Adán.

Si todos los seres engendrados por el Verbo, es decir, la copulación divina, eterna, infinita, del Espíritu y el Alma universal, si todos los seres permanecieran en la unidad de este Verbo inefable, el Universo permanecería en potencia contingente de ser en su principio; nunca sería compactado, realizado; éste hubiera sido el sueño infinito del Adán celeste, acunado en el sueño del nirvana divino.

Pues el Adán de Moisés, el Adán-Kadmôn de los cabalistas, es el Júpiter que el iniciado Virgilio definió esotéricamente: “Jupiter est quodcumque vides, quodcumque movetur”.

¡El Gran Adán, es el Verbo mismo, escuchadlo bien!

⁴⁵ Descendieron hasta las potencialidades de las cosas, en el plano astral por supuesto, que es el plano normal de la involución, mientras que el plano físico es el plano normal de la evolución, y los seres van apareciendo progresivamente, partiendo de los más elementales.

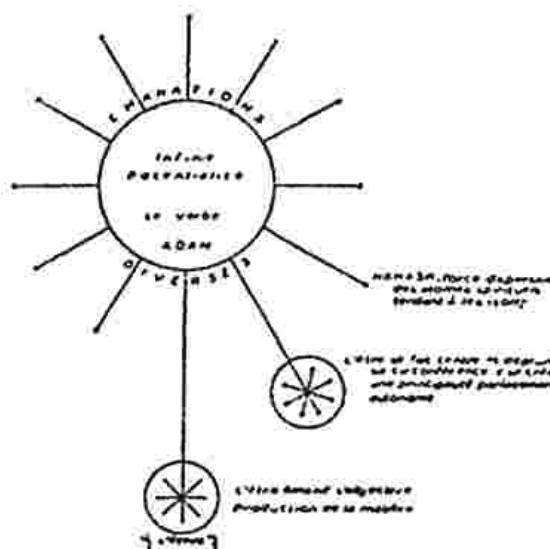
Todo ha sido creado en él y por él; y nada existe, nada ha sido, nada puede ser fuera de él. *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est*, profetiza magistralmente el vidente de Patmos.

Esto es lo que algunos cabalistas no han comprendido, porque han ido a tomar de la teología persa el dogma de una caída angélica anterior a la caída de Adán. ¡Cómo se han limitado a comentar la sublime cosmogonía de Moisés, donde todos los misterios del Ser se formularon jeroglíficamente!.

En principio, la caída de Adán no es ni anterior ni posterior a cualquier cosa del mundo; es eterna. Cada vez que un espíritu desciende para encarnarse en una forma cualquiera, comete el pecado original, y la caída de Adán se cumple en él, ínfimo submúltiplo de Adán.

Todas las emanaciones de la infinita Potencialidad que, separándose de la Unidad-madre donde estaban contenidos, reniegan de la vida colectiva y quieren afirmarse en una existencia aparte, individual, autónoma, cometiendo el crimen de Adán, y su expiación comienza. Se obscurecen fatalmente, se objetiva y se lamentan en vano en la prisión que se han hecho; han caído bajo las leyes de un implacable déspota, el Destino de la naturaleza física. Este Destino abre su matriz receptiva a la interminable filiación de las necesidades que el ser encarnado se crea día a día por la lógica de sus acciones, de sus pensamientos, de sus deseos: de todas estas necesidades, el Destino teje una atmósfera física, un vestido de Nessus, del que no podría desprenderse ni siquiera a su muerte. Es este fátum maléfico, esta Némesis, quien determinará el encadenamiento de sus existencias futuras; los hindúes lo llaman **KARMA**.

He aquí el esquema esencial de la caída, lo más simplificado y generalizado posible.



A la instigación p rfida de **NAHASH** (sobre cuya esencia suministraremos más adelante una información complementaria), las diversas emanaciones del Gran Adán se separan de su principio celeste, con la esperanza de vivir una vida completamente individual e independiente de él.

Pero a medida que se alejan del Verbo, se separan de la fuente de toda luz, de toda inteligencia, de toda vida; y todo lo que les queda de estos tres dones est  en razón directa con los lazos que les unen todavía a la vida colectiva.

Sin embargo, siguiendo los casos, todas estas emanaciones caen progresivamente en la materia ya existente o se recubren de una materia que es una parte de su propia sustancia objetivada, como un metal en fusión se recubre de una coraza sólida más espesa cuanto más se aleja del foco de calor. Aunque parezca grosera y material, esta comparación no deja por ello de ser sorprendente.

El estado subjetivo o potencial es el estado de elección, el estado objetivo o material es el estado de decadencia.

Estas cosas est n jerogl ficamente expresadas en hebreo mosaico en el vocablo de **HEVE**, por el endurecimiento del primer **HE** y la extinción del signo luminoso  , que se transforma en signo convertible  :       se vuelve      . La primera palabra expresa la vida an mica y espiritual, la segunda, la vida elemental y física.

El ser, cualquiera que sea, emanado del Verbo, est  condenado desde ese momento a elaborar, a seleccionar, a agotar la materia, para tejer con ella, siguiendo la expresión de un metafísico que es también poeta, un pequeño principado circunscrito, pero profundamente autónomo.

Ha querido hacerse el centro: Tiene que desplegar su circunferencia objetivándose en bastante sustancia, hiperf sica, para constituirse un cuerpo de defensa, componiéndose ese cuerpo por la agrupación de los átomos de la materia diferenciada que ha encontrado a su alrededor.

Hemos desarrollado estas cosas en el capítulo I del segundo libro, y rogamos al lector que se remita all .

Estábamos tratando de la génesis de las esencias y de la determinación de las razas en virtud de los tipos que las constituyen como tales. El presente capítulo generaliza el problema de la caída, con la intención de tratarlo de la forma más lógica y universal que nos sea posible.

En otros capítulos tratábamos de las metempsicosis, es decir, la ascensión de las almas a través de las diferentes formas de vida concreta y de la elaboración purificadora y gradual de dichas esencias.

Este método trascendental tiene la doble ventaja de permanecer en la tradición del ocultismo y de dejar al lector el cuidado y el placer de hacer la síntesis y de ver por sí mismo cómo las diferentes leyes de la naturaleza se combinan y se sostienen.

NAHASH, el tentador, la causa determinante de la caída, es propiamente el egoísmo, en el sentido primordial de la palabra. Fabre d'Olivet lo definió:

“El sentimiento interior y profundo que liga al ser a su propia existencia y que le hace ardientemente conservarla y expandirla... este egoísmo radical que lleva al ser a hacerse el centro, a relacionarlo todo con él”. (CAÍN, pág. 34).

“Éste es **NAHASH** pintado por un maestro, pero sólo en uno de sus puntos de vista. Diría gustosamente que en estas pocas líneas de Fabre d'Olivet se ha descrito el alma de **NAHASH**; ahora queda por hablar de su cuerpo.

NAHASH, visto bajo este aspecto, es la luz astral, o más precisamente todavía, esa fuerza inherente al alma universal que la vuelve plástica y eficiente y permite a sus emanaciones aislarse objetivándose.

Éste es el principio de la astralidad, este universal **NEPHESH** de los cabalistas, que, uniéndose estrechamente a su **ROUACH** (vestido mismo de **NESHAMAH**), forma este alma de vida universalmente expandida por todo el universo: **NEPHESH-HA-HAIAH**, del que ya hemos hablado.

Fabre d'Olivet no ignoraba esta faceta del sentido de **NAHASH**, y hace alusión a ella más adelante cuando dice:

“Nahash no es un ser distinto e independiente; es un móvil central dado a la materia, un resorte escondido. UNA SEMILLA, que actúa en las profundidades de las cosas, que Dios ha colocado en la naturaleza para elaborar con ella los elementos”. (CAÍN, pág. 35).

En su Lengua Hebraica Restituida, Fabre d'Olivet traduce **NAHASH** por Atracción Original, precisando así el papel de este agente, después de haber hecho reconocer su sustancia: Es el constructor de las encarnaciones, de las cohesiones, de las materializaciones.

Recordemos lo que ya hemos precisado en varias ocasiones. Activado en el universo por dos potencias distintas y opuestas, que determinan en él dos corrientes complementarias, se convierte en la luz astral. Es la difusión etérea que llena el espacio, causa de la fuerza centrífuga, y la virtualidad constructiva que es la propia del Tiempo, causa de la fuerza centrípeta.

Moisés hace de estos dos seres cosmogónicos los hijos de Adán. Denomina al principio del Tiempo **CAÍN** y al substrato del Espacio **HEBEL** o **ABEL**. **CAÍN** aniquila a **ABEL**, el tiempo compacta la Superficie Etérea, para hacer allí los mundos: De este aniquilamiento nace el tercer hijo simbólico de Adán, **SET**, que significa, siguiendo al M. de Saint-Yves: “El espacio ponderal, sideral, doble y séxtuple”, armonioso y equilibrado. El Tiempo, facultad constrictiva, macho, de **NAHASH**, después de haber determinado la formación de los seres, es todavía el agente de su disolución: Los antiguos también lo designaban con el emblema de Saturno, que devora a sus propios hijos. Ésta es la doble naturaleza de **NAHASH**, la Serpiente del Génesis, el móvil interior que incita a la caída, y el agente externo que suministra los medios.

Una tradición cabalística⁴⁶ nos hace ver al Adán-Eva dejándose seducir por **SAMAEL**⁴⁷, haciendo alianza impura con la diablesa **LILITH**. Es un simbolismo análogo, pero la caída está aquí representada bajo otro aspecto. El coito de Adán-Eva y de Samael-Lilith emblematiza la atracción pasional irresistible que incita a las almas a la caída, mientras que el fruto del árbol, emblematiza sobre todo el nivel de vida autónoma que cada alma quiere poseer fuera del principio mismo de la unidad, hace alusión a la embriaguez de deseo, pero de forma menos sorprendente.

LILITH, según la ortodoxia cabalística, representa la **ULE** de los gnósticos, las formas materiales en que se encarna Adán, que se multiplica individualizándose y se hunde en el infierno del mundo físico para conquistar en él la **CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL**, es decir, elevarse de la semiinconsciencia límbica al intelectualismo consciente de una personalidad verdaderamente libre. Y, en el instigador, **SAMAEL**, hay que ver la doble corriente fluídica de **ASIAH**, vehículo torrencial de las generaciones, por medio del cual se opera esta misteriosa e incesante encarnación.

Dejando para el capítulo siguiente la indicación del viaje evolutivo del espíritu a través de los tres reinos de la naturaleza y el misterio de las transmigraciones, supongamos por el momento que las almas sólo pueden encarnarse bajo una forma humana. Esto es falso, pues pueden encarnarse en el último escalón desde el principio o incluso remontar de encarnación en encarnación hasta la forma humana, pero nuestra explicación se simplificará y la continuación de nuestra obra pondrá las cosas en su verdadero lugar.

⁴⁶ *Zohar Chadash*, Scet, Yitro, pág. 29, col. 1.

⁴⁷ El libro cabalístico *Medrash-Ruth* enseña que Caín es el fruto del comercio impuro de Eva y de Nahash. Esto desde una gran profundidad desde el punto de vista esotérico (pág. 65, col., I).

Entonces el hombre (emanación del UNO), se ha encarnado voluntariamente. Una inteligencia fragmentaria de Dios⁴⁸ ha hecho alianza con la Serpiente de ASIAH (mundo de la materia y de las efigies). Una parte⁴⁹ de la causa se ha inmovilizado, se ha encadenado a los lazos carnales del efecto que ha alcanzado su total desarrollo.

Éste es el origen divino del hombre terrestre; ésta es la falta de Adán, que cada uno de nosotros repite cuando, inteligencia en Dios, fascinado por la Codicia genésica, se desprende de la Unidad-Madre para envilecerse en el mundo de las formas y (ya lo hemos dicho), para ir a conquistar su individualidad consciente en el fango de las pasiones.

Un filósofo contemporáneo⁵⁰, cuyas ensoñaciones neoplatónicas están unidas a las más sorprendentes intuiciones esotéricas, ha iluminado con extraña felicidad algunos puntos del oscuro misterio del amor y del nacimiento; él suele estar de acuerdo con los maestros de la doctrina secreta y levanta realmente un poco el velo de Isis.

“Los efluvios del cielo pueden descender sobre la tierra, pero la inerte materia no puede ascender hasta el espíritu. Las almas son chispas del fuego celeste caídas de las calmas regiones del éter en la esfera agitada de la vida. Vencidas por la todopoderosa fascinación de la belleza, encorvadas bajo el yugo humillante del deseo, saben bien que el nacimiento es una caída y la concepción UNA MANCHA. EL PUDOR LES LLAMA AL RECUERDO DEL PECADO ORIGINAL; BAJO ESTE VELO MÍSTICO, ESCONDEN LA VERGÜENZA DE SU ENCARNACIÓN. ¿Por qué ese rubor involuntario al sólo nombre de la voluptuosidad? ¿Acaso no es una ley divina esta irresistible atracción que encadena el espíritu a la materia?. ES LA FUENTE DE LA VIDA, LA BASE DE LA FAMILIA, LA GRAN COMUNIÓN DE LOS SERES, Y NO NOS ATREVEMOS A HABLAR DE ELLO. Existe aquí un misterio que bien deberían explicar vuestros teóricos modernos de la rehabilitación de la carne.

“LA MUERTE TAMBIÉN ES UN MISTERIO, RODEADO COMO EL OTRO DE UNA MEZCLA INEXPLICABLE DE RESPETO Y DE HASTÍO. Levantar estos castos velos, revelar lo que está cubierto de silencio y de sombra, sería tan impuro y tan impío como violar una tumba. ANTE LAS DOS PUERTAS DE LA VIDA, EXISTE UN HORROR SAGRADO. La luz profanaría lo que pertenece a la noche; el origen y el fin de las cosas son los secretos de los dioses” (Ensoñaciones de un pagano místico, páginas 90 y 91).

⁴⁸ *Fragmentaria, una parte*, expresiones muy inexactas y que bastarían para tachar de error toda nuestra teoría si no prevenimos al lector que las hemos exagerado a propósito, para hacernos comprender mejor.

⁴⁹ Alusión al “Gran Telesme” de la Tabla de Esmeralda: *Virtus ejus integra est, si versa fuerit in terram.*

⁵⁰ Louis MENARD.

Y también: “No se puede explicar la selección natural por la casualidad, pues una palabra no explica un hecho. Si existe selección, existe discernimiento, toda energía supone una voluntad. ¿Pero, es la nuestra? No, es una fuerza extraña⁵¹: El amor no es una acción, es una pasión. Las potencias cósmicas⁵² nos lo envían para emplearnos en su obra creadora, haciendo descender a las almas al nacimiento. EL AMOR, ES UN NIÑO QUE QUIERE NACER. Los antiguos lo llamaban con su verdadero nombre: CUPIDO, porque es efectivamente el deseo el que llama a los gérmenes a la existencia. EXISTEN A NUESTRO ALREDEDOR ALMAS QUE QUIEREN ENCARNARSE: Por ello se cambian en deseos y solicitan a los vivos que les den un cuerpo. El arte griego las representa por niños alados: Son los deseos revoloteando alrededor de los amantes... LAS ALMAS ERRANTES NOS EMPUJAN HACIA NUESTROS COMPLEMENTARIOS; pues ellas eligen, para entrar en la vida, las condiciones orgánicas que necesitan, y nos imponen su elección sin consultarnos... la gran Isis sólo se interesa en la especie; no se inquieta por los individuos... La voluptuosidad es un anzuelo que nos lanza: Es un fin para nosotros, un medio para ella...”. (págs. 80-81 íd.).

Esperamos que el lector nos haya perdonado ya estas páginas de citas con motivo de la sublime filosofía que expresan bajo una forma pagana, y del lenguaje pintoresco y realmente exquisito en que estas ideas han sido expresadas. Pero volvamos a nuestro tema.

El alma ha descendido pues del cielo, y se ha encarnado en la ciega materia. Desde ese momento muere como esencia espiritual, más aún, se duerme en un sueño más o menos profundo. En ella, la materia vela al espíritu, y Lamartine era profeta sin saberlo al decir: “El hombre es un dios caído que recuerda los cielos”.

El hombre ha probado del fruto prohibido... El que ha bebido, beberá, dice el proverbio. Y también el alma que acaba de abandonar su envoltura terrestre se apresura para encarnarse en otra. Cuanto más íntimamente ha comerciado, en su existencia terrestre, con la serpiente de Asiah, más se debate en vano después de la muerte, bajo su opresión. Hablando más claramente, los esfuerzos que le son necesarios para romper el perpetuo vaivén de las generaciones, para franquear la masa de la luz muerta y ascender hacia las regiones serenas de los mundos superiores, están en razón directa con las pasiones instintivas y groseras que ha experimentado durante su cautividad terrestre.

Pero esto será objeto de capítulos futuros. Aquí nos detendremos un poco.

⁵¹ L. MENARD dice: Descendemos libremente, pero, una vez arrastrados al torrente de la generación, estamos ciegamente unidos a una madre que no hemos elegido.

⁵² “Oelohim”.

¡Pobre alma! ¡Qué trabajos de Hércules tendrá que realizar para elevarse después, de encarnación en encarnación, y luego de esfera espiritual en esfera espiritual, hasta su estado primitivo de síntesis nominal en Dios: **NIRVANA!**

Pero por su crimen ha conquistado - feliz culpa - la ciencia del Bien y del Mal; sus esfuerzos constantes le han valido la libertad individual: Esos dos tesoros que hacen uno, no los perderá más.

Justi aqua, Deus mare, dicen los dogmas cabalistas de Pistorius. No se podría meditar demasiado sobre esta máxima grandiosa, que al lado de las otras se vuelve reveladora de la autocreación de las almas individuales, de su doble viaje, en principio decadente, luego progresivo, a través de todas las modalidades del relativo, y por fin de su reintegración en la Unidad absoluta. Aquí se cumple el misterio de la fusión armónica, sin aniquilar en absoluto las personalidades sustanciales conquistadas a precio de tantos trabajos, de sufrimientos y de magnánimos esfuerzos. Adán ha expiado la falta que sólo había cometido por amor a la libertad; podemos decir de él lo que el Jesús del Evangelio dijo de María: “Ha elegido la mejor parte, y no se la quitaremos”.

Éste es también el sentido esotérico de este otro texto: “Habrá más gozo en el cielo por la vuelta de un pecador que por la virtud de cien justos...”.

Y esto es para aquellos que han subido laboriosamente la escala de Jacob. Triunfaron en la lucha a la que se habían expuesto voluntariamente. Y es justo que conserven el noble trofeo de su ciencia y de su libertad conquistadas: Es el botín del gran combate, del que no podrán jamás salir desposeídos. Y el M. de Saint-Yves parece estar al lado de la tradición ortodoxa cuando pretende refutar este verso de Lysis, traducido por Fabre d’Olivet: “En el seno de los inmortales, sé tu mismo un dios”.

Y para aquellos cuya falta todavía no expiada les tiene cautivos en los lazos elementales de los mundos inferiores, ya lo hemos dicho: En ellos la chispa divina sufre una oscuración.

Pero el dios caído puede, por medio de la iniciación, bajo la ceniza de su vestidura de inocencia consumida para siempre, reavivar ese rescoldo celeste que duerme. Éste será el verdadero renacimiento, y el adepto toma el nombre hindú de **DWIDJA** (dos veces nacido).

Esto es lo que veremos en los próximos capítulos donde seguiremos a Adán-Eva en las consecuencias de su caída, es decir, en la materia que comparten y elaboran; pues la sustancia diferenciada es lo que les queda de la caída; es el residuo del mal, el excremento de **NAHASH**, la firma de **SATÁN**⁵³.

⁵³ “El nuevo hombre”.

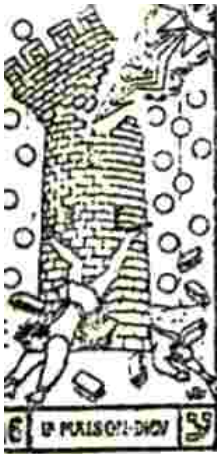
Resumen del plan de conjunto de la “Serpiente del Génesis”

- La caída o el Pecado Original.
- El Principio de Involución.
- Cuando un alma quiere descender al nacimiento... puede detenerse en su caída o rodar hasta el fondo.
- Prueba de este hecho.
- Participación del Universo en el sufrimiento, castigo de la caída.

Lamennais habla de los sentimientos “que hacen del hombre, de alguna forma, el intérprete de los numerosos seres que resume en sí mismo”. (Esbozo de una filosofía –III- DE EL ARTE).

(Fin del texto dejado por Stanislas de Guaita)

XVI. LA TORRE



La decimosexta llave del Tarot representa una torre decapitada por el rayo. Los antiguos grabadores vieron aquí la **CASA-DIOS**, título particularmente significativo, si tenemos presente la solución del *Problema del Mal*.

La morada de que se trata sólo podría ser, en efecto, el *cuerpo* o el *organismo*, construcción asimilable a la *Torre de Babel*, en el sentido en que el espíritu individual se cree aquí muy fuerte, hasta el punto de desafiar al cielo y a las potencias inmateriales.

El Arcano **XVI** hace alusión al materialismo y a su castigo provocado por la acción del fuego del cielo, simbolizado por un rayo que sale del Sol, es decir, el *Verbo*. Es la razón divina que confunde la lógica estrechamente humana, es Lucifer vencido por Miguel, o el espíritu extraviado, bruscamente iluminado en su extravío.

Hay que tener en cuenta que la torre no ha sido destruida en su conjunto; sólo su cima ha sido alcanzada, como si las almenas de oro representaran la parte culpable. En su cuaternario, parecen relacionarse con un dominio de los Elementos. El orgullo humano se expone en efecto más al castigo cuanto más alto dirige sus ambiciones. Las artes mágicas se encuentran bajo esta analogía particularmente escabrosa. Utilizarlas para uno mismo es abusar; y el abuso, en estas materias, atrae un castigo tan rápido como ineluctable.

Si observamos la torre como el símbolo de la ciencia humana, constatamos que ésta permanece sólida sobre sus cimientos terrestres, y el positivismo luciferiano sólo puede serle útil en este punto de vista. Pero el espíritu humano fracasa lamentablemente cuando intenta coronar la torre con una síntesis que pretende dar cuenta de todo. Las construcciones de las catedrales hacían homenaje al simbolismo, al dejar su obra intencionadamente inacabada. Era un acto de humildad iniciática y cristiana por su parte.

Tres ventanas dan entrada a la luz del día en la *Casa-Dios*. Nos podemos preguntar si corresponden a aquellas que, según la concepción masónica, se abren, una a oriente, la segunda al mediodía y la tercera a occidente, para indicar las fases sucesivas de una iniciación completa. La disposición en triángulo, sobre un mismo lado del edificio, hace pensar que se trataba sobre todo de la fuente de conocimiento de que dispone el maestro del organismo. Una de las ventanas inferiores serviría pues para la observación de los fenómenos sensibles, mientras la segunda, abierta a la misma altura, estaría dedicada al control racional de las constataciones realizadas; en cuanto a la única ventana superior, permite observar las cosas desde más alto, de forma más abstracta y simbólica.

La puerta de la torre está muy abierta, lo que excluye cualquier idea de santuario iniciático, donde no se admite al primero que llega. La *Casa-Dios* hace pensar más bien en la Iglesia en cuanto organización humana. Ha tenido que materializarse para adaptarse a las necesidades de la existencia terrestre. Ésta es su debilidad. Al dirigirse a la muchedumbre, se ha visto obligada a ponerse a su alcance, inculcándole sólo la letra muerta de su verdadera enseñanza. Así se ha dado crédito a las concepciones groseras; el espíritu vivificante se perdió de vista, eclipsado por la forma exterior destinada a servirle de vehículo. El continente material ha enmascarado tan bien el contenido espiritual que se ha llegado a negar a este último. Pero el espíritu no se deja aprisionar en un dogmatismo petrificado: El Verbo intervendrá para liberar al cautivo y la religión se encontrará renovada.

Para espiritualizar la materia, para animarla y hacerla evolucionar, es muy necesario que el espíritu consienta en descender a ella. La *encarnación* no es un mal y no debe ser asimilada a la *caída*, que implica una catástrofe resultante de una falta. Ahora bien, ésta se refiere siempre, en un último análisis, a una incapacidad de discernimiento. Nuestro interés es hacer el bien; si nos entregamos voluntariamente al Mal es que somos víctimas de un falso cálculo: Existe falta de inteligencia, o una estupidez más o menos acentuada. También puede ser que viendo claro nos falte la energía y caigamos en el mal por *cobardía*. Se producen casos excepcionales de perversidad como consecuencia de un desequilibrio mórbido, que está indicado por un amor insensato del mal por el mal. De todos modos el mal tiene su raíz en la *debilidad*: Debilidad de espíritu (ininteligencia), debilidad del alma (falta de voluntad), debilidad de cuerpo (desequilibrio patológico). Por ello sólo podríamos combatir el mal fortificando el espíritu, el alma y el cuerpo, por medio de la instrucción, la educación y la higiene.

Instruir no significa aquí ampliar lo más posible el dominio de los conocimientos académicos. En su *Esbozo de la Vida Humana*, Cebes nos alerta contra la *falsa*

instrucción, “cuyos adoradores se llaman poetas, oradores, dialécticos, músicos, aritméticos, geómetras, astrólogos, epicúreos, peripatéticos, críticos y demás que se les parezcan”⁵⁴. *La verdadera instrucción lleva* a la comprensión del sentido de la vida. Sólo se llega a ella escalando un penoso sendero, bordeado por horribles precipicios y cortado bruscamente por una roca elevada, que la *Moderación y la Paciencia* ayudan a escalar. Sólo los sabios que han perseverado en el esfuerzo, escapan a sujeción de la *impostura* y alcanzan la morada de los bienaventurados, dominio de todas las virtudes.

Si ahora nos remitimos al personaje coronado que cae de lo alto de la torre, sólo veremos un adepto de la *falsa instrucción*. Es el hombre que no ha sabido comprender su interés superior. Embriagado por el brebaje de impostura del que todos bebemos con más o menos avidez al entrar en la vida, el ambicioso se debate, sin preguntarse si el trabajo particular que emprende entra o no en el plan de la Gran Obra general. Junta los materiales, los talla con habilidad, después los superpone metódicamente, según todas las reglas de una excelente arquitectura. Sólidamente asentado en sus bases, el edificio se eleva, enfrentándose al furor de los elementos desencadenados. El maestro de la torre cree estar entonces al abrigo de cualquier ataque, que ya no tiene nada que temer.

Desgraciadamente su empresa está viciada desde el punto de partida. Lo que él ha construido no es un órgano del organismo universal, es una formación mórbida, un absceso que debe extirpar fatalmente. Así se explica la explosión del arcano **XVI**.

Si el edificio destruido es el cuerpo humano, habitáculo del *espíritu individual*, simboliza el rey precipitado desde las alturas. La corona es aquí emblema de inmortalidad. Todo lo que es consciente y se gobierna a sí mismo procede de **KETHER**, la Corona Suprema. Al caer en la materia, la chispa divina se oscurece más o menos, pero no se apaga. El maestro de la torre tampoco está muerto, como el personaje caído a tierra, que una piedra desprendida del edificio ha golpeado en la nuca. Este principio mortal representa al arquitecto del organismo: También llamado la inteligencia que preside la construcción vital, el crecimiento y desarrollo fisiológico del cuerpo. Esta luz constructiva, común a toda animalidad, es *infernal* en el sentido etimológico de la palabra. Su fuente es superior; emana del centro de la individualidad y se sustenta gracias a la combustión del Azufre de los Alquimistas. Cuando el combustible se agota, la construcción orgánica se detiene y la catástrofe final se prepara.

Ésta libera lo que los antiguos llamaban los *espíritus animales*. El Tarot les da la forma de globos, análogos a las pompas de jabón, de color rojo, verde o amarillo, el rojo corresponde a la actividad, al movimiento, el verde a la pasividad de la vida vegetativa y el amarillo al discernimiento orgánico, a la inteligencia subconsciente que preside las funciones de la vida animal.

⁵⁴ *Collection des Moralistes Anciens*, publicada bajo la dirección de M. Lefevre. “Moralistes Grecs”: Epicteto, Cebes, Teognis, Pitágoras, los Siete Sabios de Grecia, etc. París, Víctor Lencou, 1850: I vol. in-32, pág. 85.

Al caer, el maestro de la torre forma una silueta que recuerda la 16 letra del alfabeto hebraico moderno: **ו**. Esto no es una coincidencia fortuita; podemos concluir diciendo que el Tarot, tal como lo poseemos, no se remonta a una antigüedad muy lejana. Primitivamente, en efecto, esta letra tenía la forma de un círculo **ו**, de donde deriva nuestra letra O.

* * *



Astronómicamente, el arcano **XVI** corresponde a **ESCORPIO**. Este signo marca en el zodiaco la caída precipitada del Sol en las regiones astrales; nos trae días cada vez más cortos, como si la luz estuviera destinada a desaparecer por completo. Al mismo tiempo viene el frío restrictivo opuesto a la expansión generosa del calor; es la estación de la materialización, la de los frutos que caen del árbol, y también la de los vapores antes invisibles que se espesan en opacas nieblas.

Todos estos símbolos se aplican al Problema del Mal.

Cuanto más se acentúa la caída, más aumenta la oscuridad. La razón eterna se vela, y el individuo hundido en la opacidad de la materia sólo se dirige al azar de sus conjeturas. Si el individuo caído se da cuenta entonces de su decadencia, puede evitar por lo menos las peores faltas. Pero no será lo mismo si, privado de su claridad, se cree a sí mismo la luz. En estas condiciones, Lucifer triunfará en él.

Pero el diablo reina a menudo donde nadie piensa en él.

Los duques de Alba y Torquemada no dudaron nunca que eran sus servidores, pues con su mejor fe mataban por la gloria de un Dios que había dicho: “No matarás”. Estimaban que el derecho a la vida sólo pertenece a la única Verdad, que ellos tenían la convicción de poseer. Su presunción fue culpable, incluso teológicamente, pues es Dios quien distribuye la vida y, si la otorga a los que creemos en el error, no nos pertenece a nosotros, criaturas esencialmente débiles, corregir a Dios, reformando sus juicios cuando chocan con nuestras concepciones.

Satán es también hábil en transformar la verdad en error. A decir verdad, esta transmutación no le cuesta grandes esfuerzos, pues con el tiempo se realiza a sí misma, por un efecto de enfriamiento que espesa las cortezas y petrificada poco a poco la sustancia originariamente viviente.

Los dogmas, expresiones justas de verdades profundas, llegan así a endurecerse en su nivel espiritual. Y sólo queda de ellos letra muerta que representa el más falaz de los errores.

El *continente* tomado por el *contenido*, éste es el malentendido que pesa más que ninguno sobre el espíritu humano. *Materializamos lo espiritual, hasta el punto de perderlo completamente de vista. El símbolo, la fórmula, la palabra, la imagen fija* sustituyen en nuestro entendimiento a la entidad viviente que *no sabemos concebir ya*.

De aquí deriva toda esa confusión que llamamos: Mitologías, religiones dogmáticas, sistemas filosóficos, teorías científicas, etc. Para edificar, el espíritu humano sólo sabe reunir desgraciadamente piedras muertas; amontona textos de los que hace códigos, a los que pretende a continuación someter artificialmente una realidad vibrante extraña a toda convención.

No olvidemos que el veneno de **ESCORPIO** engendra las enfermedades, especialmente aquellas que envenenan la sangre o se traducen en la formación de focos de vida parasitaria en el organismo. Éste es el mal en su mejor caracterización: El envenenamiento por un lado, y, por otro, el acaparamiento egoísta de las fuerzas destinadas a ser repartidas, o el estancamiento de una savia cuya función es circular. Falsa lógica, falso cálculo, falsa previsión, error en todos los casos, y como consecuencia, ininteligencia, incomprensión, estupidez. Éstas son las raíces del mal, que desaparecerá cuando la sabiduría nos haya curado de la estupidez. Entonces la Mujer habrá aplastado la cabeza de la Serpiente.



Los arcanos del Tarot van por parejas, y manifiestan cada uno, en la dualidad componente, una analogía más o menos evidente de los contrarios. Al arcano **XVI** se opone el arcano **VII**, el Carro, que está forzosamente en las antípodas de la Torre pero en el mismo meridiano. Por una parte triunfa el mérito, por otra la falta es castigada. Armado caballero como Miguel, el Espíritu anímico que no se ha dejado seducir por la serpiente, dirige su vehículo cúbico y gobierna como amo indiscutible sobre el dominio de la acción. Lo que debe hacerse se hará. Tanto peor para el que no pesa la inteligencia de asociarse voluntariamente a la Gran Obra. Las empresas del egoísmo son vanas, y, de fracaso en fracaso, será necesario que el espíritu extraviado termine por reconocer su error.



Será misteriosamente ayudado, pues la caída no es más que una zambullida en un medio extraño al espíritu. Y además no es absoluta: Estamos retenidos y ligados al cielo por un lazo que no se rompe jamás. Lo que es este lazo, nos lo dirá el examen del arcano **XVII**.

Algunos tarots del renacimiento sustituyen la Torre por el Infierno, simbolizado por la cabeza de un monstruo que vomita llamas, en medio de las cuales el Diabolo toca el tambor.

(Sección 17)

**LA ESTRELLA (diecisiete) – IDEALIDAD – SALVACIÓN -
ESPERANZA**

LA REDENCIÓN (EVOLUCIÓN)



CAPÍTULO TERCERO

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

- Principio de Evolución.
- La vida en la materia: tres vidas {
 - Colectiva, unitaria.
 - Individual, colectiva.
 - Atómica, individual.

- Tres corrientes {
 - Redención de los individuos aislados.
 - Redención de las esencias colectivas.
 - Redención de los individuos en grupos bisexuados.
- La reanudación evolutiva sucede a la caída involutiva.
- **NAHASH**, la fuerza aisladora del Egoísmo, le ha desorientado: Su oriente es el Espíritu colectivo viviente, el Verbo.

Estas potencialidades a menudo latentes tienden, en virtud de complejas afinidades, a perfeccionarse por la Evolución (Lermina, 210).

Éste es el esquema del capítulo que Stanislas de Guaita se proponía redactar. No me corresponde adivinar cómo iba a tratar el tema, y proponer una redacción en lugar de la suya.

Pero, al estudiar el arcano XVII, voy a inspirarme lo mejor posible en las ideas que debo al autor de la *Serpiente del Génesis*. Así revelaré parte de los misterios que, bajo su pluma autorizada, habrían podido ser objeto de una brillante exposición.

XVII. LAS ESTRELLAS

Cuando la Estrella de la Mañana se eleva en el cielo, el alba se acerca y entonces las estrellas palidecen. El orgulloso **LUCIFER** parece acaparar para él solo toda la luz, hasta que él mismo se apaga en el fuego del astro del día. Un planeta muy inocente llega así a simbolizar esta semiclaridad intelectual que deslumbra a los hombres y les induce a las peores tonterías.

Pero volvamos a la hora en que el astro de perdición no ha aparecido todavía. Los hombres duermen entonces el sueño de la inconsciencia y, si velan, contemplan una afinidad de estrellas centelleantes con un apacible resplandor. Unas son más brillantes que otras, pero ninguna traiciona las ambiciones subversivas del demonio luciferiano. No, las estrellas se distribuyen en el cielo como un inmenso rebaño que padece con profunda paz sobre la hierba del firmamento: Como los del Edén, los animales del cielo no se devoran entre sí. El León del Zodíaco o las Osas del Polo no amenazan al Carnero primaveral, ni al Toro, los Perros, la Cabra o el Capricornio.

El Paraíso terrestre sería una imagen del cielo transportado a la tierra. ¿Acaso antes de la caída no éramos simplemente habitantes del cielo, o vivíamos sobre la tierra a modo de seres celestes, sin vestir todavía la túnica de la piel, o dicho de otra forma, no aprisionados todavía en un organismo material?.

Para tratar de responder estas cuestiones, debemos recurrir a la analogía. Tomemos como punto de partida el ciclo de las veinticuatro horas que nos da un pequeño esquema de nuestra revolución vital. Nuestras horas diarias de actividad inconsciente están precedidas y seguidas de una fase de sueño. ¿Pero, no dormimos antes de nacer, y no dormimos después de la muerte?. ¿Qué es entonces el sueño, tanto el de cada día como el que separa nuestras sucesivas encarnaciones?; admitiendo que tenemos múltiples existencias, como han enseñado numerosas escuelas de filosofía.

En relación al estado de vigilia o de encarnación, el estado de ensueño o de desencarnación no es más que la vuelta transitoria más o menos completa al estado edénico. Hay pues caída de nuestro espíritu en la materia, no solamente en el momento del nacimiento, sino cada mañana. El despertar nos saca del Paraíso de los sueños para enfrentarnos a una realidad grosera y a menudo brutal. Nos hace entrar en nuestro organismo, donde sólo tendremos conocimiento de las ideas que llegan a nuestro cerebro por mediación de los sentidos. Aquello que no hemos visto, escuchado, sentido, palpado, ni saboreado, ya no existirá para nosotros. Y sin embargo, nos quedará una vaga intuición de medio ambiente, que nos es inaccesible, como criaturas únicamente preparadas para la vida terrestre.

Gracias a esta intuición, somos algo más que animales que razonan. Sin ella, la materia nos poseería completamente, y no tendríamos siquiera la sospecha de la existencia de otra vida distinta a la que llevamos en el estado de vigilia. Ahora bien, aunque los hombres no se sienten preocupados apenas por el sueño diario, siempre han intentado resolver el enigma de la muerte. Han visto en ella un sueño más completo, que libera definitivamente al espíritu de los lazos del cuerpo, mientras que la emancipación es incompleta y momentánea en el sueño diario. El sueño será pues, de alguna forma, una semimuerte, mientras que la muerte será el gran sueño.

Esta asimilación opone una vida desconocida a aquella de la que tenemos consciencia. Pero ¿de estas dos vidas, cuál es nuestra vida superior, nuestra vida verdadera?.

El materialismo proclama, sin la menor duda, que la única vida consciente o positiva es la que debe preocuparnos, porque la otra no es más que una vida falsa, una vida negativa. El espiritualismo, por el contrario, estima que la vida positiva es una vida limitada, circunscrita a un estrecho dominio, y que por nuestra otra vida participamos en una vida más general, que es la de la especie humana tomada globalmente (Adán terrestre), después en una vida más vasta todavía, la gran vida eterna que anima el conjunto de la creación (Adán celeste).

Durante el sueño, todo ocurre como si el conductor del carro corporal hubiera abandonado momentáneamente su vehículo, cuidadosamente resguardado y desenganchado por las circunstancias. Al despertar, el conductor espiritual toma su lugar de nuevo, para dirigir el trayecto diario.

En nuestro nacimiento, nos es confiado un carro orgánico para la realización de nuestro viaje vital, cuya duración depende de la solidez del vehículo y de la fuerza del tiro. Pero el

destino del viajero sólo está relativamente unido al de los medios de locomoción. No hay nada que diga que no está permitido intentar más de un viaje, y que la habilidad requerida en el curso de un trayecto no le vale un nuevo carro, para el cumplimiento de una nueva misión terrestre.

El inconveniente de todas estas comparaciones es que se corre el riesgo de tomarlas demasiado al pie de la letra. El espíritu que se encarna no es una entidad necesariamente individualizada anticipadamente. El espíritu puro sólo se limita y se individualiza por el efecto de su caída. Es cierto que pueden concebirse estados intermedios entre el estado de pureza absoluta y el estado de encarnación del espíritu. Así podemos explicarnos el relato, extracanónico, de la *caída de los ángeles*, que nos obliga a ver a espíritus impuros en el arcángel rebelado, al igual que en las milicias celestes que toman partido. ¿Cómo estas emanaciones directas de Dios pudieron levantarse anteriormente a toda objetivación material? Si había que atenerse a la leyenda, nos veríamos obligados a preguntarnos si el desorden celeste no es de orden mental y si Dios, en una fase de su eternidad, no estaría en contradicción con sus propias ideas... Elegimos para este tema el texto del Apocalipsis, capítulo XII, versículo 7, donde leemos:

**“Y se produjo una guerra en el cielo, la lucha de Miguel y de sus ángeles contra el dragón; y guerreó el dragón y los ángeles suyos, y no prevalecieron ni se halló ya un lugar para ellos en el cielo.
Y fue lanzado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado “Diablo” y también Satanás, el seductor del universo; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él”.**

Los versículos 3 y 4 nos dicen además que el “gran dragón que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas, siete diademas”, arrebató con su cola “la tercera parte de los astros del cielo y los derribó sobre la tierra”.

El cielo aquí parece haber sido tomado como dominio del espíritu, pero no el del espíritu puro. Se trata del cielo más cercano a nosotros, donde los conceptos formulados pueden ser combatidos, como las legiones de Miguel y las del dragón rojo, bestias tenebrosas, símbolo del oscurantismo, nacido de todos los instintos egoístas y de las tinieblas de la incompreensión. La cola del monstruo arrebató los astros que caen a tierra. Esto no es una alusión fatal a los espíritus llamados a encarnarse, pues las luces del cielo pueden representar muy bien verdades de orden inmaterial. Bajo la influencia de la bestia que no quiere ni puede comprender, gran parte de estas verdades se oscurecen y son llevadas a un nivel de concepciones del orden material.

* * *

Pero volvamos al sueño que nos introduce cada noche en un estado de inconsciencia edénica. ¿Cómo se opera el desprendimiento de nuestro espíritu, dónde va una vez

desprendido, cómo vuelve al cuerpo?. Éstas son cuestiones a las que sería presuntuoso pretender responder de forma distinta a la de imágenes forzosamente poco válidas.

Admitamos que el espíritu es submarinista, encargado de cumplir un trabajo en el fondo del mar. Tendrá que vestir una escafandra que corresponde a nuestro organismo. Provisto de bolitas de plomo, este aparato hace artificialmente pesado al submarinista que, al desaparecer en el agua, recibe de arriba el aire respirable que le permite mantenerse en un medio contrario a su naturaleza.

Supongamos ahora que el submarinista toma a pecho su trabajo, hasta el punto de olvidar momentáneamente su vida normal. La opacidad relativa del agua sólo le permite un ínfimo campo visual, donde la claridad es más débil cuanto mayor es la profundidad. ¿Qué pensaríamos entonces del submarinista que imaginara no tener otra vida que la que lleva en el fondo del mar, y jurara que nada existe fuera de lo que él constata en el curso de su trabajo submarino?.

En realidad, el submarinista no podría ser presa de ninguna ilusión de este tipo, pues sabe perfectamente que su verdadera vida está allá arriba, y que desciende para cumplir una tarea necesaria. Cuanto mejor realice su trabajo abajo, más se le felicitará al volver a la superficie, donde podrá respirar libremente y volver a encontrarse con sus semejantes, en un medio que es verdaderamente el suyo. Si, de las profundidades, trae perlas que ha disputado a monstruos marinos, ¿no deberá ser acogido como triunfador, esperando que se le pida la repetición de su hazaña?.

Cualquier comentario resultaría superfluo realmente; es mejor intentar otra comparación.

Cuando el hombre es llamado al servicio militar, tiene que adaptarse a una vida transitoria que, en relación a la vida civil, no es su vida verdadera. En el cuartel, se pondrá un uniforme, y estará así al mismo nivel que el resto de sus compañeros, que provienen de todos los estamentos sociales. Ocurre también que tendrá que obedecer a personas que son ni intelectual, ni moral o socialmente muy inferiores. ¡Qué importa! Son soldados por un tiempo determinado, su liberación llegará, y volverán a sus ocupaciones normales, con su misma dignidad y rango social.

Mientras está en el servicio militar, tendrá que ser disciplinado y no dudará jamás en conformarse con todo aquello que debe hacer por el bien del servicio. Pero, si no quiere reengancharse, no perderá de vista su carrera civil, pues es lo que le queda de importante. Además, nunca se arrepentirá de haber sido un buen soldado, y cuando abandone su uniforme volverá a ser lo que realmente era.

¿La vida terrestre no se correspondería con el enrolamiento en una lucha extraña a nuestra profesión permanente? Aquí estamos en el cuartel, en el campo de maniobras o en el campo de batalla, lejos de nuestro hogar y de nuestro lugar de origen, a donde volveremos después de expiar nuestro tiempo. Pero, sin esperar nuestra liberación definitiva, obtenemos permisos para ir furtivamente a nuestros hogares, donde podemos tomar ropas y costumbres

civiles. O mejor aún, permaneciendo incluso en los límites de nuestra guarnición, somos libres de visitar cada noche a los amigos civiles, para retomar con ellos el tono y el lenguaje de nuestro medio social. Pero vayamos más lejos todavía: Un militar que tiene parientes en la ciudad está autorizado a no dormir en el cuartel, donde debe, sin embargo, estar puntualmente por la mañana. ¿No es esto comparable al espíritu individual que se desprende durante el sueño, aunque permaneciendo ligado al cuerpo?.

Hay que consultarlo con la almohada, como constata la sabiduría de las naciones. Nos dormimos muy preocupados por ejemplo con una decisión embarazosa que tenemos que tomar o por un problema difícil de resolver. ¿Cómo es entonces que a la mañana siguiente hemos tomado una decisión y las preocupaciones del día anterior han desaparecido?. ¿Es simplemente un efecto de reposo de nuestros órganos, que al recuperar nuevas fuerzas, funcionan con más agilidad?. Sin poner en duda el beneficio psicológico del descanso reparador nocturno, creo que hay que tener en cuenta también los consejos que el espíritu ha podido obtener en el campo de la espiritualidad.

Pero, suplico al lector que me comprenda bien y que no sea juguete de las parábolas groseras de las que me he servido. Lo que quisiera poder explicar no consiente en ser expuesto ante mi objetivo mental: Estoy reducido a coger al vuelo las concepciones de orden espiritual, que esbozo como puedo en imágenes que no son otra cosa que horriblas caricaturas.

El espíritu pidiendo consejo, conversando con otros espíritus o extrayendo su iluminación del Verbo eterno en persona, todo esto es a la vez verdadero y falso, según distingamos o no lo que quiere decir hablar.

Por lo demás, los misterios de la noche permanecerán para siempre impenetrables. Estamos aquí para cumplir una ingrata labor, de la que no debemos ser distraídos. El otro mundo no nos recrimina tanto que estemos en éste. Nos posee, aunque nos preste, y no podría sentirse preocupado por perdernos. Pero, si se oculta de nosotros, este mundo superior no nos abandona: Nos envuelve sin que nosotros lo sepamos, para inspirarnos sin que nos demos cuenta.

Si solamente poseyéramos nuestra débil razón como única guía en la vida, ¡cuántos errores cometeríamos cada vez! Incluso en las cosas más materiales, son las instituciones racionales las que más frecuentemente nos ponen en el buen camino, y cuando constatamos que nos hemos equivocado, ¡cuántas veces nos arrepentimos de no haber escuchado la voz misteriosa que nos advertía! Hay personas que saben escuchar al espíritu. Tienen la especialidad de triunfar en la vida, aprovechando extraordinariamente las oportunidades que se les ofrecen. Parece que las hadas están a su servicio. De hecho, lo inmaterial interviene en su favor.

Pero comprendámonos bien y no materialicemos este inmaterial. No nos comuniquemos con el espíritu más que con el espíritu. Toda manifestación exterior es pues, sino falaz, al

menos de un orden muy inferior: El Espíritu sólo participa en ella de una forma muy lejana e indirectamente.

La verdadera forma de entrar en relación con el mundo del espíritu es elevarse hasta él, sin pretender obligarlo a descender a los bajos fondos tenebrosos en que nos debatimos en el estado de vigilia. Lo que obedece a nuestra llamada es tachado de pesadez. No existe ningún beneficio para nosotros entrando en relación con la parte desechable del espíritu, con eso que los ocultistas llaman *larvas* o *elementales*, cualesquiera que sean las realidades que puedan corresponder a estos términos. No tomo partido por ningún sistema, pues no tengo la pretensión de poseer los datos positivos del otro mundo.

Lo que me limito a sostener es que el sueño es nuestro proceso normal de desembarazarnos, sin romperlos, de los lazos más groseros de la materia. Cuando dormimos, las funciones del organismo se reducen a aquellas que se realizan automáticamente, fuera del control de nuestro yo consciente. Pero, ¿en qué se convierte nuestro principio de inteligencia y de voluntad cuando abandona al cuerpo a sí mismo?. Decir que se extingue momentáneamente para volver a encenderse con el sueño es un puro no-sentido para quien relaciona indisolublemente la idea de actividad a la del espíritu. Si la materia es por sí misma inerte y pasiva, el espíritu sólo podría ser concebido como activo por excelencia. Atribuir una pasividad, incluso transitoria, al espíritu equivale a negarlo. Por ello no debe existir ninguna duda al respecto: Si el espíritu existe, no se duerme con el cuerpo; todo nos lleva a suponer que nuestro espíritu es espiritualmente más activo de lo que nuestro cuerpo es materialmente más inerte.

A través de algunos síncope, el espíritu no permanece activo, porque éstos tienen por efecto salvar al individuo, de alguna forma milagrosa, de un peligro mortal. En dos circunstancias por lo menos, he debido la vida a un desvanecimiento completo o parcial, comportando probablemente la salida del cuerpo astral.

Así, en mi infancia, pude mantenerme en la superficie del agua de modo incomprensible hasta que vinieron a socorrerme. Más tarde, salí sano y salvo de una catástrofe de montaña en que había perdido el conocimiento en el momento en que me vi precipitado en el abismo. Buscando en su propia vida o en la de los demás, cada lector encontrará seguramente casos análogos.

Se me reprochará quizá que se aun poco ingrato con mi ángel guardián. Como no conozco el mundo espiritual al detalle, mi conocimiento es global y no creo poder demostrarlo mejor que por mi propio testimonio.

Para gozar de un buen ángel guardián, es necesario no meterse demasiado en la materia. El positivismo, únicamente preocupado de lo prosaico, puede pagar muy caro su desdeño del sueño. Entonces es mejor no perder de vista el mundo del espíritu y hacerse accesible a sus buenas influencias.

Con este fin, hay que llegar a no perder en el estado de vigilia todo beneficio de lo que hemos podido aprender durmiendo. Probablemente, si estuviéramos en comunicación directa y fácil con el otro mundo, no consentiríamos en tomar a éste demasiado en serio. Seguramente es necesario que no nos distraigamos más de lo razonable de nuestra labor terrestre.

De aquí nuestro aislamiento en la materia y la extrema dificultad que experimentamos para tomar conciencia de lo que emana del mundo espiritual del que nos hemos separado por la barrera hermética de nuestro organismo.

Sin embargo, es posible al prisionero hacer menos opacos los muros de su prisión o de disminuir su espesor, hasta el punto de percibir en su interior el eco debilitado del exterior. Por ello, el ascetismo se ha basado completamente en una demacración sistemática del cuerpo en beneficio del espíritu. Las escuelas místicas abusaron de ello, hasta el olvido del antiguo adagio: “*Mens sana in corpore sano*”.

Los iniciados han preconizado siempre otro método: El del sueño consciente equivalente a la muerte transitoria en relación con el mundo exterior.

Permaneciendo conscientes, llegamos a absorbernos en nuestras ideas, hasta el punto de perder la noción de nosotros mismos y de lo que nos rodea. Ésta es la fase inicial más común de la absorción hipnótica, que puede conducir gradualmente a estados contemplativos más raros y más sorprendentes en sus efectos.

No entra en nuestro programa estudiar esta rama particular del ocultismo. Aprender a *leer en la luz astral* constituye el A, B, C de toda práctica adivinatoria, lo que nos vuelve a decir que para ponerse en relación con el mundo oculto, hay que ejercitarse soñando en el estado consciente.

Pero, en el sueño que tratamos, el espíritu permanece como observador pasivo y no intenta ningún esfuerzo heroico para tomar el vuelo hacia las grandes alturas. Si quiere alcanzarlas, debe desprenderse deliberadamente de lo de aquí abajo, para tender con incansable perseverancia hacia lo alto.

Si la elevación se cumple en el campo de lo moral, un ideal de *santidad* podrá ser alcanzado, si ésta es de orden intelectual, la recompensa será la iluminación, que se produce cuando la luz espiritual llega a refractarse en el foco luminoso del individuo. El arcano **XIX**, el **SOL**, nos dará la ocasión de volver sobre este tema.

Examinemos ahora el arcano **XVII**. Las estrellas aparecen en él en número de ocho y cada una posee ocho rayos, como para recordar el ideograma arcadiano que es el signo determinativo de los nombres divinos. Los dioses son en efecto los “*brillantes*”, y antiguamente se creía verlos destellar en persona en la bóveda celeste. No olvidemos además que se distinguían ocho *Cabires*, divinidades caldeofenicias encargadas de asegurar el funcionamiento regular del mundo físico. El orden, la regularidad, el encadenamiento

necesario de causas, efectos y consecuencias se relacionan por lo demás con el arcano **VIII**, que merece ser aproximado al arcano **XVII**, pues 17 equivale teosóficamente a $1 + 7 = 8$.

A esta razón aritmética se añade el hecho de que los astros han sido considerados como los reguladores del universo. Los antiguos les atribuían una influencia determinante sobre todo lo que ocurre aquí abajo, y nuestros modernos astrólogos se suscriben sin dudar a una doctrina universalmente admitida.

Aquí debemos tener esto en cuenta para ver en las estrellas el símbolo de nuestro destino, seguramente determinado por el mundo espiritual. La astrología es sólo un error cuando confunde el símbolo con lo simbolizado; es sin duda susceptible de una puesta a punto que rehabilitará definitivamente el horóscopo.

Contentémonos con suponer por ahora que cada uno de nosotros tiene en el firmamento su estrella. Si la hipótesis no se puede sostener astronómicamente, se puede defender muy bien en el terreno del simbolismo. Nuestra estrella es en efecto la entidad espiritual que continúa gravitando inmutablemente, reflejándose en el fondo del pozo en que nuestro espíritu se encuentra retenido por el hecho de su encarnación. Es la gran estrella del arcano **XVII** que domina una pequeña estrella situada inmediatamente por encima de la cabeza de una joven desnuda que relacionamos con la *Andrómeda* de la esfera celeste. En el septenario de los planetas, este minúsculo astro corresponde a *Mercurio*, que concede sutilidad de espíritu, inteligencia e intuición. Esta estrella es azul, igual que otras dos que forman con ella un triángulo, el de la intelectualidad, pues los dos astros mayores confieren la razón y la imaginación, facultades dispensadas por *Apolo* (Sol) y *Diana* (Luna). Por último, el cuaternario de las estrellas amarillas no puede relacionarse más que con los elementos y los planetas que los gobiernan, como lo indica el esquema que aparece a continuación.



Se permite, sin embargo, hacer abstracción de los planetas y buscar entre las estrellas fijas aquellas que se podrían corresponder con el arcano **XVII**. De este modo nos dirigimos al *Carro de Pegaso* y a la constelación de *Andrómeda*. Esta princesa mitológica que era hija de los reyes de Etiopía, Cefeo y Casiopea, que no son otros que el **LOCO** (inconsciencia) y la **PAPISA** (intuición del misterio) del Tarot. Encadenada desnuda sobre una roca, esta joven, que representa al alma humana, iba a ser devorada por un monstruo marino, cuando un héroe sutil llega a liberarla surcando los aires, después de haberse hecho invisible. Se trata de Perseo, en quien reconocemos al espíritu alejado de los lazos del cuerpo, el esposo del alma salvada gracias a su intervención.

Como la mujer del *Cantar de los Cantares*, la Andrómeda del Tarot pudo haber sido negra, en su calidad de etíope; pero es una belleza rubia, que sólo tiene por vestidura su abundante cabellera. Arrodillada al borde del estanque, vierte en él el contenido de un ánfora de oro que sujeta con su mano derecha. Según Eliphas Lévi, esto es fuego vertido en el agua estancada para vivificarla, mientras que de un ánfora de plata que sostiene con su mano izquierda cae un agua que bebe con avidez la tierra árida. El alma tiene por misión actuar en dos sentidos opuestos sobre el cuerpo: Por un lado, reavivando nuestro ardor sulfuroso que hace actuar sobre nuestros densos humores, estimula nuestra vitalidad languideciente y socorre la pereza a la que nos hemos naturalmente inclinado; por otro, doma la impetuosidad de los instintos y modera nuestras pasiones endurecidas vertiendo sobre nosotros una lluvia refrescante de rocío mercuriano.

Gracias a las irrigaciones del alma, la tierra deja de estar maldita; se engalana poco a poco con una rica vegetación. Pero hay dos planetas que nos interesan especialmente, pues en uno reconocemos la rama de acacia que señala la tumba de Hiram y en el otro la rosa mística donde se posa la mariposa de Psiquis.

Hiram personifica la tradición extinguida, que el Iniciado debe hacer revivir, pasando él mismo por la noche del sepulcro. El arcano **XX**, el **Juicio**, nos revelará el proceso de esta muerte y resurrección.

En cuanto a la rosa, representa el supremo desarrollo de los dones del espíritu. Su perfume encanta a la inteligencia y al corazón. Es la flor de la *verdadera instrucción*, que Cébès, en su *Esbozo de la Vida Humana*, nos pinta con trazos de una hermosa mujer, provista de una modesta seguridad, en el declive de la madurez, sencilla en su interior, y sin ningún parecido a nadie⁵⁵. No está situada sobre un globo, como la inconstante y ciega Fortuna, sino sobre una piedra cuadrada e inmóvil. A su lado están la *Verdad* y la *Persuasión*.

La mariposa ha tenido que morir como oruga voraz y rampante antes de poder volar de flor en flor, para recoger solamente los jugos más sutiles. Desde los tiempos más remotos, sus metamorfosis han sido también emblema de inmortalidad.

⁵⁵ LEFEVRE, op. cit., pág. 98.

Algunos tarots reemplazan la rosa y la mariposa por el ibis sagrado de los egipcios. Este pájaro acuático se alimenta de serpientes extraídas de las aguas del Nilo. Así se subliman en él los elementos de una extrema impureza; ahora bien, durante nuestra vida terrestre, el alma está también destinada a purificar lo que asimila a su propia sustancia.

La serie de los veinticuatro arcanos del Tarot se divide naturalmente en dos mitades cuyos elementos se corresponden como significación. Una relación estrecha une a los arcanos **XVII** y **VI**, que forman el eje del Tarot, pues cada uno está colocado en dos grupos de cinco arcanos:

1,	2,	3,	4,	5,	VI,	7,	8,	9,	10,	11,
0,	21,	20,	19,	18,	XVII,	16,	15,	14,	13,	12,

Así, el arcano **VI**, el *Enamorado*, hace alusión a la prueba que espera todo ser consciente en el momento en que, en posesión de sus medios de acción, se dispone a ponerlos en funcionamiento. Como Hércules, es llamado entonces a elegir libremente entre el Vicio y la Virtud. Tiene tras de sí su formación intelectual y moral, su aprendizaje teórico (arcanos 1 a 5), y ante sí la aplicación práctica de sus conocimientos y de sus talentos (arcanos 7 a 11).

El arcano **XVII** ha marcado también una transición: La que incita a las disposiciones interiores, los dones naturales, a traducirse en obras. Ya no es el libre albedrío de una carrera o de una orientación, sino un determinismo involuntario, que realiza y lleva de la potencia al acto lo que se posee en uno mismo.

El arcano **VI** une directamente entre sí a los arcanos **V** y **VII** que son la aplicación uno del otro; ocurre lo mismo exactamente con el arcano **XVII** en relación a los arcanos **XVIII** y **XVI**.

Pero contentémonos con comparar el simbolismo de los dos arcanos alrededor de los cuales parecen girar los demás.

De ambas partes, dos dominios son tema de debate: El *cielo* representado por el Cupido del arcano **VI** y por las estrellas del arcano **XVII**; y la *tierra* sobre la que se sitúa por un lado el Enamorado entre las dos mujeres, y por otro la joven desnuda arrodillada cerca de la rosa en la mariposa. En el arcano **VI**, el mundo superior vela sobre el mundo inferior según la resolución tomada; en el arcano **XVII**, las estrellas se contentan con ser protectoras: Influyen, solicitan y atraen dulcemente, o, como dicen los astrólogos, se inclinan sin necesitar. Determinan misteriosas eclosiones en el seno de las crisálidas que parecen muertas y presiden así los destinos.

Los dos arcanos **VI** y **XVII** se relacionan por último con los misterios de Amor y Psiquis; con las atracciones que unen al espíritu y al Alma, ésta, representada por la mujer, se deja vencer por la redención después de haber sido la instigadora de la caída.

Hay que darse cuenta de que una vez caídos en la materia, la salud sólo puede venirnos del alma, es decir, de las facultades derivadas de la sensibilidad más que de las del razonamiento. Las tendencias positivas de la razón individual le hacen rechazar todo lo que es suprasensible. Sólo tiene confianza en sí misma y está persuadida de que no existe nada fuera del limitado alcance de su brillo.

Para ella, lo constatable lo es todo. La vida comienza en el nacimiento y cesa antes de la muerte; durante el sueño está intelectualmente suspendida. Somos animales razonables y nada más. El alma es una quimera y la vida fuera del organismo una pura ilusión.

Estas certidumbres negativas excluyen toda argumentación. Parecen poseer en sí mismas una lógica implacable y sin embargo nunca la humanidad ha consentido en adherirse a ellas. ¿Por qué?. ¿Por qué no nos dejamos excitar en nuestra sabiduría positiva por las impresiones irrazonables?. ¿Por qué el espíritu humano permanece invenciblemente unido a creencias no susceptibles de demostración alguna?.

¿Por qué?. Porque el silencio que nos rodea es elocuente, porque la noche nos ilumina de forma más penetrante que el día, que se limita a hacer brillar las superficies. La *Verdadera Luz* no es la que se refleja en los objetos. A esta luz exterior, los Iniciados oponen otra, más sutil, que ilumina directamente el espíritu. Los francmasones la simbolizan por el resplandor misterioso de la *Estrella Resplandeciente*.

Este astro sólo se revela al compañero que ha completado sus viajes y posee todos los secretos prácticos del Arte Real. Ya no es la *Estrella de la Mañana*, exuberante y presuntuosa, que incita a la revolución al espíritu todavía adormecido por su reciente despertar intelectual. Hay que ver por el contrario, a la *Estrella de la Noche*, la que guió durante toda la noche a los Magos para que descubrieran el *Verbo Divino* o la *Palabra Perdida*.

La epopeya de Gilgamés identifica a esta estrella con **SIDOURI**, la diosa velada que vive en un paraíso maravilloso en las orillas del mar occidental. El salvaje aspecto del héroe caldeo asusta a la púdica joven. Pero ésta se emociona sin embargo ante el relato de las pruebas superadas por el viajero, que, para conquistar la hierba de la inmortalidad (la rama de acacia del discípulo de Hiram), no duda en aventurarse en las aguas de la muerte para estar cerca de su ancestro **UTNAPISCHTIM el Lejano**.

* * *

Permítanme ahora volver al resumen de este capítulo titulado: **LA ENCARNACIÓN DEL VERBO**.

La **UNIDAD-CAUSA** es necesariamente productora de efectos, pues no existen efectos sin causa, de la misma manera que no existe causa sin efectos. Esto quiere decir que el Creador no está más que en su condición de crear, la creación es pues eterna: Es absurdo delimitarla

en el pasado y en el futuro. Cuando nos dicen: “En el principio era el Verbo”, se trata de un comienzo que retrocede al infinito en duración, antes del cual nada se puede concebir.

En este orden de cosas, las palabras traicionan al pensamiento, aprisionado él mismo en el vértigo. Hay que resignarse a su imperfección y pedirle al lenguaje que lo traduzca en su propio lenguaje.

Según Stanislas de Guaita, el Misterio de la Creación se identifica con el de la Caída y el de la Encarnación, y estos últimos encuentran su complemento en el Misterio de la Redención.

La actividad creadora (Verbo-Hijo) evoca la imagen de una radiación que emana de un centro-principio (Principio-Padre). Pero este centro ideal y universal no tiene nada de geométrico. Repugna toda localización y debemos esforzarnos en concebir su eterna ubicuidad.

Es indispensable para ello que lleguemos a elevarnos por encima de las palabras y los símbolos. Despojémonos de la niebla de letra muerta, para que la verdadera luz pueda iluminar nuestro espíritu.

Los misterios sólo son revelados a los iniciados del pensamiento, a los fuertes que han sabido conquistar el cielo, más felices que los Titanes, esos groseros hijos de la tierra, incapaces de asimilar las sutilidades olímpicas. Su ambición se encuentra en el profano que lucha contra las fórmulas reveladoras y se enfrenta al sentido externo de las expresiones forzosamente alegóricas a las que han tenido que recurrir todos los reveladores.

Lo que debemos distinguir bien es que todo es acción: La inercia sólo existe en la nada. El cuerpo que aparece como inerte despliega en realidad formidables energías atómicas y moleculares para resistir a la disolución y realizar el equilibrio activo que tomamos como culpable por inercia. La materia es tanto más densa y más sólida, y por tanto más fija en apariencia, que las más vehementes fuerzas que se agitan en ella. Todo lo que existe está animado: Nada está muerto, excepto para nuestra comprensión. Un principio animador universal, por todas partes activo, se ha revestido en la carne, de sustancia vegetal, y se ha aprisionado incluso en el caparazón rígido de los minerales. Es el Verbo creador que cumple su caída evolutiva para efectuar la Gran Obra de la Creación.

La Gran Obra es permanente y toda actividad, por muy humilde que sea, está necesariamente asociada a ella. Pero los obreros que unen los lazos de la fraternidad universal están jerarquizados, como si hasta los agentes conscientes, convertidos en colaboradores voluntarios del Verbo obedecieran a un impulso irresistible una vez recibido éste.

El Universo es el inmenso taller de la construcción donde cada uno trabaja en la realización del plano del Gran Arquitecto. El mundo es como un organismo viviente, que se edifica por el trabajo de sus consecutivas partículas. Éstas se agitan sin darse cuenta de que están al servicio del dios individuo. Este dios, por su lado, pierde demasiado fácilmente de vista la

idea de que él mismo no constituye más que una célula de un ser superior, en beneficio del cual está llamado a cumplir ciertas funciones.

Guiados por su instinto de piedad, los humanos tienden a hacer lo que se les ha pedido. Entran así en comunión más íntima con el Dios-Humanidad. El Verbo fragmentario esparcido en las individualidades tiende así a reconstituirse en su unidad. Renunciando a la estrechez de nuestra personalidad animal para humanizarnos generosamente, nos elevamos en la jerarquía de los seres. El inverso se produce cuando, haciéndose centro de egoísmo y de acaparamiento, el individuo se sitúa fuera de la corriente de los intercambios vitales. De esto resulta entonces un estado mórbido del que sufrirá las consecuencias.

Lo anterior nos da a entender que una *Ascensión evolutiva* se deriva de la caída del espíritu en la materia, y que la *Encarnación* sólo se produce con vistas a una *Redención*.

Ahora bien, para evolucionar, el espíritu tiene que renunciar a las ambiciones de autonomía que le llevaban a encerrarse en una esfera cada vez más estrecha y delimitada, donde nada podrá resistírsele. Este esparcimiento de las energías activadoras llega a su cima en el reino mineral, donde la vida es atómica, los individuos están allí representados por átomos que se combinan entre sí permaneciendo siempre idénticos a sí mismos, sin prestarse a ninguna adaptación de las funciones de un organismo humano.

A esta vida mineral inorgánica se opone la de los seres organizados, plantas, animales o cuerpos siderales. Aquí las individualidades componentes están diferenciadas en razón de sus funciones orgánicas: Existe colaboración entre ellas, y los verbos fragmentarios que las animan se han unido en el camino ascendente de la Evolución. Es el comienzo de la vuelta a una Unidad todavía muy lejana.

Pero todo organismo complejo está regido por una entidad espiritual que es semejante a los *Oelohim*, si puede llegar a discernir entre el Bien y el Mal. Este grado de evolución permite a los seres descubrir que no son más que células componentes de una entidad colectiva, al servicio de la cual creen deben consagrarse. El individuo devoto participa así más directamente en una vida superior, cuya conquista equivale a la *Redención*.

Ésta se aplica a los individuos tomados aisladamente. La luz redentora ilumina efectivamente a todo hombre que ha sabido comprender el sentido de la vida, si su corazón está a la altura de la comprensión.

Hacer depender la redención de un signo externo sacramental es un gran abuso. Los gestos, las actitudes y las palabras no tienen el poder de operar transmutaciones espirituales interiores. Para ser un verdadero cristiano renunciando a Satán del egoísmo individual, no basta con recitar una fórmula litúrgica: Hay que morir realmente a la existencia de los paganos que adoran al príncipe de este mundo, para renacer efectivamente a una vida de abnegación y de devoción. Ningún arte mágico, ningún subterfugio permite voltear las exigencias de la Redención.

Lo que es verdadero de los individuos no lo es menos de las colectividades que la componen. Las agrupaciones humanas, los pueblos, las razas, las naciones tienen su egoísmo, que es renunciar al beneficio de la solidaridad humana. Ésta permanecerá en el dominio de las aspiraciones estériles, como los pueblos que no quieren ponerse al servicio de la Humanidad. La Redención triunfará cuando las naciones, desdeñando sus pequeños intereses inmediatos, se entreguen con resolución al bien común, dando ejemplo a los ciudadanos llamados así a subordinar sus ventajas personales a las de la cosa pública.

Por otro lado, los hombres siempre han sentido que sacrificándose por su familia, su progreso, su opinión o su patria, iban delante de una apoteosis redentora. Morir gloriosamente por una noble causa parece más fácil que vivir oscuramente, sacrificándose sin cesar por el bien general, de miles y miles de pequeños intereses personales. Tenemos que aprender a ser patriotas, incluso en tiempos de paz, pues Francia nos pide ese trabajo por su grandeza, para que pueda cumplir en la humanidad su papel de nación redentora.

Pero no quiero resultar pesado recalcando un punto de la más elemental moral cívica. Al *egoísmo*, causa de la caída, de condensación materialista, que reduce el movimiento vital a un estrecho giro sobre sí mismo, se opone el *altruismo*, del que procede la Redención, que saca al individuo de su aislamiento para ligarlo a la gran corriente de la vida universal.

Ahora bien, el sentimiento altruista, aunque redentor, tiene sus raíces oscuras en la matriz misma de la vida orgánica. Las células que se asocian experimentan la atracción de un colectivismo, destinado a reconstituir gradualmente unidades de orden superior, gracias a la redención de los submúltiplos caídos al individualismo unicelular. Toda asociación implica, a este respecto, al menos un comienzo de evolución redentora.

Dentro de su jerarquía biológica, los individuos de los reinos vegetal y animal representan colectividades, simples y rudimentarias en principio, sin diferenciación marcada de las células componentes, luego cada vez más complejas, comportando agrupaciones por especialidades y el cumplimiento armónico de las múltiples funciones. A cada organización celular así constituida corresponde una entidad unitaria que no cae en un no-sentido. Las plantas tienen su alma de vida como los animales. Es probable que se desarrolle para cada individuo como el germen del que ha nacido, pero que después de haber asegurado la cohesión y el funcionamiento del conjunto del organismo, se disuelva al mismo tiempo que él. Si esto es así, no será menos cierto que nada se pierde y como consecuencia todo se gana de nuevo. Imaginemos gustosos que el alma corporal de una planta o de un animal, una vez cumplida su misión transitoria, es reabsorbida por el alma colectiva de la especie. Uniforme para todos los individuos de la misma especie, esta tradición dirige su arquitectura corporal. Vegetales y animales se edifican así, sin que Dios tenga que hacer el oficio de demiurgo. Es mejor dejar este papel secundario al alma colectiva de cada especie, alma que goza de su inmortalidad relativa, limitada a la duración de la especie, pues prefiero creer que la luz astral de nuestro planeta ya no está desde hace largo tiempo atormentada por las almas de los diplodocus y de otros monstruos desaparecidos. Podría ocurrir, sin embargo, que estas almas corporales engendraran otras y que necesitaran incluso una cierta superioridad para regir organismos gigantes.

Creciendo y marchitándose según las condiciones exteriores, las plantas sólo pueden dejarse vivir pasivamente. Vegetan sin tener que tomar la menor iniciativa, mientras que la lucha por la vida se hace cada vez más dura en lo animal, a medida que se eleva en la escala zoológica. Ya no es un simple autómatas cumpliendo siempre y de la misma manera una serie de funciones sucesivas que derivan unas de otras. Caracterizado por su sensibilidad, el animal actúa, o, más exactamente, reacciona según aquello que va experimentando. Busca su alimento y se defiende contra todo lo que le amenaza; incluso sus actos están determinados por las leyes de la especie: no existe ningún capricho, ninguna fantasía.

Esto ocurre con el animal salvaje, pues, una vez sometido a la influencia del hombre, deja de estar en el estado natural. Ayudado de su impresionabilidad, puede convertirse en nuestro médium, en el sentido espiritista de la palabra, y manifestar una psicología susceptible de desconcertarnos. Hay, en este caso, una desviación del influjo normal, ejercido por esta providencia de la animalidad, que en mitología corresponde al dios **PAN**. Infiel a su religión primitiva, la bestia domesticada se deja convertir a un culto nuevo, el hombre. Comunicamos entonces algo de nosotros a aquéllos en cuyos dioses nos hemos convertido. Amándoles, los unimos a nosotros por los lazos de una sentimentalidad que aprenden a compartir. Les ayudamos a constituirse en un alma amante que se eleva por encima de las más humildes creaciones y disponiendo sólo de un alma sencilla de vida.

¿No estaría aquí el secreto de toda evolución redentora?. El amor de arriba despierta al amor de abajo, amor redentor, porque acerca lo inferior a lo superior.

El Amor se nos aparece entonces como el gran agente universal de redención. Se traduce en todas las atracciones que incitan a unirse a las células o individuos, pueblos, razas o especies en todos los dominios de la vida.

Toda organización es obra de amor. De la fusión de dos células diferentes nace psicológicamente una multiplicación celular que suministra sus materiales a la construcción del individuo. Éste es a las células de su organismo lo que él mismo es en relación a la unidad de la especie. Las especies se distinguen, es verdad, de los individuos por el hecho de que su cuerpo opera en *orden disperso*, como una armada moderna repartida en un inmenso frente, mientras que los individuos corresponden a las unidades de viejo estilo que marchaban en orden. Un regimiento, cuyo efectivo se renueva sin cesar, pero que conserva un sólido *espíritu de cuerpo*, basado en gloriosas tradiciones, proporciona una excelente imagen del individuo, visible, como el regimiento cuando él desfila.

Si la objetividad materialista quisiera negar al regimiento con el pretexto de que sólo vemos desfilar en realidad a militares, formados en líneas y con una misma cadencia de paso, podríamos alegar que el regimiento es una ficción igual que el individuo, que está ante nuestros sentidos solamente como conglomerado de células disciplinadas.

De esta comparación se desprende una moral: Los seres más reales y activos pueden permanecer materialmente inalcanzables. Las naciones nacen, crecen, viven y actúan, después desaparecen sólo objetivándose en símbolos convencionales: Bandera, blasón,

personificaciones artísticas o poéticas. Pero, ¿quién pensaría en negar la existencia de las naciones?. ¿Acaso no son de esencia inmaterial, como la humanidad, ese gran ser divino por medio del cual, en el cual y por el cual vivimos?.

Cuanto más conseguimos vivir la vida del Gran Adán anímico humanitario, más se completa nuestra redención. Los místicos quizá no lo han comprendido siempre con la suficiente nitidez, pero, predicando el renunciamiento a uno mismo, estuvieron en lo verdadero, pues sólo despojándonos de lo estrechamente individual podemos dejarnos aspirar por el psiquismo colectivo humano.

La Redención, en efecto, se efectúa desde arriba: El cielo desciende hacia nosotros para granjearnos mejor. Por muy abajo que podamos caer, nos rodea, y su influencia no nos abandona jamás, pues la tiranía del Príncipe de este mundo no se ejerce sin reserva sobre ninguna criatura. Si el Atractivo original, que determina toda individualización, reinara como amo absoluto, se opondría a toda organización. Para que las funciones de un organismo, por muy humilde que sea, se cumplan, es indispensable, en efecto, que las células interesadas renieguen, en cierta medida, de su radical egoísmo. Existe por su parte una abnegación inconsciente, que se traduce en una efectiva devoción a la causa de la colectividad orgánica. La Redención más rudimentaria se efectúa así gracias a la influencia de un *Alma de Vida* vegetal o animal. Esta alma cumple, en relación a las células, el papel de sobreconsciencia o inconsciencia superior. En el Génesis está representada por la Mujer, condenada desde el principio a ser la constante enemiga de la Serpiente. Ella es el instrumento de una oscura redención, nocturna o lunar, que prepara el camino al Redentor solar prometido. Éste ya no influirá misteriosamente sobre los seres hundidos todavía en la noche del inconsciente. Brillará ante las inteligencias y hará comprender a los elegidos que, con toda su voluntad, deben renunciar al Satán de su egoísmo individual para entregarse al bien de todos, único medio de conquistar el reino de Dios.

Esta Redención definitiva y completa es la coronación de una evolución moral, cuyo punto de partida hay que buscarlo en las mismas fuentes de la vida orgánica. El animal que alimenta y defiende a sus pequeños ha alcanzado un grado muy respetable de desarrollo psíquico. Se muestra incluso moralmente superior a la criatura razonable que sólo quiere vivir para sí misma.

Nos cansamos de decir que este egoísmo deseado, que rebaja al hombre al nivel del peor de los brutos, sólo podría ser pasajero. Es el resultado de una fase de embriaguez y de ceguera, del que nos sacará tarde o temprano el doloroso aprendizaje de la vida, pues la muerte espiritual no forma parte de nuestro destino. Todo alejamiento conduce a una vuelta más o menos tardía del Hijo Pródigo.

Si queremos distinguir dos caídas, la de los Ángeles y la del Hombre, resulta evidente que la primera se relaciona con el descenso cosmológico del espíritu a la materia, y el segundo con la decadencia transitoria, consecutiva al paso de la Animalidad más evolucionada a la Hominalidad balbuceante. La conquista de una joven, razón presuntuosa, se afirma de la luz difusa, aunque infalible, del Instinto. La bestia inocente no tiene más que dejarse guiar

ciegamente por el alma colectiva de la especie para gozar de un paraíso de donde el hombre ha sido expulsado, porque al despertar al discernimiento, se ha emancipado de la tutela del instinto. Al pretender determinarse por sí mismo a la llama vacilante de su intelecto todavía inculto, entra en el espinoso sendero del estudio y de la experimentación. Pero el error es su patrimonio y, a fuerza de equivocarse y sufrirlo, se instruye. Lo que no ha sabido comprender al principio se irá progresivamente revelando a su espíritu, que se iniciará por sí mismo al gran misterio de la vida universal.

Este supremo misterio enseña a sacrificarse. Siempre se ha revelado a las almas generosas, y, si se oculta a los espíritus orgullosos, es porque han sido cegados por su propia claridad luciferina.

* * *

Para ceñirme al programa de Guaita, me falta por mencionar la redención de los individuos por grupos bisexuados. Hasta aquí, sólo hemos tratado de células o de individuos evolucionando psíquicamente bajo la influencia del alma colectiva inmediatamente superior. Pero, al llegar a un grado suficiente de evolución, las almas se atraen mutuamente para fusionarse. Estas atracciones se traducen en simpatías recíprocas sometidas a la ley de los complementarios, como si se tratara de constituir entre dos una unidad psíquica más perfecta. El cuerpo es un obstáculo para la fusión de las almas, y ésta se distingue del matrimonio, institución social con vistas a formar una familia.

Cuando se trata de la reproducción de la especie, las cosas pueden ocurrir según la teoría de Louis Menard, al estar inspirado el amor por la entidad que desea encarnarse. De aquí resulta una apetencia que acerca a los cuerpos a pesar de las almas que a veces se encuentran lejos de la búsqueda. Todo ocurre entonces como en el dominio de la animalidad, donde el macho se aleja comúnmente de la hembra después de fecundarla: Sólo el instinto entra en juego, incluso cuando no se produce el abandono, como en las especies en que el macho se encarga del alimento de su compañera y de su prole.

¿Pero es esto lo que los hombres llaman amor?. Este sentimiento se desarrolla ciertamente de un sexo al otro combinándose con el instinto de la reproducción; pero también se manifiesta antes del despertar de este instinto y después de su extinción. Los niños se aman entre sí; aman a sus padres y a otras personas; aman también a los animales o a objetos inanimados que les son queridos. Existe en ellos un poder de afección que sobrevive en la vejez a los sentidos definitivamente apagados.

¿Y por qué amamos sin que la sexualidad nos incite a ello?. Simplemente porque el alma es esencialmente amante: No amar es no tener alma. Las almas se buscan, y cuando se sienten afines, se atraen, y aspiran a fundirse una en la otra. ¿De estas fusiones resultan unidades perfectas o asociaciones comparables a las estrellas dobles de los astrónomos?. La pregunta queda abierta. Ocurre siempre que el amor puro de alma a alma se acerca a la unidad suprema y opera la redención de los individuos por grupos bisexuados, como dice Guaita.

De la fusión de un alma masculina con un alma femenina resultaría una entidad andrógina angélica. Pero ¿el principio que anima aquí abajo a los hombres está necesariamente sexuado?. ¿La fisiología terrestre se transporta al cielo?. ¿Conservaría en él su razón de existir?. En estas materias es de sabios saber ignorar.

(Sección 18)

**LA LUNA (dieciocho) – OBSTÁCULO, CONTRICCIÓN
(Héreb)**

TRAMPAS DEL VIAJE



CAPÍTULO CUARTO

TRAMPAS DEL ENEMIGO

Luna, sol de los muertos, espectro del espacio
Que ilumina la tierra aquí abajo;

Astro cadavérico donde va el alma perdida
En el sueño y en la muerte ...

Luna, siniestra luna, astro de la locura,
¿Por qué el Odio y el Amor
Te muestran el furor y la melancolía
Que roban al ojo del día?
¿Por qué savia, sangre, flujo de las aguas, flujo de las almas,
Se ordenan en tus pálidas llamas?

El Gato y el Amante se bañan allí, languidecientes,
Y en el lecho del cementerio
¿Trabajas todo ser, a través de la materia,
Con una dulce ilusión o un sueño horrible?

¡Maga, dueña de los secretos magnéticos,
Del mundo de los presentimientos;
El aullido de los perros; los juegos cabalísticos
De las brujas y los nigromantes!
Tuyas son las pesadillas de los criminales fúnebres,
Las visiones en las tinieblas,
Las larvas, los búhos y los murciélagos,
Las vacilaciones de los Manes,
Las apariciones de los espectros diáfanos,
El temor, los lúgubres gritos.

¡Tuyos los crujidos de las casas encantadas
Los fuegos fatuos sobre los estanques,
Las ruinas por las sombras y la muerte habitadas,
Los sudarios de pliegues flotantes!
¡Tuyas las salmodias en el fondo de los monasterios
y la trampa y los misterios
De los vampiros ocultos en el cuerpo de los vivos
Y el coro de las almas condenadas
Reposando bruscamente en el fondo de las chimeneas
El humo y la voz de los vientos! ...

Oh, Luna, astro fatal, ¿qué me quieres? ¡Ten cuidado!
¡Más fuerte que tus encantamientos,
Haré temblar ese rostro despavorido
Que pone de luto el firmamento!
En nombre de la Magia, en nombre del Tetragrama,
¡Habla! Es medianoche: el ciervo brama,
El gallo canta, el lobo aúlla, los marineros
Se hunden, el Océano loco se espanta!

¡La muerte agita a lo lejos su risa –su fanfarria-
De gritos, estertores, y de llantos!

DIANA

¿Qué quieres de mí?. ¿Quién turbia en su gran misterio
a la reguladora de los meses?
¿Es un alma que se eleva y quiere huir de la tierra?
¿De dónde viene, del monte, del abismo,
El grito que me estremece, sorprendido en mis secretos?
¡Responde!

¡Habla, Virgen, obedece! ¿Mi nombre? ¡Qué te importa!
¡El Universo es mi partenón!
Camino en él por Dios en tu luz muerta,
¡Tú debes saber mi nombre!

¡Te acuso, responde! ...

¡Quiero la Verdad! En tu templo ópalo,
Si sólo eres esterilidad,
¿Qué fin persigues pues en el cielo, virgen pálida,
Alrededor de este globo habitado?
En nombre de la Magia, en nombre del Tetragrama,
¡Habla! ...

Hijo de Apolo, guardo por siempre el pasaje
Por donde las almas van a los cielos.
Sólo ves un lado de mi doble rostro:
¡El otro mira hacia los dioses!
Comprimo aquí abajo el efluvio de la tierra;
Con todo el peso de mi cráter,
Oprimo a los Espíritus, a las Almas y a los Cuerpos,
Y todo se eleva bajo mi pensamiento,
Todo entra en mi ritmo y alcanza el rocío
De mis silenciosos acuerdos.

Uno y desuno, acerco y opongo
Todo: Polos, Sexos, Elementos;
Soy el femenino latente en cada cosa;
Atraigo hacia mí los movimientos;
Que ceden, en su forma, a las leyes de mis semanas;
Bestias, Plantas, Muchedumbres Humanas,

Los fluidos, los vientos, las nubes, el mar,
Todo fluye hacia mí en su marea,
Desde el fuego central que brama hacia el Empíreo
Hasta los sutiles confines del Aire.

Presido la muerte, ordeno el nacimiento,
Pues nacer, es morir también;
Las generaciones giran bajo mi poder,
Tengo sus llaves de plata y oro;
Devuelvo al Sol las almas inmortales
Cuyo Espíritu ha ganado sus alas
Para escapar al torrente de las generaciones;
O bien, en el fondo del espacio,
Las anudo a la Mujer, y su Destino vuelve
Al juego de mis remolinos.

¡Ah! ¡Si las vieras, a las Almas invisibles
Salir en enjambres de las tumbas,
Vacilar y elevarse en mis rayos apacibles,
Deslizarse juntas en las aguas!
Unas por los campos tomando su curso alocado
Más rápido que la palabra,
Pasan, a ras del suelo, se lanzan a los aires,
Se suspenden en las nieblas baldías,
Recaen en los mares y bailan sobre las olas
O sueñan en las rocas desiertas.

Otras, franquean la esfera de las nubes
Y se disponen a volar hacia mí,
Escalando el Éter, trepando en mis espejismos,
Rodando, temblando de emoción.
Remontando –llegando a mí palpitantes de sueños,
Jugando en rebaños sobre mis arenas,
Zambulléndose en mis volcanes, buscándose, llamándose,
Encontrándose –formando sus grupos,
Y paseando sus coros por las cimas de mis valles
De mi gran circo centelleante.

¡Pero la Tierra te lleva, adiós! Habla a las estrellas:
Yo, te pierdo en el horizonte,
Bardo, cuando abandones de tu cuerpo las velas
En su fúnebre prisión,
No temas nada, ven. Coge mis corceles de luz,
Cree, y hacia la fuente primera
De la que emerges, hacia el Dios soberbio, hacia el arco bermejo,

Tendiendo fuertemente tu pensamiento,
Vete, te dejaré desde mi esfera helada
Elevarte sin obstáculo hacia el Sol!

SAINT-YVES

(*Testament Lyrique, París, 1887, in-8.º, págs. 381-387, passim.*)

No he podido resistirme al placer de transcribir aquí este importante extracto de un himno doblemente admirable. En primer lugar, porque el Testament Lyrique de M. de Saint-Yves es poco conocido, y porque raramente se encuentran ejemplares. A continuación, estos versos, tan fuertemente pensados y tan poderosamente imaginados, resumen, en lo que contienen de esencial, las tradiciones del Esoterismo en su papel capital, cósmico y providencial atribuido a la Luna en relación con nuestra Tierra. Estas tradiciones formaban parte de la doctrina más oculta de las Universidades doria y de los templos, donde eran enseñadas con un espíritu rigurosamente científico, que no rechazaba las experimentaciones operadas con tacto y prudencia y bajo el control de la jerarquía; y de allí salieron para revestir, en los sistemas de algunos filósofos, una forma equívoca, agnóstica y burlesca.

Lo que la Iniciación hierática enseña a los discípulos de la Ciencia, lo vemos a menudo en místicos que adquieren su noción intuitiva con una visión más o menos confusa. Algunos, como Jacob Böhme (sin duda alguna el más poderoso de todos), son de una extraña desigualdad. Bien, volando a través de los mundos inteligibles, penetran con una rectitud perfecta el abismo del espíritu hasta sus inefables profundidades, o bien deliran y divagan en el absurdo, con la íntima conciencia de vaticinar: En su espejo diáfano se dibujan confusamente los reflejos más deformes, los espejismos más incoherentes que arrastra la luz secreta de nuestro planeta. Estas vagas formas se alteran aún más, girando en el remolino atractivo, en el maelstrón fluídico determinado por la voluntad mal ponderada y mal dirigida del pobre místico que bromea y confunde fiebre con inspiración. Tiene la costumbre de lanzarse en espíritu a la infinita esencia, su facultad habitual de vidente se ejerce sin abstracción pura, a modo de actividad mental: Esta vez ha querido ejercerla a modo de pasividad astral y descifrar de golpe el sentido emblemático de las formas indecisas, aunque sustanciales y concretas, de donde sale la luz negativa; **AOB.**

Otros místicos tienen éxtasis menos desiguales, pero también menos penetrantes: Ven regularmente, pero con una visión incompleta, y sus ideas están siempre entre el error y la verdad: Así era Louis Michel de Figanières, el prodigioso campesino de Var, de carácter despreocupado y completamente iletrado, al que debemos tres de los más sorprendentes libros que hayan sido escritos por una mano humana: La Clef de la Vie, 1858, 2 vol. In-8.º, La Vie Universelle, 1859, 1 vol. In-8.º, y Plus de Mystères, 1878, 1 vol. In-12.º

Louis Michel da una singular explicación sobre la Luna y su papel cósmico, perfectamente cohesiva después de todo y con un sistema tomado en su conjunto, a la que no podríamos negar al menos el mérito de su originalidad. Que la tierra sea el resultado de la incrustación de varios planetas soldados en conjunto por el favor de los esfuerzos providenciales de un alma colectiva; que el único de los astros destinado a compactarse para formar la Tierra, la

Luna, se haya negado obstinadamente a sacrificar su egoísmo individual por el bien común; que, con la esperanza de una vuelta del hijo pródigo, el alma colectiva de nuestro planeta haya dirigido, durante centenas de siglos, un rayo atractivo electro-imantado sobre el impenitente satélite, y sin embargo obstinado en su rebelión, etc., son afirmaciones al menos difíciles de verificar, y sobre cuya veracidad no nos corresponde decidir en ningún sentido.

Pero Louis Michel no se limita a esto: Consciente o no de su valor oculto, desarrolla y precisa diversas teorías, parcialmente conformes a las doctrinas del Esoterismo más secreto, de las que los hierofantes de la Antigüedad sólo revelaban al recipiendario una idea muy aproximativa, y siempre formulada en términos evasivos, casi ambiguos ... Cuando había triunfado en todas las pruebas y escalado todos los grados de la enseñanza hierática, “se lanzaba corriendo al oído del adepto esta temible revelación: **“OSIRIS ES UN DIOS NEGRO”**. Esto tenía lugar en Egipto, donde la insondable Unidad se manifestaba en el Ternario **OSIRIS-ISIS-HOROS**. Pero todos los demás templos dorios tenían una fórmula análoga, y el color negro era atribuido al Dios macho, esposo de la Vida Universal: **ISWARA** en la India, esposo de **PACRITI**; **EL ELION** en Siria, esposo de **IONAH**; en Israel, **JOD**, esposo de **HEVAH**; o **SHADDAI**, esposo de **SHADDEH**; en Hélade, **ZEUS PADRE CELESTIAL**.

(Resumen del plan de conjunto de la Serpiente del Génesis).

- Jeroglífico de la Luna, poesía de Saint-Yves.
- La muerte es el nacimiento del hombre espiritual.
- Las recaídas, cuyo principio ocasional es el **KARMA**.
- Se corre riesgo de recaídas en el momento de las reencarnaciones, cuando se lucha contra los cuatro torrentes elementales (véase Seuil, pág. 136). Luego no se puede descender más que a las formas animales y sólo excepcionalmente; pues, para descender más abajo, habría que submultiplicarse, y la fusión es perfecta entre los Elementales cuya adición andrógina ha creado la entidad humana y constituido la mónada superior.
- Torrente de las generaciones (la Torre y el río, vértigo...).

(Fin del texto de Stanislas de Guaita, reanudación del texto de Oswald Wirth.)

XVIII. LA LUNA

Entre la noche reveladora de los misterios (**XVII**, las Estrellas), y la plena luz de la inteligencia (**XIX**, el Sol), se sitúa el dominio equívoco de la penumbra deformadora de la **LUNA (XVIII)**. La intuición adivinatoria, lo que el alma percibe durante el sueño (Estrellas) y la razón serena (Sol) tienden a hacernos descubrir la verdad; pero, mezclando todos estos datos, nuestra caprichosa imaginación (Luna) nos hace caer en el error. Nos engaña cuando damos a las apariencias una falsa realidad, pero nos confunde todavía más peligrosamente ayudándonos a figurar objetivamente lo que es abstracto. Al representarnos

las cosas a nuestra manera, creamos un mundo de imágenes, en cuyo seno nuestro espíritu se complace, aunque esté poblado de ilusiones y quimeras.

Y nos eternizaríamos así en la ilusión, si la vida no tuviera cuidado en instruirnos por el dolor que resulta de nuestros desprecios. A fuerza de equivocarnos y de sufrir el castigo de nuestros errores, nos dirigimos hacia el estrecho sendero que serpentea a través de las trampas de la existencia. Un sudor de sangre riega este camino de la vida humana, como nos dice la llave 18 del Tarot. Es el camino de las almas que se liberan penosamente de las opresiones de la materia sufriendo las pruebas de la iniciación terrestre.

Bordean primero un pérfido pantano, centelleante de reflejo lunar. Los espíritus indolentes sufren la fascinación y se dejan deslizar, para hundirse en el fango de las opiniones recibidas. Pero sólo escucharán, sin embargo, el concierto de los batracios que parecen dirigir sus ofrendas a la luna. Así se pudren en el agua estancada los esclavos de las ideas aceptadas que se unen a los prejuicios de su medio ambiente, sin imponerse el esfuerzo con vistas a la conquista independiente de la Verdad.

Para atravesar la ciénaga, hay que dar efectivamente prueba de independencia, de bravura incluso, pues hay dos perros, uno blanco y otro negro, que amenazan a los timoratos. Son los guardianes de los dogmas establecidos en el dominio de la fe y del sentimiento (perro blanco de la izquierda), y de los de materia social y política (perro negro de la derecha).

De estos dos cancerberos, el más grande (negro) está acostado, adhiriéndose a la tierra como signo de positivismo; el otro (blanco) se erige sobre sus patas por pretensión a la intransigencia idealista. Ambos ladran con furor, para impedir la entrada a los campos ilimitados donde la imaginación corre el riesgo de perderse; pero no se atreven a morder al caminante, que, desdeñando sus aullidos, se interna con paso seguro entre las dos temibles fortalezas, columnas de Hércules erigidas en los confines del mundo desconocido.

Son dos macizas torres cuadradas, de las cuales una, la de la derecha está iluminada. El que la habita detiene al temerario dispuesto a aventurarse en lo desconocido. Con caridad le advierte de los peligros de un terreno lleno de trampas donde nadie se arriesga sin exponerse a equivocarse para siempre, como en un laberinto inextricable. Pero, si la fascinación de Hécate puede sobre su elocuencia, el centinela se calla, retoma su guardia y le deja pasar.

De la torre obscura, la del misticismo, escapa una sombra que se une a los pasos del obstinado peregrino del misterio. Se esforzará en alejarle de los pasos dados en falso y de hacerle evitar las caídas de las que no podría levantarse, y de sostenerle cada vez que su equilibrio está comprometido. En todas las iniciaciones, un guía invisible dirige así al recipiendario, que, sin la ayuda de este ángel guardián, no podría cumplir el ciclo de sus pruebas.

Éstas enseñan a vencer los Elementos, para conquistar la luz que anuncia la Estrella de la Mañana. Comienzan por una peregrinación a través de un espeso bosque, guarida de

temibles fieras. Dante se introdujo en él, hacia la mitad del camino de nuestra vida, cuando era mediodía, como lo exige el ritual. El estrecho sendero que sigue está lleno de obstáculos, bordeado de agresivas dificultades, que alternan con precipicios o pérfidos hoyos. Conduce a un infernal precipicio, de donde habrá que subir a una abrupta cima, para caer finalmente en un claro en que los espectros se libran en encarnizados combates. Así se alcanza el río impetuoso que habrá que franquear a nado para purificarse y alcanzar la orilla del discernimiento.

Terrestre o infernal, la carrera del místico ávido de luz corresponde a la ruta celeste que siguen los astros vagabundos recorriendo el orbe de las constelaciones zodiacales. El Sol se distingue de los planetas por lo fijo de su trayecto, mientras que la Luna, enemiga de la línea mediana, es llevada por su capricho a ganar el Zenit, después de haberse dignado apenas a elevarse por encima del horizonte. Tiene, sin embargo, prohibido sobrepasar la línea de los Trópicos, marcada por los puntos extremos que visita el Sol en la época de los solsticios.

Estas estaciones no podrían ser mejor recordadas que por las torres del arcano **XVIII**, de las cuales sólo una está iluminada, porque el Sol no podría acercarse a uno de los solsticios sin que el otro cayera en las tinieblas. El solsticio de verano coincidía antiguamente con la *Canícula*, período del año en que el Sol aborda los *Perros Celestes*, el grande y el pequeño; cuyos astros principales son Sirius y Procyon. Con sus ladridos, estos animales pretenden impedir a la Luna salir de la Zona de la elíptica.

Pero los perros del cielo, esos fieles reguladores de la imaginación, se encuentran próximos a Cáncer, constelación que los astrólogos asignan como domicilio de la Luna. Intervienen, pues, cuando la fantasía puede creerse maestra soberana. Sus advertencias se inspiran en ese sentido común que asigna límites a las extravagancias permitidas.

Al llegar a Cáncer, el Sol cesa de elevarse, parece mantenerse temporalmente en su altura máxima, y después declina hacia el Ecuador. El dios del día aporta, pues, una sabia moderación en su triunfo, vuelve por sí mismo al equilibrio y no abusa de la victoria que ha tenido sobre la noche. La razón también debe ser utilizada en relación con la imaginación. La luz plena no se desprende solamente de las conclusiones lógicas extraídas en corrección de las constelaciones más juiciosas. El Sol sabe que existen cosas que él no ilumina, y por ello encuentra en Cáncer un signo de conversión ∇ . Llegado al término de su ascensión, cambia de objetivo para inaugurar su descenso, el del hombre a la vida terrestre, como el del iniciado preocupado en profundizar en los misterios.

A ejemplo del Sol, y a instigación de la Luna, cuya influencia es decisiva sobre el Cáncer, se convierten igualmente en su momento las esencias espirituales que evolucionan en el seno de la materia. La caída comporta en efecto promesa de redención, bajo una forma de necesidad innata de levantamiento que excluye toda decadencia definitiva de la criatura. Expulsada del Edén por una falta prevista en el programa del Creador, se agita en la obscuridad para conquistar penosamente la luz redentora. Condenada al trabajo

sistemáticamente ingrato, lucha meritoriamente, embaucada en las apariencias engañosas. Pero el error no es indefinido; equivocaciones y sufrimientos la desenmascaran poco a poco, provocando finalmente esa vuelta sobre sí misma ♁, que abre la puerta de la salud.

Remarquemos que el *Cangrejo* se mantiene sobre la superficie del pantano del arcano **XVIII**, purifica el agua en lo que tiene de corrompido. Pues, el agua es símbolo del alma. No debemos pues dar un sentido negativo al voraz crustáceo al que los imagineros del Tarot dieron el color rojo, como signo de actividad. Es un factor de regeneración, como el escarabajo sagrado que, en el zodiaco egipcio, ocupa el lugar de Cáncer.

Oponiéndose a toda corrupción cenagosa, el Cangrejo encarna de alguna forma el espíritu vivo del pantano de la superstición. Su marcha hacia atrás le hunde en el pasado, que deposita sobre él el calcáreo petrificante de la tradición. Pero, en virtud de su vitalidad, el crustáceo lanza su caparazón protector cuando conviene renovarlo. Siempre que encierra la vida, no hay que desesperar de las formas supersticiosas. Contienen al espíritu que es su juez y sólo las guarda cuando tienen su razón de ser. No demolamos nada prematuramente, porque la renovación se opera cuando llega la hora.

Además, ¿no es de sabios respetar lo que es antiguo?. Las ruinas se vuelven sagradas cuando el alma del pasado se liga a ellas. Evocan a los desaparecidos que instruyeron a los vivos, pues, hablando a los sentidos, la materia inerte, hace al espíritu atento. Nada está muerto para el que sepa comprender. Pero, ¿qué hay que escuchar, si no es la palabra que retumba a través de las cosas?.

UTNAPISHTIM, el Noé Caldeo, supo percibir este Verbo enigmático advirtiendo de la resolución fatal tomada por los dioses.

El murmullo de las cañas le transmitió el mensaje de Ea, la Sabiduría suprema. Seamos también accesibles a las ondas reveladoras por una juiciosa educación de nuestras facultades imaginativas. Pues, si la imaginación nos aleja a menudo, si es la más fecunda generadora de los errores humanos, la seductora que quiere objetivarse, revestir de formas tangibles aquello que es sutil o abstracto; si procede de la Eva de la caída, tiene también algo de la Mujer cuyo pie se posa sobre la cabeza de la Serpiente materialista. Clarificada, restituida en su pureza original, sólo puede dar nacimiento al Redentor, a esa plena luz que debe sacar al mundo de la incomprensión, fuente de todos los males.

Pero la diosa que simboliza al astro de las noches es bienhechora, aunque no prodigue sus dones más preciosos. Dispensadora del rodio, Tanish reanima lo que Baal ha quemado. Mientras el razonamiento cruel impulsa a la desesperación, existen ilusiones que nos ayudan a vivir. Destruirlos es un crimen que nunca cometerá el iniciado, pues respeta las intenciones de la Madre universal, que trata a las criaturas como hijos, mientras no hayan alcanzado la mayoría espiritual.

* * *

Aunque se pone materialmente a nuestro alcance, la Naturaleza sin embargo no se equivoca jamás. Nada de lo que nos muestra es mentira, y tampoco lo que nos da a entender. Es la eterna reveladora; pero nos hemos empeñado demasiado en emanciparnos de su tutela negándonos a escucharla. Librados a nuestras presunciones, adquirimos a nuestra costa una ciencia incierta, basada en la experimentación, mientras otros métodos nos iniciarían de golpe en los secretos de la Artemisa frigia, siempre dispuesta a confiarse a aquellos que la interrogan con piedad.

¿Cómo los primitivos adivinaron aquello que, orgullosos, queremos ignorar?. Desde que la tierra está habitada, sus fetichistas manejan una fuerza apenas sospechada por los civilizados del saber enciclopédico. Permaneciendo cerca de la naturaleza, el salvaje es nuestro maestro en práctica oculta, sólo porque, sin complicar nada, se deja guiar con candor por la gran iniciadora.

Nuestras iniciaciones, es verdad, exigen del recipiendario una vuelta al estado natural. Con este espíritu el ritual masónico prevé el *despojo de los metales*; pero la formalidad obligatoria es sin virtud sacramental o mágica, aunque todo lo que sigue permanece en el dominio del simbolismo: Iniciado únicamente según la letra muerta de la tradición, el Franc-Masón es sólo el símbolo de un Iniciado. Para pasar del símbolo a la realidad, hay que vivir el ritual en verdad y espíritu, comenzando por el cambio radical de mentalidad que él simboliza, despojándonos escrupulosamente de todo objeto metálico que poseamos. Esta imagen de renunciamiento a la civilización, equivalente en la iniciación cristiana a la declaración del catecúmeno, que declara renunciar al Príncipe de este mundo, a sus pompas y a sus obras.

Esta operación es mejor, para los zafios hijos de la naturaleza que para los demasiado artificiales civilizados. Ingenuos y confiados, acogen las ideas como les vienen y conciben una sabiduría que nosotros despreciamos sin razón, porque no se traduce en brillantes sistemas que nos ciegan con un falso brillo (como los metales).

Si nuestra imaginación no hubiera sido falseada, imaginaríamos con justicia, como pretendemos razonar correctamente. La debilidad de nuestra civilización es que sólo toma el razonamiento como reacción contra el reino demasiado absoluto de la imaginación. No se trata de volver a la tiranía de los augurios y de los adivinos, pero, sin una sana cultura de nuestras facultades imaginativas, estaremos intelectualmente cojos. El dominio de la Luna pide ser conquistado. ¿Cómo? Superando las pruebas de toda verdadera iniciación.

1°. *Despojémonos de nuestros metales.* Renunciemos a los engañosos bienes del mundo. Convirtámonos en pobres de espíritu. Olvidemos lo que hemos aprendido. Estemos intelectualmente desnudos y sencillos como el niño cuando nace.

2°. *Aislémonos.* Retirémonos en soledad; hagamos abstracción de lo que nos rodea y adentrémonos en nosotros mismos. Escuchemos al que habla en nosotros.

3°. *Elevémonos.* Desprendámonos de nosotros mismos. Sublimemos nuestro pensamiento: Planeemos sobre todo, despojados de lo que nos une a la tierra. Veamos las cosas desde muy arriba, como por el ojo mismo de Dios.

4°. *Descendamos de nuevo al nivel de los humanos.* Despreciemos sus disputas, sus luchas, sin ignorarlas, pues nada de lo que es humano debe sernos extraño.

5°. *Entremos en el río de la vida común.* Sus ondas nos limpiarán de toda mancha, con la condición de que sepamos resistirle. Vivamos la vida de todos, sin dejarnos llevar por la corriente de las ideas recibidas. Que nuestra alma sea lo bastante fuerte para permanecer serena, sustraída a las influencias inquietantes.

6°. *Asentémonos sobre la orilla de la firmeza.* Contemplemos lo que pasa, discerniendo de dónde vienen las cosas y a dónde van. Cuando permanezcamos inmutables ante lo que cambia, habremos cumplido la obra transmutatoria al blanco; poseeremos el Magisterio de la Luna, el de la Plata.

Hay que entender por esto esa *Sabiduría del Alma* que realiza las maravillas de la *verdadera magia*, de donde proceden las primeras manifestaciones del talento humano. En todos los pueblos fieles al estado natural, se han formado sabios que se han hecho escuchar, porque anunciaban el futuro y adivinaban cosas ocultas. Les debemos las creencias fundamentales de la humanidad, la idea de que todo está vivo y de que un único espíritu anima todos los seres. Han sido los primeros en practicar el arte de curar por métodos que nada poseen de científicos, pero que todavía en nuestros días son eficaces, en casos en que la ciencia médica confiesa su impotencia. Un fetichista nunca será uno de estos sabios; pero los brujos negros, rojos o amarillos no gozarían en su ambiente del prestigio de los taumaturgos, si ninguno entre ellos no hiciera milagros, muy naturales sin embargo.

Existen también iniciaciones formales en todos los primitivos. Los pieles-rojas tienen a este respecto usos típicos. En los *Ojibois*, todo adolescente deseoso de afirmarse como joven se introduce en los bosques solo y sin armas. Sólo se alimenta de lo que encuentra, soportando el hambre, la sed y las intemperies. Este régimen cansa rápidamente a las naturalezas que los *manitous* (espíritus) no seleccionan secretamente. Como no se sienten llamados, se reúnen en su choza familiar, satisfechos de haber cumplido el retiro tradicional.

Otros tienen menos prisa: Por el aislamiento y el ayuno, tienen visiones y creen escuchar voces misteriosas. Se mantienen entonces lejos de los hombres, pues no se sienten atraídos a entrar en el pueblo. Cuando se deciden a ello, es para ir directamente al padre brujo local, al que relatan minuciosamente todos los incidentes de su entrada en relación con los *manitus*.

El brujo aprecia el valor de estas manifestaciones. Si le parecen denotar aptitudes profesionales, somete a continuación a su interlocutor a una prueba que decidirá su entrada en la carrera iniciática.

Provisto de sus utensilios de caza, el candidato vuelve al bosque en busca de la caza que le ha sido encomendada. Si vuelve con la bestia deseada, el índice es excelente y el brujo ya no duda en cogerlo de aprendiz. Durante largos años, el alumno servirá al maestro, atendiendo a sus necesidades de caza. En intercambio, el discípulo es instruido gradualmente sobre todo lo que puede saber un brujo. Aprende a reconocer las plantas mágicas y no tarda en iniciarse en su empleo. Lo más importante para él es desarrollar su sensibilidad física en detrimento de los apetitos y de la sensualidad. El adepto piel-roja no experimenta ni hambre, ni sed, ni frío, ni calor, ni cansancio, ni dolor. Vive en una especie de extereorización de la sensibilidad que le pone en relación con sutiles influencias. Sintiendo lo que el vulgar no siente, obedece a misteriosos impulsos, que, en su convicción, le vienen de los manitus por los que sabe hacerse escuchar. Este misticismo tiene sus peligros y se concibe que pueda degenerar en brujería en el peor sentido de la palabra. Este es extrañamente el caso de los “hombres de la medicina” del Nuevo-Mundo, en razón del espíritu religioso que los anima. Son padres-médicos, videntes y taumaturgos. Cuando se reúnen para admitir en su corporación al aprendiz-brujo instruido y entrenado, el cielo tiene que estar azul sobre el recinto en que se realizan los ritos que confieren la plenitud de los poderes mágicos. Si las nubes se interponen entre la Tierra y el Gran Manitu celeste, las conjuraciones dispersarán el obstáculo y, si éste se niega a disiparse, la recepción se retrasará.

¿Nos reiremos de estas prácticas, nosotros que nos jactamos de nuestra sabia ignorancia? Física y química nos apartan de los misterios del alma, aunque neguemos estúpidamente la realidad que nos rodea y nos domina. Los salvajes y los hombres sencillos, ¿habrían escogido la mejor parte del saber humano?.

¡Divina Hathor! Reserva tu leche a los hijos del espíritu. Sepamos renacer al candor de la edad primera, si queremos entrar en el reino de la luz.

FIN

**del manuscrito dejado por
STANISLAS DE GUAITA y OSWALD WIRTH**





NOTAS FINALES

CAPITULO I

LA GÉNESIS DE LA IDEA DEL MAL

“...Sepamos renacer al candor de la primera edad, si queremos entrar en el reino de la luz...”

Parece que antes de abandonar definitivamente su manuscrito, Oswald Wirth haya querido mostrar a sus discípulos la vía que debían seguir para continuar el estudio del Problema del Mal. Yo tampoco dejaré de dar forma a esta indicación...

Verónica, mi última hija, tiene ahora veinte meses. Ha dejado de ser un bebé vegetativo, y es ahora una niña sólida y voluntariosa, cuyos contactos con el mundo y los hombres no han sido todavía adulterados por la influencia de padres y maestros. Estudiando sus reacciones podemos encontrar el Mal en estado bruto. Es fácil observar que lo que para el niño representa la primera idea del Mal es el sufrimiento. A medida que la inteligencia se va desarrollando, el sufrimiento reviste aspectos diferentes. Éstos se van sobreañadiendo hasta constituir un fondo de complejos fisiológicos y psicológicos que será la base sobre la cual, en el umbral de la primera infancia, comenzarán a edificarse las nociones metafísicas elementales relativas al Mal abstracto.

El sufrimiento instintivo del recién nacido, muy físico, posee dos aspectos: Contacto con lo que es desagradable, privación de lo que es agradable. Un aspecto positivo y un aspecto

negativo con respecto a los cuales las reacciones infantiles son idénticas: Lloros y gritos. Aunque este período es por otro lado bastante corto. Con su primera sonrisa, el niño se da cuenta de que existe un “suyo”, diferente a todo el “no-suyo” que le rodea. De esta individualización, de esta limitación procederán los nuevos aspectos del Mal.

La tendencia natural del niño le lleva a agrandar su campo de autonomía hasta que llega a comprender todo el mundo visible. En la limitación de esta autonomía expansiva va a crecer la noción de sufrimiento, mantenida hasta ahora en los límites carnales del cuerpo.

Limitación física. - Todos los objetos parecen, con la experiencia, enemigos cuyo único fin es detener la carrera de este pequeño cuerpo fogoso que parte a la conquista del mundo. Se encuentra a gusto cerca de la estufa que arde, pero le quema cuando quiere coger las estrellas que brillan o la placa de mica. Le gusta estar en el jardín, pero un escalón traidor le hará caer contra la puerta entreabierta. Papá está refugiado en la biblioteca. Interpone entre su hija y él una inmensa puerta.

Verónica se acerca, pega su nariz contra el cristal. Papá está ahí, muy cerca. Basta con extender la mano para tocarlo, pero su manita se desliza en vano por el vidrio. El aprendizaje de las trampas del mundo físico es rudo, y el pequeño aprendiz-brujo vierte muchas lágrimas cuando los numerosos objetos de su dominio escapan a su imperio absoluto e impaciente.

Limitación moral. - En el niño, el instinto de posesión personal aparece bastante pronto, independientemente del instinto físico primitivo. Un juguete, un adorno, forman parte integrante de su personalidad. La noción de separación, de limitación, se impone desde fuera. En esta limitación el sufrimiento moral va a nacer. Todo lo que le rodea pertenece naturalmente al niño. Cualquier atentado a esta propiedad es un aspecto del Mal, en su forma moral elemental. Pero, esta forma moral no comporta ninguna idea de pecado. Éste reposará más tarde en la comprensión subjetiva de un desequilibrio entre lo que debería ser y lo que es, entre lo que está permitido y lo que está prohibido.

El mundo moral del niño no es co-extensivo al mundo moral de la sociedad. Le quito a mi niña uno de sus juguetes sobre el que ella ejerce su soberanía tiránica. Asombro, protestas. He limitado su dominio, he atentado gravemente contra su personalidad. Tiene una noción muy neta de una disminución de lo que yo podría denominar su “espacio vital”. No de que el sufrimiento físico la detiene en su impulso. Un nuevo sufrimiento nace en ella, el sufrimiento de la limitación subjetiva. Yo he roto un acuerdo interior entre lo “suyo” y lo “no-suyo”, de donde se derivan el desequilibrio y dolor.

El mundo no ha sido todavía ampliado a otro, esta extensión parece ser más bien el origen del pecado en su acepción moral. Otra persona puede entrar en el despacho donde yo trabajo, coger un libro del estante, pero Verónica no se inquietará en absoluto con este

atentado que, para mí, constituye uno de los aspectos primarios de la idea del Mal⁵⁶. El Mal, para el niño, es una noción esencialmente personal, un atentado a su persona, fuera de la cual nada existe que sea digno de prestarle atención.

Sin embargo, en este pequeño mundo tan sencillo y natural, se va a introducir la primera noción del “pecado”. Aquí todavía encontramos originariamente la prohibición, la limitación...

“Come si quieres, del fruto de todos los árboles del paraíso. Pero del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas...”⁵⁷

Los dioses del reino exterior - papá, mamá- han promulgado la Ley limitativa por excelencia... “No comerás las frutas de la mesa del comedor...”. La tentación está ahí. Es fácil abrir la puerta detrás de la cual se encuentran los tesoros del jardín del Edén, especialmente el azucarero.

Verónica se asegura de que nadie la mira. “Sabe” – no por razonamiento, sino por prohibición de la Ley de los dioses- que está prohibido comer del fruto prohibido. Abre suavemente la puerta, levanta la tapa, coge un terrón de azúcar, cierra la tapa y cierra la puerta. Nadie la ha visto. Pero ha pecado gravemente, **LO SABE...** Entonces, sin vergüenza, enseña el terrón de azúcar entre sus dientes y, sonriente y vergonzosa, orgullosa de su audacia y temerosa de los resultados, se detiene ante los ojos de los dioses, con sensación de pecado y vergüenza. Imagino que un sentimiento parecido debió animar a Adán y Eva en su primer pecado.

Por esta infracción voluntaria a la Ley estamos en el límite del pecado metafísico, del pecado del orgullo. El niño siente con viveza la impresión de haber realizado un acto prohibido. Deduce de ello que su valor no tiene límites y le asegurará la posesión del mundo, a pesar de los dioses.

Adán y Eva debieron experimentar el mismo entusiasmo cuando no pudieron resistirse a la atracción del fruto prohibido.

En el fondo de esta atracción, encontramos todavía la sensación de un aumento de nuestra autonomía. Agrandamos los límites de nuestra personalidad y de nuestra acción con el mundo exterior...

“Sabe, empero, Dios que, en cualquier tiempo que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses...”⁵⁸

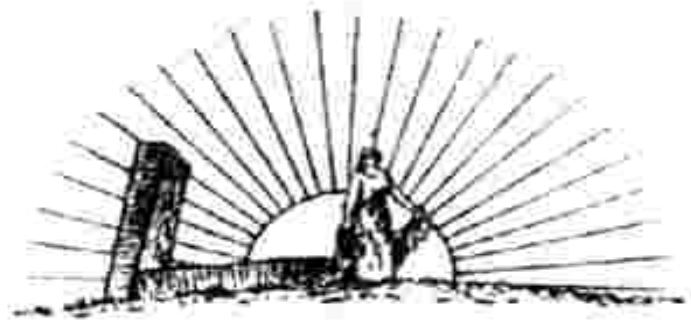
⁵⁶ En la medida, naturalmente, en que yo poseo todavía la debilidad de estar atado al valor de la propiedad privada.

⁵⁷ Génesis, 16, 17.

⁵⁸ Génesis, 3, 5.

La fase de la infancia vegetativa se ha superado. Los padres, los maestros, los curas unirán sus esfuerzos y el pequeño hombre, despojado de su naturaleza real, conocerá tristemente los rigores de la Ley metafísica⁵⁹.

“...He oído tu voz en el paraíso, y he temido y llenándome de vergüenza porque estoy desnudo, y así me he escondido...”⁶⁰



⁵⁹ Es curioso notar que los sucesivos pasos del espíritu del niño coinciden exactamente con los pasos del budismo en la detección y la abolición del Sufrimiento (Cf. infra. Pág. 129).

⁶⁰ Génesis, 3, 10.



CAPÍTULO II

EL PROBLEMA DEL MAL EN LAS RELIGIONES DE FORMA SENTIMENTAL

“Establezcamos inmediatamente el brutal principio: No existen doctrinas consoladoras y verdaderas a la vez...”⁶¹

Esta axioma es la piedra de toque que permite distinguir las religiones de forma sentimental: Cristianismo, budismo, de las religiones de forma metafísica: Vedantismo, taoísmo.

Otras religiones como el judaísmo, el islamismo - o las desviaciones religiosas comúnmente llamadas herejías: Gnosticismo, y sus derivados- participan más o menos de las dos primeras formas, asegurando una especie de unión entre las grandes corrientes del pensamiento humano. Por último, acentuando su empresa a medida que se desarrollan las posibilidades técnicas del mundo moderno, el racionalismo seduce cada vez más a la inteligencia. Racionalismo científico, deísta o ateo, racionalismo filosófico...

No pretendo estudiar detalladamente todas estas manifestaciones del espíritu, en busca de la verdad por la que se piensa alcanzar la salud. Numerosas obras han sido descritas por los filósofos más sagaces de todos los tiempos o de todos los países, sin que la cuestión haya sido resuelta de modo distinto al del secreto de la razón individual, por mucho que las apariencias puedan decir lo contrario.

⁶¹ MATGIOI en: *La Gnose*, julio-agosto, 1910, pág. 178.

Limitar mi ambición a describir rápidamente los principios de las formas religiosas que nos son más fácilmente accesibles y a la manera en que el Problema del Mal, de la Caída, del Diablo, se inserta en el plano general de estas religiones. Las conclusiones tradicionales que comportará esta exposición de conjunto no tendrán en absoluto la pretensión de querer imponerse al lector con la fuerza irresistible de una creencia o de una demostración. Debemos evitar caer en los efectos que reprochamos a la mayoría de las religiones, sobre todo cuando proceden de una revelación. El sentimiento me parece ser, en materia de religión, una desdeñable desviación de la inteligencia. Admito, sin embargo, que la mayoría de los hombres apelen con todas sus fuerzas a las “doctrinas consoladoras”. ¿Por qué turbarlos en sus errores, si éstas les dan paz y los hacen fraternalmente compasivos con el resto de los hombres? Tienen ante sí toda la eternidad, con respecto a la cual sólo cuentan unos cuantos años de una miserable vida humana.

* * *

Cristianismo

El Cristianismo es, por excelencia, la religión del pecado.

“De hecho, la palabra pecado está de tal manera unida al Cristianismo, que es difícil utilizarla en otro sentido, sin definir primero este otro sentido... ¡El pecado está tan ligado a nosotros! Vivimos únicamente en el pecado, aunque no lo veamos...”⁶²

Excepto algunas excepciones, en todo cristiano existe un maniqueo que se ignora. Bien sé que en el origen un Dios único preside los destinos del Universo. Pero, rápidamente, en todos los cristianos a medios que constituyen la gran masa de los discípulos del Nazareno nace y se desarrolla la idea en principio, la sensación casi física luego, de una potencia maligna, de un adversario, de Satán. Satán opone a Dios en todos los planos. Satán que ha realizado el acto más bello de sabotaje que un refractario haya realizado jamás, porque ha arruinado la obra divina en su más noble creación: el Hombre.

“¿De dónde vienen... el mal y el sufrimiento?. No de las realidades mismas, sino de que esas realidades, el cosmos y el alma, están cautivas de las potencias malignas, que Pablo llama Muerte, Pecado, Satán. No se trata entonces de disolver el mundo y el ama, sino de liberarlos. Aquí se encuentra el fundamento del optimismo cristiano, que se manifiesta en su actitud positiva con respecto a la creación y que ha marcado a la civilización occidental. Esta liberación, obra de Jesucristo, es precisamente la solución cristiana al problema del mal y del sufrimiento. Nosotros lo denominamos el misterio de la Redención...”⁶³

⁶² Revista *Dieu Vivant*, núm. 4, págs. 113 y 126.

⁶³ Jean DANIELOU: “Le Yogi et le Saint”, en *Etudes*, diciembre 1948, pág. 299.

No retomaré la demostración presentada en los capítulos precedentes por Stanislas de Guaita, contentándome con suministrar algunos argumentos diferentes destinados a eliminar de manera suplementaria esta cuestión.

Si, desde el principio, el pecado no hubiera existido, el Cristianismo no habría tenido ocasión de desarrollarse. En la bondad e integridad de la obra divina la Creación tenía que producirse un fallo, un ángel debía rebelarse - el más hermoso y el más inteligente - y el Hombre tenía que pecar para que un día Dios enviara a su hijo a morir en la cruz, para liberar así el pecado de Adán. Desde el principio, la Creación, la Manifestación, mancillados con una inefable mancha, exigía la Redención por la Crucifixión del Hijo de Dios. No sólo por esbozar una bella antítesis algunos textos aseguraron que la Cruz fue erigida, sobre el Calvario, en el mismo lugar en que reposaba el cráneo de Adán. De este modo se cierra el ciclo. Bajo los pies sangrantes, aplastado quizá por el madero sagrado, el cráneo del primer pecador- el más grande de todos, pues nos ha llevado a todos en su caída- recibía la absolución de la pesada falta y podía por fin pretender la Vida Eterna.

Los cristianos olvidan demasiado a menudo el misterio de la Trinidad cuando hablan del misterio de la redención. Dios nos ha entregado a su hijo. Pero el Hijo es una hipóstasis de Dios-Uno lo mismo que el Padre y el Espíritu. Jesús, en la Cruz, es también el Padre en la Cruz.

Asistimos a una especie de suicidio divino como consecuencia de la identidad de la hipóstasis y como continuación a la imperfección de la criatura.

Ahora bien, de un sutil desplazamiento de las responsabilidades, el cristiano no atribuirá el defecto de fabricación al obrero divino, sino al material humano. Si el formón o la batidera no sirvieran y estropearan el prototipo, el error sería de la piedra o la madera, no del artesano. O mejor aún, la piedra injuria gravemente al cantero que debe ser castigado por su rebelión...

“Lo que constituye el pecado como tal, es lo que lo distingue del acto fallido... no es de ninguna forma el hecho de no tender a su fin - de ser un peccatum, un paso en falso- en cuyo caso dispondríamos de él y ya no sería pecado. Pero es ofensa a Dios, es sacrilegio. Aquí está lo que le da su carácter absolutamente irreparable, irrevocable...”⁶⁴

Si aceptamos el pecado original, debemos también aceptar todas sus consecuencias. Si pensamos sinceramente que el primer hombre sucumbió a la tentación es normal que su descendencia soporte su peso. Adán tomo un préstamo reembolsable en la eternidad. Por él hemos conocido la vida y sus dulzuras, por él participamos un día de la eterna beatitud, y es pura justicia pagar los intereses del préstamo, por muy pesado que resulten. El verdadero cristiano no falta a su deber. La primera expiación del pecado paternal, es el sufrimiento físico. Nos abruma con variados males, y, después de habernos atormentado bien, nos

⁶⁴ Jean DANIELOU: “Discussion sue le peché” en *Dieu Vivant*, núm. 4, pág. 93.

conduce al rescate supremo: La muerte. Si al menos pudiéramos, a fuerza de penosas experiencias aunque fructuosas, comprender la palabra de la aventura, quizá tendríamos la certidumbre de escapar al infierno que nos acecha. No. Desde hoy, en el espacio de un guiño de ojo debemos recuperar la salud...

“Después de la muerte, en efecto, la disposición de la voluntad en el alma ya no cambia”.⁶⁵

En estas condiciones, comprendo la posición de Pascal, insostenible para cualquiera que no sea cristiano...

“¿Quién culpará pues a los cristianos por no poder dar razón de sus creencias, ellos que profesan una religión de la que no pueden dar razón? Declaran, al exponerla al mundo, que es una tontería, stultitium; y además, os quejáis de que no puedan probarla. Si la probaran, no cumplirían su palabra: Al faltarles las pruebas no carecen de sentido... Dios es, o no es. Pero, ¿de qué lado nos inclinaremos?. La razón no puede determinar nada de esto: Existe un caos infinito que nos separa. Se juega un juego, en el extremo de esta distancia infinita, en que llegará la cara o la cruz. ¿Quién ganará?. Por la razón, no podemos hacer ni uno ni otro; por la razón no podemos deshacer ninguno de los dos... hay que apostar. No es voluntario, estamos embarcados. ¿Cuál de los dos elegiremos?. Veamos. Como hay que elegir, veamos que nos interesa menos. Tenemos dos cosas que perder: Lo verdadero y el bien, y dos cosas que ganar: Nuestra razón y nuestra voluntad, nuestro conocimiento y nuestra beatitud; y nuestra naturaleza tiene dos cosas de las que huir: El error y la miseria. Nuestra razón no está herida, eligiendo una o la otra, porque hay que elegir. Éste es un punto vacío. ¿Pero nuestra beatitud?. Pesemos la ganancia y la pérdida, escogiendo cruz que es Dios. Estimemos estos dos casos: Si ganamos, ganamos todos; no perdemos nada. Ganamos pues sin dudarlo...”⁶⁶

Para el que limita la vida entre el nacimiento y la muerte, la apuesta de Pascal es la única posición intelectual lógica. Incluso si no creemos en Dios, si nuestra existencia debe terminar completamente con el último suspiro humano, no debemos dudar.

Lancémonos a los brazos de ese Dios que ignoramos, que no comprendemos. Lancémonos, incluso y sobre todo si no creemos en ello. Pascal lo dice algunas líneas más abajo, en frases que nos chocan, pero que son la expresión de *su verdad*...

⁶⁵ Santo Tomás. “De Malo”, qu. 5, art. 3, c. cité en “Etudes Carmélitaines”, *Satán*, pág. 55.

⁶⁶ PASCAL: *Pensamientos* (Ediciones de la Pleiade, pág. 953).

“Vais hacia la fe, y no conocéis el camino; queréis curaros de la infidelidad y pedís el remedio: Aprended de aquellos que han estado unidos como vosotros, y que apuestan ahora todo su bien; son esas gentes que saben el camino que querriais seguir, y curaros de un mal del que querriais estar curados. Seguid por donde ellos han comenzado: Haciendo todo como si lo creyeran, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc. Naturalmente, incluso esto os hará creer y os embrutecerá. Pero, eso es lo que temo. ¿Y por qué? ¿Qué tienes que perder?...”⁶⁷

No soy de esos que se burlan de esta frase equívoca: **“Esto os hará creer y os embrutecerá”**. Encuentro aquí por el contrario la expresión más vigorosa, más dolorosa también, del cristianismo llegado a la cima de su carrera en el hombre. Lanzaos a los brazos de Dios, Echaréis allí al mismo tiempo vuestros pecados perdonados, vuestros sufrimientos apagados, vuestras angustias olvidadas...

* * *

A lo largo de la evolución del cristianismo - pues, a pesar del dogma hay que admitir como hecho histórico que el cristianismo contemporáneo no es el cristianismo de los apóstoles - el Problema del Mal ha variado. Primitivamente, y casi hasta el fin de los tiempos modernos, el cristiano que quería su salvación debía luchar contra un adversario muy determinado, tan real, tan inmediatamente presente como los demás hombres entre los que vivimos. El Diablo, Satán, es un ángel caído, por supuesto, pero todavía conserva las suficientes cualidades angélicas para seducir a los pecadores en potencia o en acto que somos todos, más o menos. En su primera septena, **“del templo de Satán”**, Guaita ha estudiado estos aspectos casi antropomórficos del demonio. Hoy en día, el Diablo ha evolucionado, y es más un concepto que un ser dotado de existencia real e independiente.

“Entre esos que se dicen, y se piensan y se quieren, fieles a las enseñanzas de la Iglesia, se encontrarán muchos que no tienen dificultad en reconocer que no aceptan creer en la existencia de “Satán”. Otros sólo se deciden a la condición de interpretar esta creencia de forma simbólica, identificando al demonio con el Mal (las fuerzas malignas, el pecado, las tendencias perversas de la naturaleza caída), al que confieren una especie de existencia propia, desligada de todo soporte, de todo ser personal subsistente...”⁶⁸

Así caemos en la trampa más sutil que el Diablo pueda tender al hombre: Hacerse negar. Uno de los índices más seguros de la completa posesión diabólica, según el verdadero

⁶⁷ PASCAL, op. cit., pág. 957.

⁶⁸ “Etudes Carmélitaines”, *Satán*, pág. 28.

cristiano, es la negación del Diablo como ser autónomo. ¿No es mejor, por la lucha y la salvación, lanzar el tintero a la cara del Diablo?.

“A la edad a la que he llegado, no existe nada que me pique o me preocupe, excepto la persecución del diablo, que deambula conmigo por mi dormitorio y se ríe ferozmente de mí...”⁶⁹.

* * *

Numerosos buenos cristianos - más cercanos a las enseñanzas de Cristo que a las de su Iglesia- han sentido la imperfección del sistema. Han intentado conciliar el dogma y el sentimiento, arriesgándose a caer en el error (desde el punto de vista católico, naturalmente).

Si el pecado es una limitación - por Dios al principio, y por el hombre después- de nuestras posibilidades de extensión, si es esencialmente la consecuencia de nuestra falsa autonomía en oposición a la total autonomía divina, que, para la validez de la condena definitiva, el hombre posea pleno conocimiento de los motivos y consecuencias de sus actos.

“El posible error hace posible el pecado; la mala voluntad efectiva hace, sola, al pecado efectivo. Nadie conoce el pecado sin errar mucho, pero nadie será condenado por un error no culpable...”⁷⁰

Por un rodeo inesperado, nos volvemos a encontrar con la apuesta de Pascal. El hombre no ha querido pedir cruz. Ha apostado cara en un acto de locura de ateísmo negativo. Qué importa que su ignorancia le ha engañado, si él actuaba de buena fe⁷¹.

“El espíritu humano puede, en último término, dudar de Dios de buena fe; no hay nada que diga, a priori, que un ateo de buena fe, de una ignorancia no culpable, no pueda salvar su alma al servicio del Bien, es decir, de Dios. Pues el Bien es todavía uno de los nombres divinos al ser considerado como un Absoluto al que nos sacrificaríamos, estimándose a sí mismo esencialmente retribuido por el hecho mismo de ese don total realizado en el amor a la justicia y en la justicia del Amor”⁷².

“Y sin duda, es la ley de la caída; hemos sido engendrados en una carne corrompida; Dios no nos tienta más allá de nuestras fuerzas; la gracia es proporcional al peligro que nos acucia; ¿por qué hacernos los duros

⁶⁹ *Propos de Table de Martin Luther* (Ediciones de Pot Cassé, 1933, tomo II, pág. 13).

⁷⁰ “Etudes Carmélitaines”, *Satán*, pág. 73.

⁷¹ Es importante señalar aquí la noción de ignorancia, que tendrá una importancia primordial en las religiones orientales.

⁷² “Etudes Carmélitaines”, *Satán*, pág. 74, nota I.

con Dios?. Él siempre tiene razón; nosotros no podemos no equivocarnos”⁷³.

Sí, somos culpables. Pero no somos pobres hombres a los ojos del Dios omnipotente que, sin duda, para probarse a sí mismo su propio poder nos ha lanzado sobre esta tierra para conseguir en ella nuestra salvación eterna o nuestra perdición eterna en muy poco tiempo.

¿Nuestra perdición eterna?. Mirándola de cerca, parece que han sido los hombres los que han inventado esta idea, cuyo rigor absoluto excluye la absoluta autenticidad. El padre no podría lanzar a las llamas eternas a los hijos que él ha querido procrear enfermos de cuerpo y espíritu.

Porque algunos hombres se arrogaron de los privilegios divinos han traspasado en provecho de sus personas las prohibiciones y los sacrilegios.

Judas, el más infame de los hijos de Adán, el que llevó a Jesús – Dios - al suplicio de la cruz, Judas era necesario. Era necesario que Judas traicionara a su Señor para que se cumpliera la Redención necesaria.

Era un instrumento de Dios, y no el juguete del demonio. Existen fervientes cristianos que no creen en la condenación de Judas. Para ellos, el infierno no es más que ese vacío de corazón que un día colmara el amor divino.

Hemos vivido hasta ahora en el absoluto de nuestro sistema religioso. En el límite de la herejía - en la herejía - encontramos el relativo.

Un Mal necesario no es, no puede ser un Mal absoluto. Forma parte de la Creación lo mismo que el Bien. Tras el velo del dogma de los gnósticos han encontrado y propagado la idea de la relatividad del Mal. Ésta es también la universal salvación final. El que es, por el cual el Bien y el Mal son aspectos tan diferentes y no contradictorios de la Verdad-Una.



⁷³ Francois MAURIAC: *Sufrimientos y Felicidad del Cristianismo*, Ediciones Bernard Grasset, 1936, pág. 59.

Budismo

Pretender resumir y explicar en unas cuantas páginas el Budismo sería imposible. La filosofía búdica, por muy lógica que sea, presenta demasiados matices para un espíritu europeo, demasiados recovecos, sutilidades, para que resulte fácil, sin una larga preparación previa, definir con precisión sus términos en todos los sentidos que pudiera sucesiva o simultáneamente revestir. Sin embargo tomando como punto e partida - y de comparación - el pensamiento cristiano que nos es familiar, es posible esbozar los grandes rasgos de una doctrina que aporta la salvación a centenas de millones de hombres, por vías y medios totalmente diferentes a los que estamos acostumbrados a buscar en Occidente.

Hablando con propiedad, el Budismo no es exactamente una religión.

El Buda no es un Dios. Es un hombre, que nunca ha reivindicado otra cosa que no sea la condición humana. Si, al final del camino espiritual de Buda, encontramos la liberación, el mérito solo será nuestro.

“Sois vosotros quienes tenéis que realizar el esfuerzo, los Budas solo enseñan”⁷⁴.

El término “budismo” por sí mismo es una expresión específicamente oriental. Para designar la enseñanza de Buda, los orientales emplean la palabra “dhamma”...

“La palabra de Buda es llamada normalmente Dhamma. Ésta es un derivado de la raíz d’hara = resistir, o soportar. Dhamma, según los comentarios es: Aquello que se eleva por encima de los estados indeseables...

En palabras corrientes, la Doctrina es también llamada Dhamma porque permite realizar estados supraterrrestres. En otras palabras, el Dhamma es la verdad. Y es lo que es. Es la realidad. Aunque los Budas se manifiesten o no, el Dhamma existe.

Es un Buda que revela el Dhamma al mundo”⁷⁵.

La enseñanza de Buda es fundamentalmente adogmatizada y atea. En el origen del mundo, no se encuentra un Dios creador, sino el movimiento, la energía, la vida. El movimiento nos arrastra, la energía nos sostiene, la vida, por todas partes, siempre, brilla en todas las manifestaciones que nuestros sentidos pueden alcanzar: Minerales, vegetales, animales. También en aquello que es sólo accesible a nuestro espíritu. Si el Buda niega la existencia de un dios creador, sería inexacto decir que niega lo Absoluto. **“Existe un no-nacido, no-creado, no-formado”⁷⁶**. Pero se guarda bien de querer explicar lo inexplicable. Las

⁷⁴ Bodhicaryavatara. Citada por A. David-Neel, en *Le Bouddhisme*, Plon, editor, pág. 239.

⁷⁵ Dhammadapa. Citado por A. David-Neel, en *Le Bouddhisme*, Plon, editor, pág. 242.

⁷⁶ Sutta de l’Udana, en *La Pensée Bouddhique*, julio 1947, pág. 4.

especulaciones metafísicas sobre el origen y la esencia del Absoluto no tienen lugar en la Doctrina. El buda - un buda sería más exacto - lleva el mensaje a los hombres. Éstos lo recibirán o no. Esto es asunto suyo. Ninguna sanción externa al hombre está prevista para castigar las faltas de la Doctrina. La Ley del Karma, de los orígenes interdependientes, de estricta casualidad, se encargará automáticamente de ello. Ningún redentor, ninguna intercesión pueden eludir para un hombre las consecuencias de sus actos. Religión de hombres, enunciada por un hombre para los hombres, el Budismo, observando el transcurso incesante y multiforme de la vida, sigue exactamente las etapas por las cuales pasa el joven niño en contacto con las primeras manifestaciones del no-yo.

La enseñanza de Buda está resumida en el sermón de Benarés, cuyas conclusiones derivan lógicamente de las premisas con un rigor matemático.

El Buda, contemplando el mundo, encuentra por todas partes el sufrimiento...

“El nacimiento es sufrimiento, la decrepitud es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, la muerte es sufrimiento, estar unido al que no amamos es sufrimiento, estar separado del que se ama es sufrimiento, no tener lo que se desea es sufrimiento...”

Después de haber meditado sobre el sufrimiento, el Buda busca la causa...

“Es el deseo exigente siempre el que produce el renacimiento, acompañado por un cariño apasionado, una atracción por la vida de una forma o de otra, es decir, por el placer sensual, de la existencia o del aniquilamiento...”

El sufrimiento cesará por **“la completa separación del deseo, la destrucción de ese deseo, abandonarlo, renunciar a él, liberarse, desprenderse de él”**.

Y será el Noble Sendero de las Ocho Ramas el que nos conducirá a la destrucción del sufrimiento... **“los proyectos justos, los pensamientos justos, las palabras justas, los actos justos, los medios de existencia justos, el esfuerzo justo, la atención justa, la concentración justa...”**.

Si se lleva con más profundidad el estudio de la Doctrina, vemos a Buda designar la ignorancia como fuente de todos los males. El encadenamiento de las acciones y de las reacciones despliega sus anillos, ya sea para buscar lo que nos place, ya sea para evitar lo que nos hiere. Pero el hombre no ve que toda acción - cualesquiera que sean su punto de aplicación o el motivo - nos lleva irremediamente a la rueda de las existencias. Escaparemos a la acción, sólo si escapamos al deseo - positivo o negativo - y sólo escaparemos al deseo rechazando la ignorancia-ilusión. El conocimiento que necesitamos no será un conocimiento exterior, una regla dictada por Dios. Será esencialmente el conocimiento interior - que adquirimos a costa nuestra- de los actos que conviene cumplir y

de lo que es bueno de evitar para nuestro mayor bien, y para el de los demás seres. Pues el Budismo no es una religión de renunciamiento individual y de salvación personal.

El hombre está unido a todos los seres. La evolución de la masa está unida a su propia evolución. Salvándose, se salva a los otros; y los esfuerzos que hacen los demás, son en su propio beneficio.

Al final de esta vía infinita, el hombre encuentra su liberación, el Nirvana (en sentido estricto: acción de un soplo que pasa sobre una llama y la apaga) es la permanencia después de la impermanencia, la estabilidad después del desequilibrio, el propósito justo después del error, la otra orilla que se alcanza después de haber franqueado las numerosas dificultades del río de las vidas renacientes. Es sobre todo el supremo conocimiento que, destruyendo la ignorancia, nos protegerá para siempre del sufrimiento evitando con ello nuevos nacimientos.

* * *

Se comprende fácilmente que ante una doctrina así las nociones de Mal, de pecado, de infierno y de demonio pierden el sentido que estamos acostumbrados a darles.

No existe Dios creador, no existe la creación. El pecado original, consecuencia de una caída adámica, está ausente en el espíritu búdico.

Lo que comúnmente llamamos pecado no tiene lugar aquí. No podemos cometer atentado contra Dios, porque éste no existe. Si hay falta, sólo será quizá una falta individual, un incumplimiento con la Doctrina. Este incumplimiento no es culpable en sí mismo. Procede de la ignorancia, exactamente como el niño que se acerca al fuego que arde pero que ignora sus cualidades devastadoras. Después de algunas experiencias dolorosas, el niño, por sí mismo, evitará lo que le produce este sufrimiento...

“Nosotros creamos nuestra vida, creamos nuestro mundo, creamos nuestro karma. No olvidemos que la palabra “karma” procede de la raíz “Kar”, que quiere decir hacer, o actuar. La ley del karma... es, desde el punto de vista moral, mucho más implacable, mucho más inflexible, que todas las combinaciones de perdón o de castigo de las demás religiones. Realizamos voluntariamente una acción buena o mala, creamos de este hecho una causa que, inexorablemente, tendrá su consecuencia de efectos. Poco importa que nos arrepintamos o que estemos satisfechos. Los resultados se desencadenan y se desarrollan siguiendo la amplia indiferencia de los hechos naturales. Podemos quejarnos, llorar, maldecir, pero el curso inevitable de la acción cumplida se desarrollará metódica, mecánica, implacablemente...”⁷⁷.

⁷⁷ M LA FUENTE: “*Etudes sur le Dhamma II et IV*”, en *La Pensée Bouddhique*, abril 1947, pág. 19.

Para el cristiano, la muerte es la sanción del pecado original, su consecuencia natural. El Buda enseña que... *“morir, es la caída, el deslizamiento fuera de un estado; la disolución, el fin, el cumplimiento del término de existencia; la dispersión de los grupos; el abandono del cuerpo de este o aquel ser o de esta clase de seres...”*⁷⁸.

El ser conoce miles de millones de nacimientos y miles de millones de muertes antes de penetrar en el Noble Sendero Óctuple que le conducirá a la liberación. La muerte sólo puede convertirse en sufrimiento para aquel que todavía no ha comprendido la verdad de los renacimientos kármicos. Dicho de otro modo, abre la puerta a nuevas experiencias hasta el día en que, como el Buda, podamos decir:

“Y el saber y el conocimiento intuitivo profundo se elevarán en mí. Indestructible es la liberación de mi espíritu, éste es mi último renacimiento y ahora ya no habrá otra existencia...”⁷⁹.

En verdad, es en el Bardo donde se castiga al hombre “por donde ha pecado”. Basta, para convencerse, con examinar atentamente las pinturas de los infiernos búdicos, cuyo realismo desafía toda imaginación.

El Bardo no podría ser comparado con el infierno de los cristianos. Es una pesadilla, un sueño que va a desaparecer cuando el ser se precipite en la nueva matriz o cuando, la Doctrina percibida por fin en su integridad, el Buda atraviese el Bardo sin la menor inquietud, porque *sabe*, y alcance el inefable Nirvana.

El Budismo representa un carácter netamente pragmático, utilitario, que, en algunos puntos, tiene que ver con el aspecto sentimental de las religiones occidentales.

El Buda, predicando a sus discípulos o a las muchedumbres, sólo busca alcanzar un único fin: Destruir el sufrimiento, manifestación sentimental y sensible a la existencia.

* * *

No existe Dios, ni diablo, ni mal. Sólo existe el río siempre cambiante de las vidas permanentes. Sólo existe el sufrimiento, fruto de la ignorancia. El ego no existe, el mundo es irreal, el sufrimiento sólo existe. La muerte es sufrimiento, el nacimiento es sufrimiento. El Nirvana ha vencido al sufrimiento.



⁷⁸ Sutta du Vinaya, en *La Pensée Bouddhique*, julio 1948, pág. 18.

⁷⁹ J. PACOT: *Prefacio al Bardo Thodol* (Ed. 1933, Adrien-Maisonneuve, 5, rue de Tournon, París 6°).



CAPITULO III

EL PROBLEMA DEL MAL EN LAS “RELIGIONES” DE FORMA METAFÍSICA

VEDANTISMO

Las religiones de forma sentimental han sido necesarias por el aspecto actual de los pasos del espíritu humano. A medida que nos introducimos en la Edad Sombría, el hombre pierde conciencia de su atadura a un centro. Pierde también conciencia de esta noción esencial: El centro está en todo el Universo. Al mismo tiempo está en nosotros.

Si, cronológicamente, las “religiones”⁸⁰ de forma metafísica son anteriores a las religiones de forma sentimental, lógicamente, en el estado en que se encuentra el mundo moderno, establecen una especie de unión entre el sentimiento del que acabamos de estudiar dos ejemplos, y la razón de la que el próximo capítulo nos permitirá considerar algunos capítulos.

El valor moral de una acción - en las religiones de forma sentimental - reside en la más o menos gran conformidad que existe entre esta acción y el principio promulgado por un Código constituido anteriormente a la acción. Hay que señalar que este código puede tener su origen en la Naturaleza, o en Dios, o incluso en el Hombre. No permanece allí a menos que se manifieste bajo la forma de un cierto número de reglas, de principios, individuales o sociales, que llevan el problema del Mal a un problema de disciplina. Incluso el Budismo, a pesar de su ateísmo quizá más aparente que real, tiene su raíz en un principio - existencia del sufrimiento - cuya rigidez sistemática no admite ninguna atenuación.

Se trata pues de obtener, siempre que sea posible, la concordancia perfecta entre las manifestaciones humanas y una especie de canon impuesto al hombre. Pero el Mal se introducirá siempre por la solución de continuidad que existirá en el intento de yuxtaposición del principio a la acción.

⁸⁰ Aunque el término “religión” sea impropio cuando se aplica a la metafísica, yo lo emplearía, sin embargo, en su sentido más amplio, hablando del hinduismo.

Para las religiones de forma metafísica, por el contrario, no existe imposición de la Ley, sino conocimiento de ésta. El mundo de la manifestación se desvanece en la ilusión. Aparece entonces como es realmente: Un fantasma, una bruma que se disipará con los primeros rayos de Luz, un juego divino que no posee casi más importancia que el mundo imaginario en el cual evoluciona positiva y seriamente el niño.

Existen dos grandes religiones principales de forma metafísica, que proponen al hombre sus soluciones: El vedantismo - o hinduismo - y el taoísmo.

No he querido alargar demasiado estas notas finales. He limitado el estudio de las religiones de forma metafísica al solo examen del vedantismo. No debemos deducir de ello que el taoísmo marca una inferioridad en relación con su vecino, geográfico y lógico. Pero, en nuestro mundo occidental, a pesar del esfuerzo de filósofos como Matgioi, el taoísmo es todavía mal conocido. Por el contrario, el vedantismo ha encontrado en Europa sus misioneros y sus profetas, sus fieles y sus pastores. (Con tal de que pueda emplear este último término a propósito de una religión cuya ausencia de espíritu de proselitismo no es uno de los aspectos menos curiosos a nuestros ojos de europeos tan profundamente “sentimentales”).

El pensamiento hindú se ha hecho familiar a un número bastante elevado de nuestros conciudadanos. Es accesible al europeo culto, y el ejemplo que he tomado para mostrar la posición de las religiones de forma metafísica cara al Problema del Mal estará mejor explicado, y mejor comprendido, que si hubiera elegido el Taoísmo.

* * *

“Aquel que Me conoce como el no-nacido, sin origen, Señor soberano de los mundos y los pueblos, aquel que vive sin extravío entre los mortales, y está libre de todo mal y de todo pecado”.

(Bhagavad-Gita, Cap. X, Versículo 3).

La enseñanza del hinduismo deriva de los textos sagrados: Los Vedas, los Upanishads, la Gita.

Al estudiar el hinduismo, nos encontramos en el origen la noción de un Principio único, de una realidad indefinible: Parabrahm.

Se trata de un Principio absolutamente impensable, que desafía toda marcha del espíritu humano que quiere conocerlo. En su ontología, no puede existir nada común con el mundo de la manifestación. Es el divino eterno, Alma suprema de toda cosa. Toma contacto con el mundo manifestado por la intervención de tres hipostasis o diferenciaciones: Brahma, creador; Vishnou, que conserva; Shiva, que destruye, o, más exactamente, devuelve al fondo común de la Creación. Esquivando así la explicación imposible de la esencia del Principio, el hinduismo se une a lo que yo podría llamar la esencia segunda. Me parecería

inoportuno y medianamente osado hacerlo de otro modo. Brahma es entonces un Dios inmanente en todas las manifestaciones. Está presente en todo lo que vive, todo lo que se presenta al examen de nuestros sentidos: Minerales, vegetales, seres animados.

“Según esta concepción (de los brahmanistas) el universo, o la manifestación de Brahma, es manifestado al principio del “día de Brahma” y gira, en Brahma, durante otro período de tiempo, llamado la “noche de Brahma”, durante la cual no existe manifestación. Las alternativas de manifestación y no-manifestación están también representadas como siguiendo el ritmo de la respiración de Brahma. La expiración hace surgir el mundo, con el soplo, y la inspiración, le hace volver a Brahma”⁸¹.

Así, por una continuación de flujo y reflujo esparciéndose cada uno sobre centenas de millones de años, asistimos paso a paso al nacimiento y a la ensoñación de la manifestación. El hinduismo deduce de ello lógicamente que después de toda la manifestación no es más que una **“salida fuera del Principio”**, y que no posee por sí misma ningún valor real. El mundo, la naturaleza, el individuo, son **“Maya”**.

Contrariamente a lo que se dice con mucha frecuencia, por una traducción inexacta del término, Maya no es la ilusión. Es un estado de hecho. La raíz de Maya, Ya-Ma, designa todo lo que se mueve, es inestable. Toda cosa, en el mundo de lo manifestado, se mueve. La manifestación es también todo lo que está expresado en el tiempo continuo, el resultado de la causalidad Tiempo-Espacio. Maya, es aquello que está evolucionando, y, en el fondo de la Doctrina, conocemos que Maya es la Madre Divina.

En este momento, los vedantistas introducen en sus teorías la noción de **Atman**. Atman, si la imperfección de mi lenguaje no traiciona demasiado la difícil expresión de mi pensamiento, es Brahma en lo humano, lo Absoluto en lo humano. Y no un absoluto contingente, relativo (lo que por otro lado no tendría ningún sentido), sino un Absoluto naturalmente idéntico a sí mismo. Así, en el hombre existe Dios. Dios que ignoramos, que negamos quizá, pero que, oculto en el fondo de nosotros, espera que le reconozcamos y nos fundamos en él. El Atman siendo Absoluto, siendo Brahma, partícipe de los privilegios, omnisciente, indiferente a las contingencias de lo manifestado que no podrían alcanzarle en nada. Coexisten dos naturalezas en el hombre común, la que encontramos todos los días en nuestro camino. La que somos en tanto que no hemos tomado conocimiento de la Verdad, es decir, la ilusión de la manifestación, y de la identidad de Brahma y de Atman.

Cara a los aspectos diversos - a menudo hostiles - de la Naturaleza, el alma que vive en Maya puede poseer la ilusión de la libertad, mientras está completamente sometida a las leyes naturales de base kármica fatal. El alma que ha conquistado su propia maestría, que ha expulsado al egocentrismo natural y reconocido a Brahma vivo en ella, se eleva por encima de las leyes naturales identificándose con el Principio divino.

⁸¹ Alexandra-David NEEL: *Le Bouddhisme*, pág. 217.

“Mientras las acciones están completamente realizadas por los modos de la naturaleza, el hombre, cuyo yo se ha alejado por el egoísmo, piensa: Yo soy el que las hace”⁸².

En una religión de forma metafísica, el Mal y el Pecado tendrán un sentido muy diferente del que revisten en las religiones de forma sentimental. Veremos incluso que tomarán naturalmente todo sentido, pues ellos también pertenecen al dominio Maya, de la manifestación, de lo temporal y de lo inestable, sin realidad ni existencia verdadera.

Según la concepción hindú, el Mal estático, el Mal metafísico, no existe. El Mal y el Bien son términos relativos, el uno no puede existir sin el otro. La Vida siendo acción engendra indiferentemente y con la misma facilidad tanto lo que nos parece ser el Bien como lo que nos parece ser el Mal. El Absoluto - el Absoluto en sí mismo o el Absoluto en el hombre - está situado más allá del Bien y del Mal. Según el nivel de conocimiento que alcanza, el hombre posee concepciones diferentes en relación a los problemas éticos. La noción del Bien como la noción del Mal es completamente subjetiva, varían con los individuos, varían para cada individuo según su grado de conocimiento. El Bien pertenece, como toda manifestación, al dominio de Maya, de la relatividad, del movimiento. Ya no es un Bien determinado una vez por todas, una regla que hay que seguir, un imperativo categórico. Es un Bien en constante evolución, hasta el día en que Atman tome conciencia de su identidad con Brahma. Ese día desaparecerán, como todas las demás ilusiones, esos dos errores humanos que son el Bien y el Mal.

Sin embargo, como estamos condenados a soportar durante un tiempo indefinido nuestra condición humana, no podemos eludir completamente el Problema del Mal, incluso bajo su aspecto más relativo.

El Absoluto persigue sus experiencias en el mundo de la relatividad a través de dos entidades primarias cuya esencia nos es totalmente incomprensible: Tiempo-Espacio. La unión del Tiempo y el Espacio constituye todo el universo manifestado sometido a leyes científicas precisas. Una unidad diferenciada, un egoísmo, actuando en el Espacio-Tiempo segmenta la realidad relativa en varios aspectos diferentes. Este corte es empírico, artificial desde el punto de vista de la última y única realidad primera. Una unidad que toma esta posición está llevada a interpretar el mundo según su óptica particular. Otra unidad verá a Maya bajo otra forma diferente. Cada una tendrá razón en su propio punto de vista, pero todas estarán equivocadas desde el punto de vista de lo Absoluto. El Mal será únicamente la suma de las nociones diferentes, todas falsas, que las unidades diferenciadas tendrán de la realidad esencial...

“El conocimiento que creemos tener de un Mundo exterior a nosotros es una Ilusión; la acción que creemos ejercer sobre un Mundo exterior es una Ilusión; la acción que creemos sufrir de parte de un Mundo exterior es una Ilusión. Esta triple ilusión constituye la concepción falsa

⁸² Bhagavad-Gita, capítulo III, versículo 27.

fundamental, fuente de todas las demás concepciones falsas, es decir, de los Errores en el dominio intelectual y de los Pecados en el dominio práctico”⁸³.

La idea del pecado, en el sentido hindú, reviste un valor más subjetivo que objetivo. La conciencia humana concibe un aspecto de la vida superior en lo que existe ordinariamente, un ideal, en el sentido estricto del término. Si, en su acción, el hombre no llega a hacer coincidir el acto y el ideal está falto de conformidad, de concordancia entre el querer y el actuar. Esta discordancia constituye el pecado. La raíz del pecado es pues una separación, una fragmentación en el seno del hombre, un desacuerdo en sus aspiraciones - a veces su voluntad - y sus realizaciones. Más todavía que el cristiano, el vedantista puede hacer suyas las palabras de San Pablo:

“Como no hago el Bien que quiero, sino el Mal que no quiero, esto es lo que hago”⁸⁴.

Con la diferencia, sin embargo, de que el hindú “conoce” toda la irrealidad de sus concepciones. Más que el Mal, buscará el error que debe extirpar de su alma, porque, en el progreso de su conocimiento real de la naturaleza verdadera del hombre, en todo contacto cada vez más cercano a Atman se acercará al mismo tiempo a la verdad, al Absoluto principal.

El problema particular de la Caída no tiene lugar en tales concepciones metafísicas. El Atman, siendo idéntico a Brahma, ha existido eternamente, puro y sin fallo. La vida que conocemos es una vida empírica, alejada de su verdadero fin por la Ignorancia. Detrás de ella, impoluto, impasible, inmutable, el Atman vigila a la espera de la reintegración en el seno de Brahma.

* * *

Sin embargo, como nos encontramos en el dominio de la manifestación, puede parecer oportuno que nos alejemos un poco de las nociones abstractas para examinar rápidamente sus repercusiones en el comportamiento moral del individuo.

Hemos visto que el Mal y el Bien están indisolublemente unidos y concordados. Una de las primeras consecuencias de esta noción metafísica es la irresponsabilidad del hombre. La fatalidad kármica es ineluctable. Nosotros somos el resultado de todas nuestras anterioridades que nos empujan hacia el bien o hacia el mal - o hacia lo que común y arbitrariamente designamos con estos términos - sin que podamos alejarnos del camino.

⁸³ C. KERNEIZ: *Le Karma Yoga*, Ediciones Tallandier, 1939, pág. 78.

⁸⁴ Epístola de San Pablo a los Romanos, capítulo VII, versículo 19.

Es en nosotros, en nuestros pensamientos, por el efecto de nuestro trabajo espiritual donde seremos poco a poco arrastrados hacia el bien. El determinismo físico del vedantismo es absoluto en el dominio de la manifestación. Estaremos liberados de esta ley del mundo manifestado cuando tomemos por fin conciencia de nuestro “Yo” real - el Atman - diferente, e incluso opuesto a nuestro “Yo” personal y relativo que, generalmente ofrece a nuestros ojos el único aspecto posible de la vida y de la verdad. Dicho de otro modo, cuando hayamos expulsado de nuestra alma la noción de individuo fundamentalmente egoísta a la que estamos tan humanamente unidos.

Así como el hombre no tiene conciencia de su dignidad interior, así como está sometido a las únicas exigencias sensoriales sin suponer que pueda existir una vida más elevada, es ignorante y no comete pecado. Si “conoce” la vida del espíritu y no se somete a ella, el pecado está en él. Pero, el que no ve inmediatamente cómo este pecado es relativo, inexistente de hecho, porque el hombre que “conoce” se identifica con su raíz concedora, escapa inmediatamente a las servidumbres del karma, que es la consecuencia primera del movimiento y de la inestabilidad, de Maya. Podemos incluso suponer - suposición que viene inmediatamente al espíritu - que ciertos hombres se hundirán bajo el peso de su malvado karma. Se enredan cada día más en las peores perversidades de la naturaleza humana.

“...Siempre en el error, nacimiento tras nacimiento, no Me encuentran (pues no Me buscan) y zozobran en la condición más baja de la naturaleza del alma...”⁸⁵.

Para ellos son los infiernos del Bardo, tal como los hemos estudiado en el capítulo precedente. Pero, de caída en caída, a fuerza de hundimientos, llegará un día en que el hombre no podrá descender más bajo. Toca el nivel del mal relativo. Está en el fondo del abismo, en lo más oscuro de las tinieblas. ¡Con él se encuentra también el Atman! En su indignidad, por muy rodeado que esté por el error, por muy sumergido que esté en la masa de sus pecados, el hombre eleva los ojos hacia la Luz... Está salvado. Por este único gesto, ha generado un buen elemento de su karma, y la Ley quiere que las condiciones normales se retiren⁸⁶.

* * *

A fin de cuentas, es el conocimiento el que salva al hombre de la esclavitud del bien y del mal, incluso habrá que desprenderse de este conocimiento para identificarse con el Absoluto, sin nombre, ni forma...

⁸⁵ Bhagavad-Gita, capítulo XVI, versículo 20.

⁸⁶ Señalemos que algunos rabinos cabalísticos piensan que hay almas que pueden alcanzar un estado de decadencia y de revolución tales que les resulta imposible ser salvadas. Se identifican entonces con una especie de Mal-Principio y Dios sólo posee un recurso para evitar la condenación total de su obra, el de aniquilarlas, en el sentido más estricto: Devolverlas a la nada.

“Pasad del otro lado del conocimiento y de la ignorancia... Si una espina entra en vuestro pie, cogerás una segunda espina para extirparla, y después tiraréis las dos. Igualmente, para desprenderos de la espina de la ignorancia, utilizaréis la espina del conocimiento. Después os despojaréis también de la espina de la ignorancia y de la del conocimiento para realizar completamente el Absoluto, pues éste se encuentra más allá del conocimiento y de la ignorancia... El Absoluto se encuentra más allá del conocimiento y de la ignorancia, más allá del pecado y de la virtud, de las buenas y las malas obras, de la pureza y de la mancha que pueden comprender las facultades limitadas del hombre”⁸⁷.



⁸⁷ Enseñanzas de Ramakrishna, parágrafo 1364.



CAPÍTULO IV

EL PROBLEMA DEL MAL ANTE EL RACIONALISMO CIENTÍFICO

El racionalismo contemporáneo procede esencialmente del progreso de la técnica científica y del predominio que la noción del medible toma en el mundo. Aunque todavía no hace mucho los racionalistas dependían del ejercicio intelectual de lo que ellos llaman la “razón”, actualmente asistimos a la abdicación de esta razón, en provecho de un fetichismo irracional ligado exclusivamente al hecho en lo que puede tener de más trivial. Se podría decir, con alguna apariencia de verdad, que la razón humana ha sido reemplazada por un cierto número de aparatos registradores, de una sorprendente fidelidad, pero que no saben dar otras interpretaciones a sus gráficos que las suministradas por tablas insensibles dirigidas desde el principio.

Este racionalismo es invasor, hasta tal punto que se puede prever la época, por muy lejana que sea, en que la tierra entera se parecerá asombrosamente a ese “mundo feliz” del que Aldous Huxley nos ha dado la imagen con anticipación.

Para un aspecto así del pensamiento humano no podría existir ni bien ni mal, sino solamente un conformismo más o menos estrecho con las reglas sociales.

Ya no interesa el filósofo, excepto por la curiosidad un poco inquieta que despierta en él. Por el contrario, para algunos sabios - cada vez más raros- la búsqueda de la cantidad no ha eliminado el sentido de la calidad. Todavía saben utilizar los materiales que les aportan los instrumentos cada vez más precisos, para dirigir una filosofía deseosa del futuro espiritual de la humanidad. A estos buscadores, en las páginas que siguen a continuación, reservo el nombre de “racionalistas” en su sentido filosófico denegando a los otros - que se preocupan demasiado poco de esto - todo lugar en la edificación de una filosofía coherente.

Racionalismo Deísta

Uno de los más eminentes racionalistas actuales - y podemos darle este calificativo que, en el sentido en que nosotros lo entendemos, no tiene nada de peyorativo - es R. P. Teilhard de Chardin. En este cerebro admirablemente organizado, todo tiene forma de ecuación, de relación de masas, de fenómenos cósmicos.

“Poco a poco el Mundo, nuestro mundo terrestre, toma irresistiblemente a nuestros ojos la forma de un motor gigantesco y gigantescamente complicado, listo para cualquier operación y conquista, pero que sólo funcionará con una condición: Que para poner sus ruedas en marcha, encontremos y quememos exactamente la especie, la calidad de esencia que le conviene. Dicho de otro modo, si la Tierra humana todavía hoy en su movimiento - si existe para ella un riesgo de detenerse mañana - es simplemente por defecto de una Visión suficiente, de una Visión proporcional a la enormidad y variedad del esfuerzo a hacer”⁸⁸.

Los racionalistas como R. P. Teilhard de Chardin parten del principio de la limitación y de la extensión del Universo. Las teorías cosmogónicas más recientes, apoyadas en los inmensos progresos realizados por la astronomía desde hace algunos años, tienden a demostrar que el Universo ya no es el universo euclidiano, abierto e infinito, sino más bien un Universo cerrado. Cualquiera que sea su inmensidad - su diámetro se cuenta en millares de años luz - es sin embargo medible, y consecuentemente accesible a nuestro espíritu.

Este universo que vaga en la nada se abre al mismo tiempo. Sus límites son, cada segundo, llevados un poco más lejos en la nada que le rodea. (La imperfección de mi pensamiento me fuerza a emplear esta expresión totalmente inadecuada. Es evidente que “nada” puede servir de límite a ninguna cosa. Pero, el espíritu humano no puede, por naturaleza, comprender la nada. Estamos obligados a emplear términos finitos para designar conceptos particularmente indefinidos).

¿Qué encontramos en el origen de este universo en extensión tan perfectamente “estructurado”? Lo que R. P. Teilhard de Chardin llama el “punto-centro”, es lo que otro sabio, a partir del abad Lemaître⁸⁹ llamará sin duda el “centro-masa”.

“Otras consideraciones extraídas de la física nuclear confirman las conclusiones de Lemaître demostrando que el mundo ha debido de existir antiguamente en un estado de extrema condensación. Los físicos Chandrasekar y Henrich han calculado en efecto que la síntesis de los elementos pesados, del hierro al uranio, sólo ha podido ser realizada con densidades superiores a diez toneladas por centímetro cúbico y a temperaturas superiores a diez mil millones de grados”⁹⁰.

Si el origen del Universo debe ser encontrado en este punto-masa, del que proceden por expansión todas las nebulosas y todas las galaxias, ¿dónde tendrá su lugar Dios?. El

⁸⁸ TEILHARD DE CHARDIN: “Les conditions psychologiques de l’unification humaine”, en *Psyché*, núm. 26, diciembre 1948.

⁸⁹ Célebre físico belga.

⁹⁰ Jean ABELE: “Origine et Evolution de l’Univers”, en *Etudes*, marzo 1949, pág. 326.

racionalismo deísta introduce entonces una noción nueva, pero cuya lógica no tiene nada de subversivo desde el punto de vista dogmático.

“El Universo crece rápidamente, y por ello, ha tenido que existir un comienzo. Debe haber existido, en una época que no puede ser llevada al infinito, lo que se puede designar con el nombre de “creación”. Si el universo es un universo de pensamiento, su creación debe haber sido un acto de pensamiento... El Tiempo y el Espacio, que son la sustancia de este pensamiento, han tenido su origen como parte de este acto. Las cosmologías primitivas nos mostraban a un creador trabajando en el tiempo y en el espacio, fabricando el sol, la luna y las estrellas con materiales brutos preexistentes. La teoría científica moderna nos lleva a pensar que el Creador trabaja fuera del tiempo y del espacio - esto era parte de su creación - como el artista que trabaja fuera de su tela...”⁹¹.

Así comprendido, el proceso de la creación se vuelve muy claro. De un punto masa que representa el conjunto del universo en este punto de condensación en que la materia no puede ya - para nosotros - distinguirse del espíritu, toda la creación ha salido por una especie de explosión molecular de la que podemos comenzar a hacernos una idea aproximada, como consecuencia de las experiencias en curso sobre la desintegración atómica.

Si adoptamos sin correctivo esta hipótesis - y es lo que parecen haber hecho los autores precipitados - estamos obligados a admitir que el universo lanzado en expansión a la nada llegará un día a un estado tal de desmembramiento que desaparecerá probablemente en una impalpable tenuidad.

“La huida de las nebulosas y el enfriamiento de las estrellas, que seguirá fatalmente al agotamiento de sus reservas de energía, nos muestran que el universo no volverá nunca a su estado inicial”⁹².

La expansión del universo es un hecho científico. La expansión “indefinida” es una hipótesis. Por qué no adoptar otra hipótesis que aporte una solución al irritante problema: el dado por Santo Tomás, del gran principio de emanación y de reintegración del acto creador.

“Al mismo tiempo que las criaturas reciben un movimiento que les asienta en un ser relativamente independiente y exterior al del Creador, reciben un segundo que les lleva hacia su punto de partida y tiende a hacerles remontar lo más cerca posible de su primera fuente...”⁹³.

⁹¹ Sir James JEANS: *The Mysterious Universe*, Ediciones Penguin Books, 1940, pág. 182.

⁹² Jean ABELE: “Origine et Evolution de l’Univers”, en *Etudes*, marzo 1949, pág. 326.

⁹³ Etienne GILSON: *Le Thomisme*, pág. 201 (Lib. Philosophique J. Vrin, París).

Esta frase del comentador de Santo Tomás plantea implícitamente la idea de “ciclo” de manifestación. No parece que Santo Tomás observe tan formalmente la creación, aunque **“quiera determinar hacia qué término tienden estas operaciones y en vista de qué fines se ordenan”**. Pero, tanto para Santo Tomás como para R. P. Teilhard de Chardin, como para Jean Abelé, no olvidemos que las razones dogmáticas comprenden el impulso del pensamiento y lo restringen a una reserva prudente.

Vemos aparecer una noción que encontraremos ulteriormente: Separación absoluta de los dos dominios, físico y metafísico. En el primero, la ciencia tendrá siempre razón; en el segundo, la ciencia sólo tendrá un valor de razón segunda, y secundaria⁹⁴.

En un sistema tan compacto como el racionalismo deísta, parece que la noción de Mal y de pecado tiene dificultades en penetrar. De hecho, sólo se introduce desde fuera, gracias a una concepción muy especial y muy curiosa del papel del hombre sobre la tierra. Una constatación previa: El hombre está condenado a la colectivización. Se trata aquí de un hecho de la experiencia.

“Ascensión envolvente de las masas; fortalecimiento constante de los lazos económicos; trust intelectuales o financieros; totalización de los regímenes políticos; relaciones de los individuos y de las naciones; imposibilidad creciente de ser, de actuar, pensar solos; ascensión, en todas las formas, del Otro a nuestro alrededor...”⁹⁵.

Pero no es solamente el hombre social el que tiende a la colectivización. La misma inteligencia humana - esa parte de nuestro ser que creemos representar tan bien el aspecto de la más independiente de las unidades - camina hacia una “planetización” de los cerebros. La totalidad de los seres pensantes formará poco a poco como una especie de sustancia cervical general alrededor de la tierra, y el pensamiento de conjunto de la humanidad será moldeado en un **“cerebro de cerebros”**.

Audaz hipótesis, sin duda, pero que, si tuviéramos el tiempo de examinarla en detalle, no estaría quizá tan alejada de los datos tradicionales más ortodoxos.

En consecuencia, los fundamentos de la moral van a cambiar completamente si admitimos que el hombre ya no constituye un fin en sí mismo, ni un término absoluto, sino solamente una etapa hacia la realización del Hombre-Total, del Adán-Kadmon. El hombre en evolución no puede ya contentarse con una moral que le protege. Tiene necesidad de una moral que le guíe hacia un cumplimiento del que no teníamos hasta ahora ninguna noción precisa. A la moral estática que nos ha sido enseñada va a sustituir una moral dinámica.

⁹⁴ Esta frase de Gibson, y las consecuencias que se derivan, evocan inmediatamente en nuestro espíritu la teoría hindú que hemos estudiado en el capítulo precedente. Si existe una consecuencia de expansiones y vueltas al principio, encontramos bajo otro aspecto el “Día de Brahma”, con sus salidas fuera del Principio y sus sucesivas reintegraciones (Cf. supra, pág. 140).

⁹⁵ TEILHARD DE CHARDIN: *Vie et Planetes*, op. cit., pág. 160.

Consideremos, pues, que el espíritu del hombre, completándose y ampliándose por fusión en la masa de todos los demás espíritus humanos, tiende a envolver la Tierra con una envoltura espiritual cada vez más homogénea y apretada. A la vista de un sistema tal, el bien será evidentemente todo aquello que tenderá a asegurar un pleno desarrollo de las potencias espirituales de la Tierra. La moral estática que hemos practicado era esencialmente sociológica. La moral dinámica, o moral de movimiento, será metafísica. El hombre ya no podrá ser un burgués, buen padre, buen esposo, buen ciudadano, tendrá que traspasar este nivel elemental, tendrá que traspasarse a sí mismo. Con una especie de salto en el océano de las fuerzas espirituales en acción deberá atreverse a lanzarse en el más audaz viaje que haya emprendido nunca un hijo de Adán.

El Mal sólo es un desorden espiritual inevitable, que desaparecerá con la evolución del hombre. En la toma de posesión de la Tierra por el espíritu planetizado del hombre no habrá lugar para la noción del Mal. El Mal, el Pecado, es la limitación de la fuerza de expansión que nos lleva a la búsqueda de la mayor conciencia. El Problema del Mal sólo es una penosa ascensión de dos elementos opuestos: Espíritu y Materia. Este doloroso dualismo se resolverá por sí mismo a medida que se vaya acentuando el cambio del estado espiritual del planeta, a medida que las conciencias elementales que pululan a nuestro alrededor, sin que lo sospechemos, lleguen por su lado a una toma de posesión de su propia espiritualidad, y después, a la realización de la vasta espiritualidad realmente metafísica por medio de la cual participarán finalmente de la divinidad.

* * *

Aunque estas teorías sorprendan en el primer momento a un padre católico - y estén expresadas de forma estrictamente ortodoxa desde el punto de vista dogmático - debemos repetir una nota hecha anteriormente. Los racionalistas deístas - sobre todo los de obediencia católica - llevan a los límites más extremos las deducciones que su conocimiento científico experimental les permite realizar sobre la estructura del universo y sus relaciones con el hombre. Pero, reservan siempre lo esencial del problema metafísico. Y esquivan así, de la forma más elegante, la mayoría de las dificultades que promueve actualmente la yuxtaposición de la palabra y el espíritu de los textos revelados.

* * *

Racionalismo Ateo

Parecerá muy curioso que, de todos los filósofos, los racionalistas ateos y creyentes sean realmente los más próximos a entenderse. Podemos ver aquí uno de los encantos de la marcha científica imparcialmente conducida.

“Notemos por otro lado que el problema se plantea de la misma manera para el creyente que para el no-creyente, pues la dificultad es la misma para representar cómo un acontecimiento susceptible de señalar, ya sea

el paso de la soledad divina al diálogo del Creador y de la creación, ya sea el paso de la nada al ser”⁹⁶.

Entre el pensamiento de un creyente, como R. P. Teilhar de Chardin, y el de dos ateos como de los que voy a presentar a continuación y largos resúmenes de cartas, no existen más que matices.

Después de una larga vuelta, volvemos a nuestro punto de partida, porque los dos interlocutores de los que vamos a citar sus palabras se encuentran entre los más altos dignatarios de la Franc-Masonería francesa, y el primero puede justamente pretender una filiación directa con Oswald Wirth.

Siendo yo mismo discípulo de Oswald Wirth, franc-masón del grado 33, y profundamente creyente, he preguntado a Hermanos que yo sabía ateos cuáles eran sus concepciones sobre el Problema de la Vida y del Mal. Ambos son franc-masones del grado 33, miembros del Gran Colegio de los Rituales. Mi ilustre Hermano J. Corneloup es ingeniero, ducho en las disciplinas científicas. Mi ilustre Hermano el profesor Lapicque es un sabio de renombre mundial. Escuchemos su diálogo.

Carta de J. CORNELOUP

“Cuando me digo discípulo de Wirth, esto no es un cliché ni una fórmula publicitaria. Esta doctrina se ha construido en mí leyéndolo y escuchándolo. Sin duda, ésta ha evolucionado, pero ha sido Wirth el que ha puesto en mi mano el extremo del hilo de Ariadna que continúo todavía devanando, pues todavía me encuentro en el laberinto. Mi doctrina es hija de la suya, y creo poder resumirla sencillamente así: **EL GRAN ARTE DE LA CONSTRUCCIÓN UNIVERSAL, ES EL ARTE DE LA VIDA. EL FIN DE LA MASONERÍA ES ENSEÑARNOS A VIVIR PLENAMENTE DE UNA FORMA ESPECÍFICAMENTE HUMANA.**

Sin embargo, como todo iniciado, o más modestamente, como todo candidato a la iniciación, he tenido que matar a mi iniciador. Para apropiarme del pensamiento de Wirth, he tenido que despojarme del espiritualismo de mi Maestro, para sustituirle una vestidura más en relación con mi propio espíritu. Esta nueva vestidura, no sé como calificarla con una palabra. Creo, sin embargo, que **ENERGETISMO** o mejor: **VITALISMO** no vendría mal, teniendo en cuenta, sin embargo, que no se trata en absoluto del vitalismo de Van Helmot, ni de su desarrollo moderno según Barthez. Admito por otro lado, puesto que se trata de una vestidura, que el cambio es sólo superficial. Después de todo, **“ESPÍRITU”**, **“ENERGÍA”**, **“VIDA”**, pueden muy bien constituir sólo tres formas, tres hipóstasis del mismo principio.

⁹⁶ Jean ABELE, op. cit., pág. 329.

Al contrario que Barthez, creo que la Vida es un fenómeno absolutamente universal. La fuerza desconocida que preside los fenómenos vitales no está solamente localizada en los vegetales y los animales. Está presente en todo, no existe ninguna **MATERIA INERTE** según el cliché clásico. Esto me parece evidente, porque estoy convencido de que no puede existir una generación espontánea; es necesario, pues, que la **VIDA** sea coexistente a todo lo que es, comenzando por la materia en su forma más elemental, y si la materia no existe, que la Vida sea coexistente a lo que es su equivalente.

Para precisar mi pensamiento, tengo que definir eso que llamo Vida. Llamo Vida a la tendencia arquitectural universal a la organización, completada por una tendencia evolutiva hacia formas arquitecturales de organización cada vez más complejas y más perfectas.

Esta doble tendencia, arquitectural y evolutiva, está en el átomo y en el Cosmos. Pero es a medio camino entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande donde las realizaciones de la Vida nos parecen más activas. Digo: Nos parecen, y no “son”, porque no existe aquí más que un fenómeno de perspectiva, una ilusión debida a lo que estamos más aptos de comprender, lo que está en nuestra misma escala.

Esta tendencia arquitectural es aparentemente progresiva, quizá efecto de la casualidad: En el infinito del Tiempo, todas las combinaciones posibles han sido realizadas y sólo aquellas que se han revelado estables a la experiencia (lo que nos las hace aparecer cualitativamente superiores) han subsistido, se han perpetuado y, sobre todo, reproducido. Ésta es la tesis materialista.

Pero la tendencia organizadora puede también ser atribuida a la inteligencia divina que realiza un plan establecido: Ésta es la tesis espiritualista.

Ni una ni otra me satisface. Por un lado, demasiadas cosas en el universo me parecen estar demasiado maravillosamente combinadas para ser el fruto del solo azar, incluso regido por la Ley de los grandes números. Por otra, al lado de estas maravillas, existen incoherencias y defectos tan chocantes que resultan inexplicables sin contradicción en la hipótesis de una inteligencia divina, omnisciente y omnipotente.

Pienso que no existe Una inteligencia divina, sino una infinidad de inteligencias elementales, atributos inseparables de una infinidad de vidas elementales. Estas inteligencias, incluidas en **TODO** lo que **ES**, llegan a tomar conciencia de sí mismas, a asociarse, a combinarse para construir arquitecturalmente por un método muy empírico, reposando en la **ACCIÓN**, resolviendo experimentalmente y poco a poco, por aproximaciones sucesivas, todos los problemas que se les presentan. Llego así, si me atrevo a arriesgarme, a este terrible pleonasmo, a un panteísmo generalizado que excluye la casualidad, pero que no necesita a Dios. No existe plan establecido, sino una cadena continua de experiencias cuya curva permitiría, a una inteligencia capaz de sostener el conjunto de hechos, deducir la Ley de organización arquitectural progresiva arriba postulada.

Si esta ley existe, de ella se deriva un deber para toda criatura, cualquiera que sea, en todos los escalones de la creación. Hay que cumplir perfectamente su función en el Cosmos, y conformar su evolución individual, su propio trabajo de construcción arquitectural, en la evolución general del Cosmos, para participar lo mejor posible en la realización de una perfección mayor. El **BIEN**, es lo que se encuentra en el sentido general de la evolución; el **MAL**, es lo contrario. Todos los elementos del Cosmos son solidarios e independientes, de tal manera que el destino de todo depende del destino de cada una de sus partes. Para el hombre, el deber será vivir según su naturaleza, humanamente, esforzándose en conformar sus actos a los imperativos de la organización arquitectural del Cosmos. Y el fin de la Iniciación, es llevarle a reconocer estos imperativos para conformarse en ellos.

¿Pero cómo puede conocer su deber cada criatura?. ¿Gracias a qué sabrá cumplirlo?. Aquí interviene otro atributo inseparable de la Vida: la **MEMORIA**, que, como la Vida, existe en cada parte del Cosmos. La memoria no es la herencia exclusiva de algunos organismos muy evolucionados: Se manifiesta por ejemplo en los metales, primero en la fase mecánica (batido en frío), después en una fase superior electro-magnética (histéresis). Esto es simplemente un ejemplo. Toda experiencia, toda realización arquitectural en la cual participa... digamos... un átomo, se inscribe en su memoria elemental y la vuelve más apta, para realizar más fácilmente y mejor una experiencia o una construcción similar. Esto, sin duda, sólo es una hipótesis audaz. Pero no es una hipótesis gratuita: El acero obtenido para el empleo de vieja chatarra posee calidades mecánicas mejores que el acero obtenido exclusivamente salido del mineral, y esto es sólo un ejemplo⁹⁷. Y encontraríamos en los fenómenos de cristalización casos típicos que postulan la existencia de una memoria de la materia.

Señalemos de paso que si esta hipótesis es justa, excluye la posibilidad del eterno retorno; incluso si el Cosmos, después de un ciclo completo, se encontrara en un estado aparentemente idéntico al que se presentaba antes de este ciclo, poseería además, a la vez global y elementalmente, el recuerdo de la experiencia realizada que tendría una repercusión inevitable en el desarrollo del ciclo siguiente, que no podría ser la repetición idéntica del precedente.

Tomando esta hipótesis, entrevemos una explicación de eso que se llama la inmortalidad del alma y la reencarnación, a condición, sin embargo, de no localizar estos fenómenos en el plano del alma individual personalizada. Pero quiero limitarme a lo esencial. Creo haber dicho lo bastante para que usted pueda tener, al menos esquemáticamente, el plano general y el encaminamiento de mi pensamiento. Yendo de golpe al final, concluiré diciendo que Dios no existe, pero que tiende a realizarse un poco más cada día y que se realizará **AL FINAL DE LOS TIEMPOS**, cuando todas las vidas elementales y combinadas, gracias a todas las inteligencias y a todas las memorias que son inseparables, hayan realizado la organización arquitectural perfecta del Cosmos.

⁹⁷ La noción de memoria, especialmente en los minerales, tiene una gran importancia en las teorías budistas.

Me doy perfectamente cuenta de que tal concepción del Universo está a veces conforme con los datos tradicionales como los expone Guénon, pero que se contradice en puntos esenciales. Espero, pues, ser tachado de hereje. Como circunstancia atenuante, defenderé que esta concepción da una fuerza y un valor singulares a la idea de **TRADICIÓN**. Así comprendida, será mucho más que una simple construcción humana. Será un **HECHO UNIVERSAL**, resultante de la naturaleza misma de cada cosa. Será el instrumento indispensable al mismo tiempo que la causa de la conservación de todo, de su protección y de su progresivo desarrollo. En el plano individual, es la herencia. En el animal, es el instinto; en el hombre, la intuición. Es la lección derivada de todas las acciones e interacciones; perpetúa la experiencia acumulada en el curso de miles de millones de años. Es finalmente la expresión de la ley de la evolución del Cosmos, a condición de ser correctamente formulada y exactamente transmitida”.

Respuesta del Profesor L. LAPICQUE

“Recibo tu carta en un momento en que, por una curiosa coincidencia, me esfuerzo en redactar, para la Academia de Ciencias, una nota sobre el peso del cerebro, donde estaré forzado a confesar que no comprendo nada de esto (después de casi cuarenta años de estudios sobre la cuestión), y, si me atrevo a expresar esta opinión, que no veo como explicación posible más que la intervención de un Dios. Añado que rechazo, sin duda, esta explicación, que, para mí, sólo es una confesión de ignorancia; es más simple y más legal cuando no comprendemos decir: No comprendo. ¿Con qué derecho pretenderemos comprender todo?. Mi antiguo compañero del Instituto, el abad Colin, botanista distinguido decía de mí: “No conozco a nadie más ateo, ni a nadie que nos haya aportado más pruebas de la existencia de Dios”. Porque lo he hecho muchas veces manifestando mi clara conciencia de la incapacidad de mi espíritu ante tal o cual problema.

La Biología está llena de estos problemas que nos sobrepasan; hemos, nosotros, biólogos, cumplido nuestro deber al empujar la investigación hasta el límite de nuestras posibilidades, tan limitadas.

Tú, operas en un campo donde yo no puedo siquiera seguir el camino que tú has recorrido. ¿La vida en todas partes?. No comprendo. A menos que se defina la vida de modo distinto al que nuestra experiencia, muy limitada también, nos muestra realmente como vida. De esto daba esta definición a mis alumnos: “Está vivo lo que respira”, que he retomado en mi *Machine Nerveuse*. Y a ello me atengo; sabiendo que no importa qué definición, es decir literalmente “limitación de sentido”, es más corta que la realidad verdadera. Luego, queda un inmenso campo de materia inanimada, capaz, sin embargo, de evolución. Preciso más: Respiración, en el sentido de Lavoisier = combustión.

Como verás no estoy en situación de darte la opinión que me haces el honor de pedir. Debiera, sin embargo, haberte dicho al principio que he creído tener durante largo tiempo, al menos, un embrión de concepción sobre la relación del tamaño del cerebro con el tamaño del cuerpo (cuestión relativamente modesta) y además esta concepción se ha derrumbado

totalmente, hace siete u ocho años, cuando apliqué experimentalmente un método de verificación del que a priori estaba encantado. Después, me quedé sorprendido de ello y hoy trato solamente de conservar el aplomo...”

Para los racionalistas ateos, podemos adoptar esta definición: Dios, es la suma de todas nuestras ignorancias fragmentarias. A medida que las vayamos resolviendo, resolveremos también los enigmas, físicos y metafísicos, en el seno de los cuales estamos inmersos. El Dios de los ateos está ante ellos, no detrás, es un Dios en formación, en evolución, del que comprenderemos toda su plenitud cuando nosotros lo hayamos realizado. El parecido con las concepciones budistas es asombroso. Nos atreveríamos a decir que tiene también que ver con ciertas teorías de los racionalistas deístas, especialmente con la de R. P. Teilhard de Chardin, que expone con el nombre de “punto Omega”.

“Para resolver el conflicto interno que opone la caducidad congénita de los planetas a la necesidad irreversible desarrollada en su superficie por la vida planetizada, no se trata solamente de ocultar o de aplazar, se trata de exorcizar radicalmente de nuestro horizonte el espectro de la Muerte.

Bien, no es esto lo que nos permitirá darnos cuenta de que... antes del Universo prolongado según su eje de complejidad, existe un centro divino de convergencia: Llamémosle para no prejuizar nada y para insistir en su función sintetizadora y personalizadora: El punto Omega. Supongamos que de este centro universal, de este punto Omega, emanan constantemente los rayos solamente perceptibles, hasta aquí, en eso que llamamos “los espíritus místicos”. Imaginemos ahora que la sensibilidad o permeabilidad mística de lo humano aumenta con la planetización, la perfección de Omega viene a generalizarse, apagando psíquicamente la Tierra al mismo tiempo que ésta se enfría. Entonces, no podemos concebir que la humanidad alcance, al término de su fortalecimiento y de su totalización en ella misma, un punto crítico de madurez, al final del cual, dejando tras de sí la Tierra y las estrellas girar lentamente en la masa desvanecida de la energía primordial, se desligue psíquicamente del planeta para alcanzar, única esencia irreversible de las cosas, el punto Omega...”⁹⁸.



⁹⁸ TEILHARD DE CHARDIN: *Vie et Planetes*, op. cit., pág. 168.

CONCLUSIÓN EN LA FORMA TRADICIONAL

Llegado el término de mi estudio, considero el camino recorrido. Lo poco que ha sido dicho, y todo lo que voluntariamente o no, ha sido omitido. He abandonado a mis Maestros en el momento en que, bajo los rayos bienhechores del Sol - arcano XIX - Stanislas de Guaita se proponía explicar lo que es el Redentor, el Cristo doloroso, el Cristo Glorioso.



En su capítulo sobre “*La hoguera de Heracles*” quería mostrar cómo se analizan cabalísticamente las cinco letras hebraicas del nombre de Jesús. Pasando rápidamente sobre “el Juicio” del arcano XX - donde veía la resurrección de los muertos - invertía las dos últimas láminas. El *Loco* se presentaba ante el Mundo. Era, según Guaita, la Gloria del Apoteosis, la Reintegración. Pretendía explicar en este capítulo la alegoría moral de Caín y Abel. El Espacio, la difusión etérea, Abel, representa la locura de la Caridad, de la devoción. Caín, el Tiempo, es el principio de compactación. Representa el egoísmo, es una potencia de Nahash. Para Guaita, el Cristo es una encarnación de Abel, una difusión en la Caridad universal. El Anticristo es una encarnación de Caín.



El tiempo es así el gran maléfico, el malo por excelencia. Es por medio del Tiempo - disector de lo infinito del Espacio, como lo entendía Guaita - cómo el Mal penetra en nosotros.

Existe una estrecha unión entre la ruptura del Infinito y el Pecado. El Tiempo es el error fundamental con el cual, desde el principio de su cuestión, tropieza el espíritu humano. Antes de existir, el presente no es. En cuanto existe, el presente ya no es. Querer coger el presente, es querer cortar el infinito en lonchas.

Imagino que es como buscar la línea de doblado de una hoja que siempre se enrosca entre mis dedos. El presente, la noción de presente, es una limitación, es *la* limitación. Numerosos metafísicos - y de los mejores - han hablado del “eterno Presente”. Esta expresión traiciona al espíritu que pretende traducir, introduciendo una limitación en el Absoluto, yo preferiría decir el “Eterno Siempre”.

En estas condiciones, y desde el punto de vista metafísico, la Caída, el Pecado y la Redención son concomitantes. Querer atribuirles un orden cronológico sería romper su orden lógico, que es una simultaneidad.

El Pecado es pues una limitación del eterno y del infinito, es un fallo en la construcción del Universo. Creyentes o ateos, si somos hombres sinceros en nuestras búsquedas y nuestras deducciones, no podemos admitir la imperfección en el origen. Este origen quizá considerado como “Causa Inicial” - Si admitimos el racionalismo científico - o como “Perfección Inicial” si nos inclinamos hacia el espiritualismo creador. Incluso en esta última hipótesis, no habremos hecho más que llevar un poco más lejos el punto inconcebible de partida del universo y la vida, atribuyendo al Principio una cualidad de orden racional, que llamamos “la Causa”. De todos modos...

“La causa inicial es el atributo primero de la Perfección, y existe identidad entre la Perfección y la Causa Inicial. De la causa inicial salen parcialmente todos los universos, que están allí contenidos en germen. Aunque queramos presionar a estos dos principios uno contra otro: Deduiremos la imposibilidad metafísica de la existencia del Mal, en sí mismo. Veremos multiplicaciones, divisiones: De donde saldrán insuficiencias, obscuraciones objetivas, ausencias relativas. En ninguna parte veremos al Mal como principio. Y siempre, como prueba de nuestro dato metafísico, reconoceremos que no existe. Y así, con este vergonzoso dualismo, este funesto error, este malentendido inicial, desaparecen todos los sistemas inventados para abolirlo, y todas las represiones celestes imaginadas para castigarlo”⁹⁹.

Los seres pueden modificarse en el Universo. En ningún momento de sus manifestaciones cíclicas existe lugar para la noción de Caída, en el sentido metafísico. Encontramos errores, debilidades. Los reparamos según la estricta ley física del Karma. Pero, el Dios que nos ha lanzado a la Vida, o al “Punto-Masa” que se expande hasta los límites del Universo, no puede introducir en sus criaturas o en sus nebulosas ese punto de ruptura que sería la Caída.

Y sin embargo, después de muchos otros, constatamos la presencia a nuestro alrededor del sufrimiento, del mal físico, del mal moral. Tenemos entonces que proceder a una dicotomía de la que nos han sido suministrados varios ejemplos en el curso de este trabajo. Hay que separar lo físico de lo metafísico, lo relativo de lo absoluto. El mal que vemos a nuestro alrededor es un mal relativo. Esencial para nosotros que debemos soportar su peso, no existe otro valor que el que le dan nuestras debilidades y nuestras enfermedades, físicas, intelectuales o morales.

“¿Qué es la Caída?. Si es la unidad hecha dualidad, es Dios el que ha caído. En otras palabras, ¿no sería la caída de Dios?”¹⁰⁰.

Debemos, pues, examinar el mundo bajo dos aspectos muy distintos: El de la manifestación, de lo transitorio, de la multiplicidad, de Maya; el del Principio, de lo Eterno, de Brahma.

⁹⁹ MATGIOI: *La Voie Métaphysique*, edición 1936, pág. 69.

¹⁰⁰ Charles BAUDELAIRE: *Mon coeur mis à un*, Ediciones Point du Jour, 1946, pág. 56.

Vayamos todavía más lejos. No existe caída, no existe pecado, no existe religión revelada, y por ello tampoco impuesta. No existen pobres seres que se debaten en la oscuridad profunda de sus misterios terrestres.



¿Por qué esos misterios?. ¿La Creación es pues imperfecta, Dios no es otra cosa que un inhábil alfarero?. Estos misterios son la consecuencia directa de la Creación. Proviene del peso del barro que debemos remover, que se pega a nuestros talones, que debemos llevar con nosotros, evolucionar, transmutar. Dios nos ha dado realeza sobre el mundo, pero es un dominio que hay que trabajar con grandes penalidades. Entonces, a veces me pregunto si Dios no sufre, con nosotros, por nosotros, por nuestras enfermedades, por nuestros errores. Como nosotros sufrimos, en nuestra carne y en nuestro espíritu, el peso de esta masa viscosa que nos lleva hacia abajo, nos aspira, nos enlaza. Esta masa - hombres y cosas - que arrastramos y arrastramos en una perpetua evolución.

¿Y el Diablo, el viejo adversario, Satán, no es - al lado de su hermano Jesús - uno de los aspectos dolorosos de Dios?. Jesús, sufrimiento ético de un Creador inhábil. Satán, su sufrimiento metafísico ante la imperfección de su obra.

Henos aquí de nuevo ante la hipótesis de una creación “segunda” de un demiurgo, de un Gran Arquitecto del Universo.

El Mundo se conduce como si el Absoluto, por una especie de delegación de poderes, hubiera interpuesto una potencia organizadora entre el pensamiento creador y la manifestación.

No es eludir la solución del problema. Es volver a la separación de los dos dominios; es reconocer nuestra enfermedad intelectual y espiritual.

Al mundo de lo mensurable, de lo constatable, de la materia, pertenecen el error, el sufrimiento, el pecado. Si limitáis vuestro horizonte a los límites ya inmensos de este mundo, estaréis sometidos a sus leyes. Pero, si aceptáis evadirlos de él, si vuestro espíritu, en su actual grado de evolución, puede atravesar las fronteras de Maya, adquirirá otra visión del mundo. Para él el sufrimiento, el Mal, el Pecado, ya no tendrán sentido, porque todo es equivalente a los ojos del Absoluto.

* * *

El Mal, es la imperfección relativa en la Perfección total. Es una creación del hombre. Es la realización, en el plano sensible, de un nefasto dualismo metafísico. Es, de alguna forma, la materialización de un error.

“...El hombre, que no puede ser constantemente un metafísico, un lógico, un razonador, se vuelve rápidamente un sentimental, un sensitivo, un sensual. Lleva con él, a este nuevo dominio, el error que ha creado en el plano mental, y del que sólo es responsable él. Y en este plano inferior crea la imagen monstruosa de su dualismo metafísico, las relatividades del Bien y del Mal; y dispone leyes; y erige convenciones; y se martiriza a sí mismo con sus prejuicios, y con las lágrimas y la sangre que vierte, consolida su detestable obra: Pone este dualismo moral bajo la protección del dualismo metafísico inventado por su ignorancia y su orgullo; y así, guardián de su propia prisión, construye con sus manos ilógicas, la gehena incomprensible, estúpida y mentirosa que es el agregado social contemporáneo”¹⁰¹.

El Pecado, es el Mal en evolución individual. Es la Verdad relativa, Adán y Eva tomando conciencia de su desnudez, y descubriendo al mismo tiempo el bullicio de las numerosas cohortes de monstruos que se alimentan con su sustancia. Pues, incluso en los más santos hijos de Adán, su corazón, abandonado al error de la relatividad, alimenta cada día las ilusiones devoradoras y las dudas atormentadoras.

El Pecado es el sufrimiento que imponemos voluntariamente a los demás, y del que cargamos inconscientemente nuestro Karma, y el Karma de la humanidad. Si los hombres pudieran tener siempre presente en el espíritu la verdad que enseñan *¡todas* las tradiciones...! “Tú no te salvarás *solo*, no escaparás *solo* a la Ley, sino con la humanidad, la humanidad planetizada - (la imagen es hermosa y elocuente) - que será salvada después de los tiempos innumerables”.

El Pecado es por fin la aceptación de la ignorancia. El que se complace en el no-conocimiento, para quien las duras ascensiones del espíritu son esfuerzos tan insensatos como inútiles, éste peca más gravemente en el relativo que otro que haya violado los diez mandamientos del Decálogo, pues el rechazo del conocimiento es el origen de todas las transgresiones de las leyes de la manifestación a las cuales estamos sometidos.

Satán, el diablo, no tiene ninguna existencia propia, ni física, ni metafísica.

“¿Qué es Satán en el fondo sino el símbolo de los hijos desobedientes y enfurruñados que piden a la mirada paternal que los paralice en su esencia singular y que hacen el mal en el cuadro del bien para afirmar su singularidad y hacerla conservar?”¹⁰².

Ha sido quizá, Jacob Boehme, el zapatero iluminado, el que mejor ha comprendido a Satán. Todo está en Dios. Él es el principio de Satán, éste reflejando sólo una parte de Dios

¹⁰¹ MATGIOI: op. cit., pág. 36.

¹⁰² Jean-Paul SARTRE: Introduction aux *Ecrits intimes* de Charles Baudelaire, op. cit., pág. LXXVIII.

particularmente obscura a nuestros ojos ciegos, para el cual la Luz brilla en las tinieblas sin que podamos recibirla.

* * *

Nos resultará ahora fácil ver cómo Stanislas de Guaita ha conducido el fin de su demostración. Una sola frase resume toda su obra, del arcano **I** al arcano **XXII**... “*Satán-Panta se desvanece en Dios*”. Última reconciliación, vuelta de la manifestación al Principio, fin de un día de Brahma. Todo nuestro trabajo de hombre sumergido en el océano de las ilusiones, de las contradicciones, de las paradojas, de los sufrimientos consiste en tomar una noción lo más exacta posible del inmenso trabajo que se cumple a nuestro alrededor, y en nosotros. Cada uno, según sus “cualidades” seguirá la *Vía* que le conducirá a la liberación. Pero, no podrá jamás olvidar la triple condición de salvación, cuyas llaves le serán entregadas por la Iniciación vinculándole a una forma tradicional de liberación:

Aceptación de la condición humana, como la ha creado Maya, como la sustenta la Ley de la causalidad.

Fraternidad para todos los seres vivos, bajo cualquier reino que presenten. Fraternalidad no sólo pasiva, sino fraternidad activa, que es participación efectiva y consciente de la obra del Gran-Arquitecto.

Conocimiento de las Leyes del Universo. Poco importa que seamos racionalistas, materialistas, espiritualistas, si alimentamos un deseo sincero de conocimiento desinteresado. Todos los rayos de la rueda, incluso opuestos en apariencia, concurren en el centro.

Entonces, habréis comprendido el verdadero Dominio de vuestros estados, y el Reino os será abierto. Donde no existe ni Mal, ni Caída, ni Pecado.

No es la falta la que crea el Pecado, es el Remordimiento, fruto amargo de la Ignorancia y la Desesperación.

Marius LEPAGE.



EPÍLOGO



¡Gloria y alabanza a ti, Satán, en las alturas
Del Cielo, donde reinas, y en las profundidades
Del Infierno, donde, vencido, sueñas en silencio!
¡Haz que mi alma un día, bajo el Árbol de la Ciencia,
Cerca de ti repose, a la hora en que sobre tu frente
Como un Templo nuevo sus ramas se expandan!.

Charles BAUDELAIRE
(*Las Flores del Mal*. “Las Letanías de Satán”)

